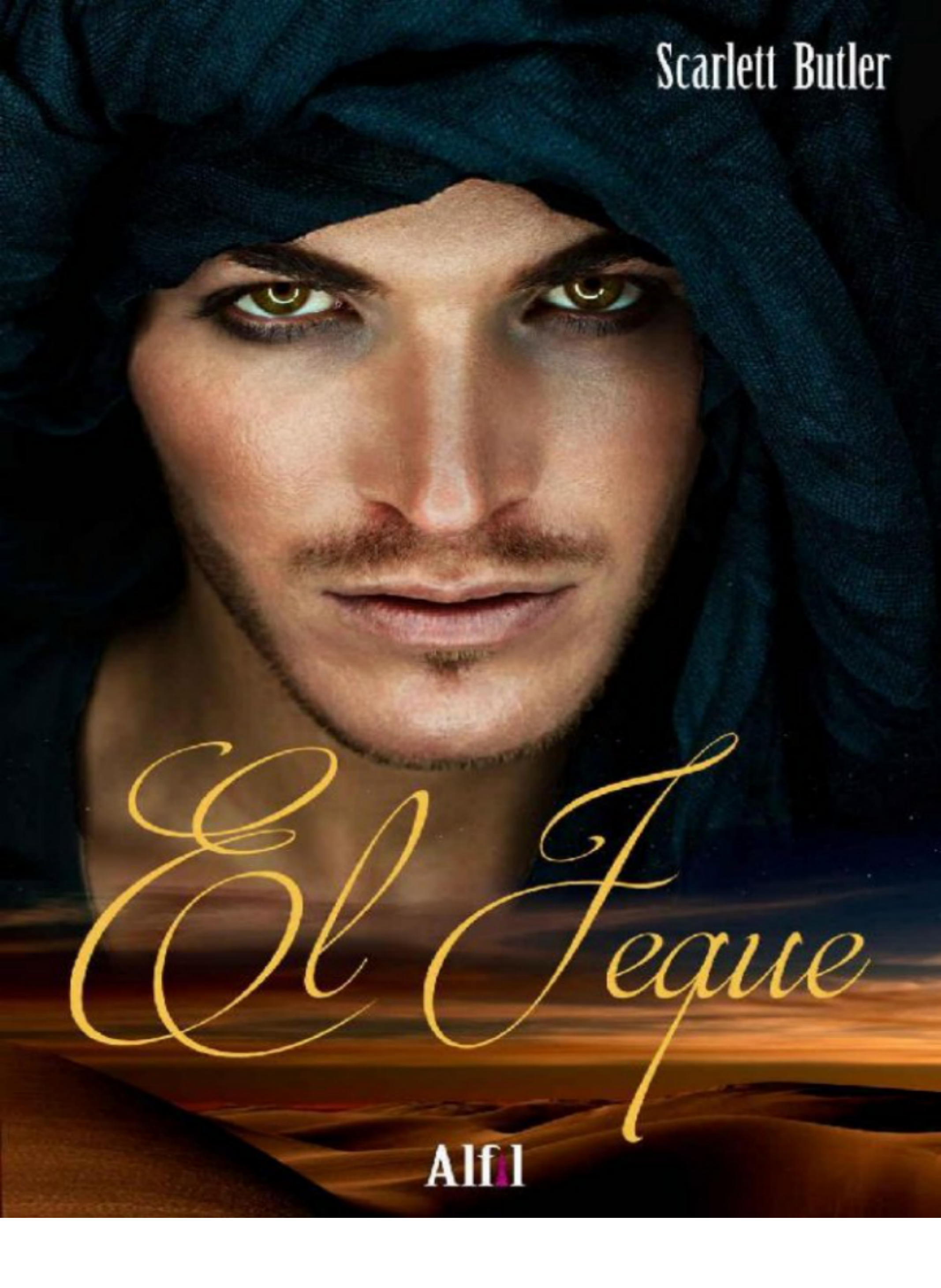

Scarlett Butler
El Jeque
Alfil

Diseño portada Iris T. Hernández
Maquetación por Marta de Diego
Fotografías portada: Shutterstock

EL JEQUE

SCARLETT BUTLER

Alfil

Agradecimientos

Nunca pensé que estaría escribiendo los agradecimientos de una segunda novela y mucho menos que una editorial quisiera publicarla, pero aquí estoy. Lo que sí tengo claro es que no estaría aquí sin una serie de personas a las que quiero agradecerle esta aventura.

A mis padres quiero agradecerles todo el apoyo. Mi madre porque no deja que me desanime en ningún momento y a mi padre, que siempre se le ha dado mejor la palabra escrita, porque me encantan esos mensajes tan largos de móvil que manda en el grupo familiar y en los que nos quedamos todos con la boca abierta tras la parrafada emotiva que nos suelta.

Por supuesto, tengo que dar las gracias a mis hermanas, Esther por ser mi hermana mayor, mi segunda madre y mi referente desde pequeña y a Susana, mi amiga, la que se lleva ahora parte de mi corazón a Córdoba a comenzar una nueva vida. Todo va a salir genial. ¡Os quiero *sisters*!

Gracias también a mis amigas por apoyarme a pesar de extrañarse con la noticia de que me gusta escribir. ¡Atentas! A partir de ahora todo lo que hagáis o digáis podrá ser utilizado en vuestra contra.

A Iris y Marta por confiar en esta historia y darme la oportunidad. Nunca tendré tiempo suficiente para daros las gracias.

De manera muy especial a mis chicas del WhatsApp y en especial a Mercedes Alonso, Minny, Patri, Alexia, Lorena, Paula, Dacar, Sandra, Miriam, Lory, Pili, Maika, Lizzy, Kris L. Jordan, Tamara, Emi, Carmen, Neus y Belén. Porque cada día me apoyan y me animan a seguir adelante.

No puedo olvidarme de Elena Montagud que me animó a autopublicarme y a Silvia que fue la creadora de Scarlett Butler.

Y por supuesto tengo que agradecerte a ti, que tienes este libro en tu poder, GRACIAS por darme una oportunidad. Espero que lo disfrutes y cuando lo acabes, quieras poner un jeque en tu vida.

A mis padres por darme la oportunidad de estar en la vida, y en especial a mi madre porque desde que conoció a Scarlett Butler no ha dejado de darle la mano ni un solo momento para seguir en este camino. Gracias mamá.

“Donde quiera que estés, tú eres mi hogar y yo soy el tuyo”

Capítulo 1

A

gotada. Ese era el estado exacto en el que se encontraba. Trabajar sin descanso porque los ineptos de la excavación de Turquía no sabían cómo organizar los embalajes, no era culpa suya pero aún así, a Elizabeth no le había quedado más remedio que encargarse de todo a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia. Por una parte estaba encantada porque eso significaba que el señor Gordon, el director del museo, confiaba plenamente en ella pero por otro, estaba exhausta. Finalmente el trabajo de Turquía había tenido un final feliz pero solamente gracias a ella y a su compañero de fatigas, George. Había llegado hacía apenas un mes al museo pero era tan eficiente como ella. Tras dejar los informes preparados en la mesa del despacho del señor Gordon, Elizabeth se encaminó hacia la parada del autobús con la esperanza de que aún hicieran recorrido pues ya eran horas indecentes. Extenuada hasta el extremo por fin llegó a casa. Casa. Se supone que cuando hablas de casa, hablas de un hogar pero Elizabeth no había conocido jamás uno. Huérfana desde que contaba con tan solo un año, había viajado de orfanato en orfanato e incluso de país en país pero nunca había llegado a echar raíces en ningún lugar. Era una trotamundos. Precisamente por eso era extraño que llevara más de seis meses en Washington. Ella nunca se casaba con ninguna ciudad pero el trabajo en ese museo, le encantaba y por eso permanecía aún en aquel lugar.

Se dio una ducha rápida, sacó comida precocinada de la nevera que calentó en el microondas durante unos minutos y se sirvió una copa de vino. Sentada en el sofá le temblaba todo el cuerpo, en especial los pies. Necesitaría descansar durante días pero mucho se temía que eso no iba a llegar en breve. ¿Vacaciones? Esa era una palabra que no entraba en su vocabulario. Elizabeth no recordaba la última vez que había estado en una playa, tumbada en la arena con los rayos del sol dorando su blanca piel. Quizá podría tomarse unos días para visitar a Louisa, su amiga del orfanato, pero no quería molestar. Louisa tenía su propia familia, un marido y un hijo, con el segundo en camino. Ya habría tiempo de verse. Por ahora el trabajo ocupaba todo su tiempo. Sin amigos ni familia era lo único que le quedaba. Tras cenar se fue derecha a la cama tras darse un masaje en los

pies que apenas le respondían. Conectó la alarma y se fue a dormir tras el duro trabajo bien realizado.

*****

—Te he dicho que no, Ahmed. No, no y no. Ya has hecho bastante, bueno mejor dicho, no has hecho nada de lo que el señor Gordon te mandó, así que ahora no me vengas con quejas porque no has sabido hacer bien tu función—exclamaba Elizabeth por teléfono en su despacho al ineficaz jefe de expedición en Turquía—. Mira Ahmed, no te lo voy a repetir más. Ayer te salvé el pellejo pero no lo voy a volver a hacer. Estuve más de diez horas intentando arreglar el desaguisado que montaste y todo por no pedir ayuda antes. Por supuesto que no pienso hablarle bien de ti al señor Gordon. No te preocupes que tampoco voy a hablarle mal pero esto ha sido demasiado. Y una cosa más, no vuelvas a llamarme porque no pienso volver a hablar contigo—. Colgó. Elizabeth estaba hecha una furia. Había salvado el trasero a este tipo que ni siquiera conocía, y que al igual que ella era arqueólogo contratado por el museo, pero con la clara diferencia de que él no seguía las normas y se limitaba a disfrutar de su estancia en Turquía dejando de preocuparse por hacer bien su trabajo mientras que Elizabeth vivía por y para el museo. No iba a rendirse. Le daba igual que Ahmed fuera un hombre y ella una mujer. En su trabajo muchas veces confiaban antes en el trabajo si éste estaba hecho por un hombre y no por una mujer, pero eso nunca le había importado lo más mínimo. No había nacido el hombre que la hiciese rendirse.

—Por lo que veo has tenido problemas—le dijo George al entrar en su despacho y encontrarla con las manos la cabeza apoyadas en el escritorio. Inmediatamente se irguió y se levantó.

—Efectivamente. El incompetente de Ahmed me ha llamado pidiéndome explicaciones sobre ayer. ¿Te lo puedes creer? Después de que le salvé de una buena bronca del señor Gordon. Es increíble—Elizabeth no quería pensar más en lo que ese tipejo había provocado, así que se encaminó a la puerta con George a su lado. Tenía que hablar con el señor Gordon sobre el proyecto Seneb kay. Elizabeth llevaba semanas preparándolo todo para poder viajar a Bareik donde comenzarían los trabajos de excavación en breve. Llamó a la puerta y abrió. El señor Gordon levantó la vista de unos papeles y con un gesto de la mano les invitó a entrar.

—Buenos días señor—dijeron George y Elizabeth casi a la vez provocando unas risas que reprimieron enseguida, pues su jefe era un hombre bastante serio. Entrado en sus sesenta años largos, bajito, medio calvo y con un bigote tipo Dalí, a Elizabeth le provocaba más risa que seriedad pero era su jefe e intentaba mantener la compostura.

—Me gustaría que hablásemos sobre el proyecto Seneb kay, señor

Gordon. George y yo tenemos ya todo preparado. Solamente queda que usted dé el visto bueno y nos marchemos.

—Me alegra oír esa buena disposición. Ojala todo el mundo tuviera las mismas ganas de trabajar—dijo el señor Gordon mientras ojeaba los papeles. Seguramente se refería al lío de Ahmed en Turquía pero Elizabeth prefería no mencionar nada sobre ese tema—. Bien, por mi parte ya están todos los documentos de los permisos, las reservas de hotel y del *jeep* que os facilitarán para poder manejaros por allí más cómodamente—. George recogió todos los papeles y los guardó en su maletín.

—¿Entonces saldremos pronto señor? —preguntó George.

—Sí. Mañana mismo tenéis programado el vuelo, así que ahora marcharos a casa a terminar las maletas.

Por fin su sueño se iba a cumplir. Elizabeth llevaba detrás de esa tumba funeraria desde hacía varios meses y había llegado el momento de descubrirla y traer todo al Smithsonian. Para el museo era un hallazgo muy importante pero para ella era un auténtico orgullo, ser la responsable de semejante tesoro. George y ella comenzaron a levantarse para marcharse cuando el señor Gordon les detuvo.

—Elizabeth, quisiera hablar contigo un momento por favor—dijo su jefe desde su silla reclinándose hacia atrás. Elizabeth volvió a su asiento algo preocupada. ¿Tendría relación con lo ocurrido ayer?

—Usted dirá—Elizabeth tenía miedo de llevarse una reprimenda por su parte aunque ella había hecho lo correcto. Sin embargo el señor Gordon no dejada de ser un hombre y quizá quería defender al tal Ahmed, a pesar de no merecerlo.

—He leído todos tus informes sobre la excavación de Turquía. No están firmados por el hombre al que yo envié ¿por qué?

—Verá señor, han ocurrido una serie de problemas que ayer yo misma estuve resolviendo—Elizabeth no quería echar tierra sobre su compañero pero tampoco quería parecer una “metomentodo”.

—Ya. Según me han contado, Ahmed no hizo bien su trabajo y tú ayer lo salvaste todo cuando nadie te lo pidió. ¿Me equivoco? —Elizabeth no consiguió descifrar el tono con el que se lo había dicho y estaba insegura.

—Bueno… yo…—carraspeó para simular una tos repentina y no que estaba asustada— solo quería hacer lo mejor para el museo, señor.

—Ya veo—el señor Gordon se levantó de su silla y se situó delante de Elizabeth apoyándose en la mesa—. Querida, sé cómo eres en tu trabajo y he de decir que eres de las mejores que me he encontrado en mis treinta años de trabajo. Si no hubiese sido por ti, todo el trabajo de la excavación de Turquía se habría echado a perder. Tus informes son excelentes y en el trabajo de campo te desenvuelves de manera asombrosa. Sin embargo estoy preocupado por ti. Elizabeth, tú eres una mujer muy decidida y no te frenas

ante nada. Eso aquí no sería ningún inconveniente pero en Bareik no creo que ocurra igual. Aquella tierra sigue gobernada por hombres con tradiciones muy arraigadas. Su cultura aún está algo atrasada con respecto a Occidente y no quiero que te ocurra nada. Hazme un favor y no seas tan osada. Fíate mucho de George y en determinadas situaciones, deja que actúe él.

Elizabeth nunca había pensado que su forma de ser podría no ser bienvenida en algún lugar. No es que no agradecería el gesto del jefe del museo, pero ella no vivía en la Edad Media y no iba a tolerar que nadie la dejase de lado por el simple hecho de ser mujer.

—Gracias por su preocupación señor. Haré lo posible—. El señor Gordon no se quedó muy satisfecho tras su respuesta pero aún así se despidió de ella dándole las últimas instrucciones para su viaje. Volvió a casa a terminar de prepararlo todo y a devolver las llaves al arrendatario de su apartamento. Había vivido tan solo seis meses en Washington pero había sido una gran experiencia. Había aprendido mucho del trabajo en oficina pero ella estaba hecha para el trabajo de campo. A veces se notaba inquieta y necesitaba explorar nuevos territorios, descubrir grandes tesoros… Estaba deseando viajar a Bareik.

Esa noche tardó mucho en conciliar el sueño y cuando el despertador sonó quiso quedarse en la cama un rato más, pero si lo hacía no llegaría al aeropuerto a tiempo. Tras darse una larga ducha y vestirse con ropa de trabajo acorde con el desierto, cogió la maleta. Echó un último vistazo al apartamento para asegurarse que no se dejaba nada, dejó las llaves para el dueño en el *hall* y se marchó.

Una nueva vida. Así se sentía cada vez que abandonaba un lugar para estar en otro. Es lo que le ocurre a la gente sin un hogar fijo. «Mi hogar es el mundo», se decía a si misma muchas veces para aliviar el agujero que se abría en su pecho al darse cuenta que no tenía familia, nada a lo que agarrarse. Excepto por Louisa. Ella era su hermana, la única familia que tenía en este mundo y se veían muy poco. Elizabeth no paraba nunca de trabajar, de un lado a otro y Louisa llevaba una vida tranquila y sosegada junto al amor de su vida y su pequeño. Eran situaciones incompatibles aunque siempre mantenían el contacto. A veces se limitaban a felicitarse las fiestas o contarse las novedades, pero el amor estaba ahí siempre, latente.

Tras varias horas de vuelo y un par de escalas llegaron a Bareik. Elizabeth estaba derrotada. Entre lo ocurrido en Washington antes de venir a la ciudad y el viaje tan agotador, necesitaba un par de días de descanso mínimo. Afortunadamente el trabajo en la excavación no comenzaría hasta dentro de tres días pues antes debían instalarse y preparar todo el terreno. George no dejaba de buscar cobertura con el teléfono móvil desde que

habían aterrizado. Elizabeth se reía de él pero es que su situación era muy distinta a la de ella. Casado hace poco, por lo que estaba en una nube. Bebía los vientos por su mujer, Patrice. Ella era administrativa en las oficinas del museo y se habían conocido allí hacía un par de años. Recientemente se había celebrado el enlace y estaban tan felices que Elizabeth los envidiaba. Ella nunca había sentido algo así. Sí que había tenido un par de relaciones algo más serias pero ninguna se parecía a lo que ellos vivían cada día. Cuando los veía juntos, todo el mundo estaba de acuerdo en lo mismo. Sus miradas estaban llenas de puro amor.

Elizabeth estaba preocupada por George pues era la primera vez desde que se conocieron, que él estaba tan lejos de su casa y de la que ahora era su esposa. Además Patrice le había hecho prometer que haría lo posible porque George lo sobrellevara de la mejor manera posible y haría lo posible porque ninguna mujer árabe se acercase a él.

Por fin se instalaron en el hotel y lo único que hicieron durante el resto del día fue descansar en sus respectivas habitaciones. Al día siguiente, algo más repuestos, se aventuraron a hacer algo de turismo. En cuanto comenzara el trabajo no iban a poder ni respirar, así que deseaban conocer algo más de la ciudad antes de meterse de lleno en el estresante trabajo que se avecinaba.

Tras un día emocionante donde visitaron los lugares más importantes de Bareik, volvieron al hotel a preparar la misión que les había llevado hasta allí. Horas más tarde, salieron a cenar fuera del hotel para mimetizarse un poco con la ciudad. A Elizabeth no le agradaba la idea de tener que cubrirse la cabeza con un pañuelo pero era la tradición del país. Además ella, con su pelo corto rubio, llamaba mucho la atención pues todas las mujeres solían llevar el pelo largo a pesar de no verse por ir cubierto con sus pañuelos. Elizabeth siempre había sido una rebelde y detestaba llevar el pelo largo. Era un incordio. A los dieciocho años se lo cortó cuando abandonó el último orfanato y ya no le exigían cumplir con ninguna norma. En cuanto llegaron al restaurante se quitó el pañuelo pero al ver la cara de pánico de George volvió a cubrirse.

—Elizabeth por dios que nos deportan.

—Vaaale. Es que no entiendo porqué yo, que soy extranjera, debo cubrirme con esto—dijo señalándose la cabeza.

—Son las tradiciones de esta gente. Es su cultura. Mañana en la excavación no será necesario, a no ser que quieras morir por el calor sofocante que hay en este lugar—George no dejaba de mirar su móvil, lo que creó en Elizabeth un sentimiento de pena por él.

— Ya está bien George, has hablado con ella esta mañana, si no te ha escrito a lo largo del día es por falta de tiempo, sabes perfectamente el estrés al que está sometida en el Smithsonian.

—Elizabeth trataba de animarlo pero desde que habían llegado a Bareik lo notaba muy deprimido.

—Lo sé. Es que me preocupa que no se cuide. No sabe cocinar, siempre le preparo yo las comidas que se lleva al trabajo y con las cenas, lo mismo. Además es muy despistada y tiene que tomarse las vitaminas.

—¿Vitaminas? No sabía que estuviera falta de vitaminas—George se sonrojó y la miró a los ojos para contarle la mejor noticia que Patrice le había dado justo antes de subirse al avión.

—No es eso, Eli. Patrice está embarazada.

—¡Dios mío George! ¡Cómo no me has dicho nada! —Elizabeth se levantó de su silla y fue a abrazarlo. Lo llenó de besos y de varios achuchones llamando la atención de todo el restaurante.

—Siéntate que nos echan del restaurante como sigas así—le dijo George quitándosela de encima. Elizabeth volvió a su sitio con una gran sonrisa en la cara—. Me lo dijo antes de subirme al avión, por eso estaba como loco buscando cobertura nada más aterrizar. Ayer me dijo lo de las vitaminas. El médico le ha dicho que debe tomarse las cosas con más calma y las vitaminas son solamente para ayudar que vaya todo mejor en el embarazo. Pero Patrice es una despistada compulsiva y temo que no se acuerde.

—A ver George, que tu mujer no es una cabra loca. Si el médico le ha mandado tomarse las vitaminas por el bien del bebé, yo estoy convencida que ella así lo hará aunque no estés tú allí. Confía en ella.

—Lo sé Eli. No esperábamos que llegara tan pronto a pesar de estar deseándolo, pero ella que me conoce mejor que yo mismo, sabe que si me lo hubiera dicho antes, habría abandonado la excavación. Elizabeth, cuando me lo dijo, quise quedarme allí con ella y no perderme ni un detalle del embarazo.

—George, no te agobies. Este trabajo solo serán tres meses y después volveremos. No te vas a perder todo el embarazo, además en el hotel contamos con *wifi* y podrás comunicarte con ella por *Skype*. No te preocupes tanto. Ahora entiendo porqué tu mujer no te ha dicho nada antes. Eres un agonías. Patrice va a estar descansada de tanta atención—le contestó intentando hacerle sonreír pues en un momento su gesto se había vuelto muy serio. Por suerte funciono y George se rió.

El resto de la noche siguieron hablando de la excavación que comenzaría al día siguiente. Ya estaba deseando llegar al terreno y empezar los trabajos. Algo le decía que mañana sería un día importante. Cayó en los brazos de Morfeo en apenas unos instantes tras apagar la luz. Durante la noche se removió inquieta en la cama, pues soñó con un hombre al que no podía ver el rostro y no hacía más que susurrarle una palabra que no comprendía: *Imra*.



No podía ser. Después de todo lo que Elizabeth había pasado para llegar hasta allí, unas cuantas dunas y un *jeep* no se iban a interponer en su camino. Bueno… vale. Tenía que reconocerlo, estaba atrapada en la arena y no había forma de salir. Volvió a darle a la llave al tiempo que pisaba el acelerador y el maldito coche que no arrancaba. Lo peor de todo es que estaban a solo unos metros de la excavación y ya llegaban tarde debido a aquel inconveniente.

— George, tenemos que hacer algo. Los trabajadores deben de llevar un buen rato al sol esperándonos. Seguro que ni siquiera habrán montado una tienda. Cuando lleguemos estarán más que cabreados, ¿A cuántos grados crees que debemos estar, cincuenta grados a la sombra? ¡Esto es insoportable! —bajó del cuatro por cuatro y se cubrió la cabeza con un pañuelo para sofocar algo el inmenso calor. Cogió las mochilas de la parte de atrás y se las echó al hombro—. Tú quédate aquí e intenta contactar por radio. Yo voy a la excavación—le dijo mientras comenzó a andar hasta que las voces de George le detuvieron en seco.

—¡Adonde te crees que vas loca! ¡En pleno desierto a cuestas con todo ese peso que llevas y con la que está cayendo! ¡Y encima una mujer! ¡Por Dios Elizabeth, céntrate!—era la primera vez que veía a George hablándole de esa manera tan irracional. Se giró bruscamente y le miró confundida. Ella jamás había sentido miedo de nada ni de nadie. No iba a ser hoy la primera vez—. Tú aún no eres consciente de que estamos en Bareik, uno de los países con más tradición de toda Arabia ¿verdad? ¿Cómo te crees que te van a recibir ese puñado de hombres tradicionales cuando vean llegar a una mujer a la excavación? Elizabeth no es porque sea yo pero si me ven llegar a mí, créeme que será mejor.

—Por mí como si estamos en China. A ver George que estamos en el siglo XXI, no digas tonterías. La excavación según nuestros cálculos debe estar a unos cuantos metros aunque aún no se pueda divisar. Además hoy no hay tormenta como ves. Llego, me instalo, organizo a los trabajadores y listo. Tú intenta contactar con alguien y en cuanto te rescaten, dirigíos allí. Ya llevamos mucho retraso—.Volvió a encaminarse hacia su destino planeado desde hacía varios meses pero George seguía despotricando. Esta vez no se dio la vuelta y continuó caminando hasta su objetivo.

Miraba al cielo esperando que la previsión meteorológica no cambiase

y no hubiese ninguna tormenta de repente porque entonces sí que estaría perdida.

Pasados unos minutos dejó de oír a George. Ojalá consiguiera contactar con alguien a través de la radio que pudiese rescatarle cuanto antes. El sol apretaba cada vez más, tanto que necesitaba cubrirse el cuerpo con otro pañuelo como el de la cabeza. Sacó uno grande de la mochila que llevaba en el hombro derecho y se lo enrolló alrededor del cuerpo a modo de túnica. Dicen que cuanta más ropa lleves en el desierto mejor te proteges, pero ella lo único que sentía era un calor asfixiante. Esperaba que estuviese cerca la excavación y llegar pronto. Continúo andando por el angustiante desierto cuando percibió un aire repentino. Las tormentas de arena en el desierto son bastante comunes, pero las severas pueden reducir la visibilidad a cero. Se paró en seco temiendo lo peor y cerró los ojos. «Muy inteligente Elizabeth, en una situación de peligro cerrar los ojos es lo más apropiado». Ella no era ninguna cobarde, nunca lo había sido y este no iba a ser el momento en el que comenzara a serlo. Abrió entonces los ojos cuando se dio cuenta de que una figura ataviada con una túnica blanca se bajaba de un camello y se acercaba a ella. «Vale, no pasa nada», pensó Elizabeth. Se estaba acercando mientras la tormenta empezaba a ser fuerte. Dejó las mochilas en el suelo pues se le estaban escurriendo sin remedio. Se agachó para retenerlas pero el aire estaba siendo demasiado fuerte y las iba a perder con todo lo que llevaba dentro, que era de vital importancia. La figura blanca finalmente estaba delante de ella y solamente veía unos penetrantes ojos marrones que la miraban desconcertados. La verdad es que la postura no era la más adecuada pues se encontraba prácticamente tumbada aplastando las mochilas. Entonces se agachó junto a ella, le retiró de las mochilas tras un leve forcejeo. Era como luchar contra un gigante. Las agarró por las asas con la mano izquierda y se tumbó boca abajo protegiéndola con su robusto cuerpo.

¿Pero qué pensaba hacer?

Elizabeth se removía pero era inútil, el hombre era muy fuerte. Intentaba hablar pero no le salían las palabras. ¿Qué le ocurría? Su mente no respondía pero su cuerpo se iba animando por momentos. El extraño notaba su inquietud y una vez que la tuvo atrapada bajo su cuerpo le susurró con voz sugerente y sensual:

—No luches *Imra*. En unos minutos, todo habrá acabado.

¿*Imra*? Esa era la palabra que aparecía en su sueño una y otra vez. ¿Pero qué demonios significaba eso? ¿Y por qué estaban en plena tormenta tumbados boca abajo en la arena? Era increíble que bajo aquella repentina tempestad arenosa, estuviera sintiendo cosas que no se explicaba. Pero aún le resultaba más increíble que ese hombre del desierto desprendiera ese aroma como a canela. De pronto se acomodó en esta extraña postura e hizo

un suave ronroneo pues estaba la mar de a gusto. El desconocido reprimió una risita y tras lo que le parecieron horas enteras, llegó el momento de la separación. Se desprendió de su abrazo y soltó las mochilas. Avergonzada tras semejante momento se incorporó, al girarse se le paralizó el corazón y se bloqueó. Ya no recordaba adónde iba ni qué tenía prisa. Estaba perdida en sus ojos. Profundos ojos marrones. Era lo único que dejaba a la vista tras esa túnica blanca que brillaba aún más debido a la exposición del sol. Ni siquiera era capaz de hablar. ¿Pero qué le pasaba?

—Debería tener más cuidado señorita. Sospecho que no conoce el desierto y las tormentas de arena son traicioneras. En cualquier momento pueden aparecen —se dirigió a ella tras haberse desprendido del pañuelo que le cubría la nariz y la boca. Una boca sensual y traviesa que se le antojaba más que apetecible y esa voz, con un acento tan característico de la zona, que le ponía el vello de punta.

—Pero por lo que he podido comprobar, tal cual vienen se van, —se le escapó de la boca antes de pararse a pensar. «¡Piensa Eli por Dios!» Parece que le hizo gracia y hasta sonrió.

—Nunca tiente a su suerte. Esta vez he estado yo para protegerla ¿pero qué ocurrirá la próxima vez que yo no esté para salvarla?—le dijo con cierto tono de sarcasmo.

—No soy ninguna damisela en apuros del siglo XVIII. No necesito que nadie me proteja ni me salve de nada. Yo solita me basto y me sobro—en ese momento recogió sus cosas y se dio la vuelta bastante enfadada. ¿Quién se había creído ese hombre que era? ¿Bella Swan a punto de ser devorada por un vampiro?

—¿Esa es su forma de dar las gracias?—le preguntó consiguiendo que se quedase clavada en el sitio. Se giró y vio que se acercaba lentamente hacia ella. De nuevo sus sentidos se embotaron y no podía hablar.

—Gra… gra… Gracias, señor del desierto—recomponiéndose al echar un par de pasos hacia tras recobró la sensatez y su sexto sentido le decía que empezara a echar a correr. No sabía bien porqué pero aquel hombre le parecía más peligroso que cualquier morador de tribu que habitara por esos lugares.

—De nada señorita de ciudad, pues se me antoja que no es de por aquí cerca. ¿Me equivoco?—le preguntó mientras volvía a recoger las mochilas para seguir su ruta. ¿Pero por qué le seguía hablando si ya había pasado la tormenta y le había dado las gracias?

—No se confunde en absoluto. Efectivamente no soy de aquí. Ya he perdido mucho tiempo debido a esta estúpida tormenta, así que si me disculpa debo proseguir mi trayecto inmediatamente. Gracias de nuevo, que Alá le proteja o lo que sea—le contestó haciendo un gesto con la mano y acto seguido se dio la vuelta, pues si permanecía frente a él, se quedaría

anclada en esas arenas y no sería capaz de continuar con su objetivo.

Mientras iba avanzando notó una mirada en su nunca ¿o era su imaginación desbordada? No hizo caso de tal sensación y siguió avanzando cuando notó un ligero temblor de tierra y frenó en seco. Antes de poder girarse para ver qué estaba ocurriendo, algo tiró de ella hacia arriba. Era el misterioso extraño que con una fuerza bruta la había agarrado de ambos brazos y la había subido al camello junto a él. Se encontraba sentada en su regazo mirando al frente. Sentir su cuerpo a la espalda le provocaba sensaciones intensas. Aquello no podía estar ocurriendo. Agarró las mochilas y las anudó en una de las alforjas. Elizabeth iba mirando hacia delante y una vez que había atado las mochilas la abrazó y agarró las cuerdas del camello mientras lo iba guiando. No reaccionó hasta pasados unos minutos, pero entonces presintió que iban a librar una batalla. Rabiosa comenzó a gritarle mientras intentaba soltarse de su abrazo.

—¿Se puede saber qué demonios crees que estás haciendo salvaje? ¡Quítame las manos de encima ahora mismo!—continuó luchando pero era absurdo. Ni se inmutaba, ni siquiera se le aceleraba la respiración.

—Cálmate *Bahiyaa*—le dijo en tono sosegado susurrando las palabras en su oído. Otra vez no por favor. Le provocaba mil sensaciones que salían disparadas por todo el cuerpo y solo pensaba en darse la vuelta y asaltar su boca caliente—. Dime adónde te diriges y te llevaré.

¿Realmente quería llegar a la excavación? Lo único que quería ahora mismo era fundirse en aquel abrazo y prolongar el contacto con su cuerpo lo máximo posible. Deseaba girarse y besarlo. Fundirse en ese beso caliente, enredarse en un baile de lenguas y sentir sus brazos alrededor de su cuerpo.

—¿*Imra*?—le preguntó sacándola de su estado.

—A la excavación “El Khamid”. Se encuentra a varios metros de aquí —le dijo carraspeando pues tenía la boca seca tras semejante imagen mental. Continuaron el resto del viaje sin dirigirse la palabra y contrariamente a lo que pensaba, su cuerpo seguía ardiendo y deseando lo mismo. ¡Necesitaba llegar ya!

En apenas unos minutos llegaron a la excavación donde varios trabajadores estaban esperando. Ahora llegaba la verdadera batalla, cuando tendría que explicarles lo ocurrido para hacerles entender su retraso. Caras de auténtica rabia. Muchos de ellos estaban diciendo palabras en su idioma haciendo aspavientos con las manos y por su gesto estaba segura que no era nada bueno. La miraban con auténtico desprecio y recordó entonces las palabras de George, *«¿Cómo te crees que te van a recibir ese puñado de hombres tradicionales cuando vean llegar a una mujer a la excavación?»* pero cuando el misterioso hombre se bajó del camello y los hombres lo vieron, le hicieron una reverencia y cambiaron completamente su gesto.

Elizabeth, confundida, se giró hacia él que le entregó las mochilas y sin decir nada, se marchó en su camello por el camino que habían venido. Se giró hacia los trabajadores que ya se habían incorporado tras las reverencias y la miraban con respeto. No entendía nada de lo que acababa de ocurrir hacía un momento. ¿Quién era ese hombre que la había salvado de una tormenta y la había traído hasta allí? ¿Y por qué habían reaccionado así los trabajadores? El misterioso hombre del desierto era ya apenas una mancha en el horizonte pero a ella la había marcado a fuego.

No era capaz de reaccionar hasta que uno de los hombres se dirigió a ella. Quería saber por dónde comenzar y no conseguía explicarse, hasta que finalmente les explicó que tenían que ir montando la tienda mientras esperaban que llegase George. Hablaba perfecto inglés y le informó que era el traductor de la excavación. Asintió con la cabeza como si fuera estúpida sin pronunciar una sola palabra. Rápidamente los trabajadores se pusieron manos a la obra y comenzaron a montar la tienda. En apenas unos minutos ya estaba lista. Entonces escuchó el sonido de un coche acercándose y vio que se trataba de George. Bajó velozmente del *jeep* y se acercó a ella muy preocupado.

—¿Estás bien? ¿Qué te han dicho? ¿Se han atrevido a hacerte algo?

—Respira George. Todo está bien. Mira, la tienda ya está montada—le dijo señalando al lugar donde se había ubicado. — Hay un traductor en la excavación que es el que se encargará de comunicarnos con los trabajadores. Parece un hombre agradable. No te preocupes tanto hombre, que vas a ser padre y tienes que llegar cuerdo a ese momento—le dije para tranquilizarlo, pero aún así no lo consiguió.

—Muy graciosa. Elizabeth entiende de una vez que este país no es Estados Unidos y que tenemos que andarnos con cuidado. Si llegara a haber pasado algo no me lo habría perdonado nunca.

—Venga, no exageres y dime cómo has llegado hasta aquí.

—Ese es el segundo motivo por el que estoy intranquilo. Estaba muy nervioso esperando alguna señal divina cuando un hombre en un camello se ha acercado—El hombre del desierto. El aire abandonó sus pulmones al recordar lo que había vivido con él hacía apenas un rato—. Dios Eli, tenías que haberlo visto. Parecía sacado de Lawrence de Arabia. No me ha dirigido la palabra, con un gesto me ha indicado que le diera a las llaves en el contacto y él ha sacado el *jeep* de la arena. Ese hombre tenía una fuerza descomunal.

Su mente volvió a viajar al instante en el que se tumbó encima de ella y su cuerpo había comenzado a arder en llamas. Había reaccionado a su contacto de una manera bastante caliente. No se reconocía porque ni siquiera sabía de quién se trataba. Elizabeth nunca se había sentido así. Quizá fuera producto del desierto y el cliché de un hombre vestido con

túnica, de mirada penetrante y voz sexy. George le preguntó algo devolviéndola al presente inmediatamente. Prefirió no mencionar nada de lo ocurrido con aquel hombre de ojos marrones y olor a canela a George, pues ya estaba bastante paranoico. Continuaron preparándolo todo para poder empezar a excavar a partir de mañana. Los trabajadores, que en un principio les habían recibido recelosos, ahora se mostraban cordiales y muy colaboradores.

Por la noche George y Elizabeth remataron los flecos que quedaban para comenzar los trabajos de excavación. Patrice se comunicó con él vía *Skype* y parecía que lo había calmado bastante, pues lo había notado agitado durante el día. Elizabeth iba conociendo más a su compañero y veía que era una persona que se estresaba por todo. Trabajador incansable, leal y de muy buen corazón. Patrice había encontrado una joya. Ojalá encontrase ella a alguien así algún día. De repente recordó al hombre del desierto y un escalofrío la recorrió entera. ¿Por qué recordaba a ese hombre de pronto? Tan solo lo había visto una vez pero le había impresionado de tal manera que era incapaz de sacarlo de su mente.

Tras hablar un rato con Patrice y hacerle saber que ninguna mujer se había acercado a él, volvió a su habitación. Se dio una ducha fría, que necesitaba desde su encuentro con el misterioso hombre del desierto, repasó los planes para el día siguiente y tras mandar un correo electrónico al señor Gordon informándole sobre su llegada y los primeros pasos, apagó la luz y cayó rendida; aunque volvió a tener el extraño sueño en el que el hombre ataviado con túnica y al que no conseguía verle la cara no dejaba de decirle la palabra de la que ella no conocía su significado, aunque ese mismo día se la habían dicho. Esa palabra era *Imra*.

*****

Las semanas se sucedían y el calor sofocante del desierto la agobiaba cada vez más. No terminaba de acostumbrarse a esas ropas negras que supuestamente aíslan mejor del sol y del calor. Le costaba horrores hacerse a ellas. Afortunadamente los trabajadores no pusieron ninguna queja y pudieron comenzar con los trabajos de excavación inmediatamente. George aún no daba crédito a todo lo que ocurrió tras haberle dejado abandonado con el *jeep*. Seguía impactado por el hombre vestido con larga túnica blanca subido a un camello y que le ayudó a remolcar el coche atascado en las complicadas arenas. Increíble. —«Menuda fuerza debe tener para sacar el coche de ahí»—pensó en voz alta.

Aún sentía su cuerpo aplastando el suyo y el corazón le latía desbocado recordando su cercanía y su sensual voz junto a su oído. Uff —jadeó abanicándose con la mano.

Un trabajador le hizo una pregunta sobre algo relacionado con el trabajo y su mente volvió a la realidad.

El trabajo que tenían por delante era gigantesco. Estaba tan nerviosa por llegar a la tumba del faraón *Seneb kay* que apenas durmió pensando en todo lo que tenían que hacer. Este faraón perteneció a la Dinastía de *Abidos* entre 1650 y1670 a. C., Dinastía que gobernó de manera simultánea a la dinastía XV y XVI durante el convulso período conocido como Segundo Periodo Intermedio. La tumba de *Seneb Kay* constaba de cuatro estancias decoradas con imágenes de las diosas *Nut, Neftis, Selket* e *Isis*. Ya habían descubierto la antesala y el muro de entrada. Calculaban que en pocos días abrirían la sala donde estaba supuestamente enterrado el faraón.

Felicidad, ese era su estado actual. No había nada que le hiciera sentir más dichosa que descubrir tesoros, tumbas, ciudades sepultadas… Se reconocía como una *Indiana Jones* pero sin el riesgo y el peligro de esas aventuras que corre el pobre *Harrison Ford*. Cada vez que comenzaba un trabajo de excavación se imaginaba a sus padres trabajando juntos y encontrando grandes tesoros. Sus padres eran arqueólogos los dos, pero cuando Elizabeth tenía apenas un año estaban trabajando en un proceso de prospección paleontológica en una cueva en la provincia argentina de *Neuquén.* Entonces hubo un movimiento de tierra repentino. Al menos tenía el consuelo de que habían perecido juntos. Desde entonces se crió en orfanatos, yendo de uno a otro e incluso de país en país hasta que cumplida la mayoría de edad se marchó del último y empezó a vivir su vida. Sus padres tenían un fondo y debido a su trágica muerte el seguro fue bastante generoso.

Estudió Arqueología, pues su madre escribía unos diarios de cada trabajo que hacían y se enamoró de su profesión. Su amiga Louisa siempre le decía que decidió estudiar Arqueología porque era lo que sus padres hacían y siempre había querido estar cerca de ellos de alguna forma. Louisa, la otra huérfana con la que coincidió en uno de los orfanatos en Estados Unidos, la que era su hermana. Estuvieron juntas apenas dos años hasta que una pareja de mediana edad se la llevó a España. Por suerte siguieron siempre en contacto. Aunque no hablaran mucho tenía la certeza de que ella siempre estaría ahí para ella, al igual que Elizabeth siempre estaría ahí para Louisa.

—Elizabeth, tenemos un problema—le dijo George alejándola de los recuerdos.

—¿Qué problema?—le preguntó desconcertada. Y entonces es cuando la sangre dejó de correr por sus venas, se le secó la boca y sintió el corazón que se le iba a salir del pecho. Lo vio de nuevo. Ante ella estaba el hombre del desierto.



Capítulo 3

¿Pero qué hacía ese hombre allí, en su excavación? Venía acompañado de dos hombres más que serían sus guardaespaldas, si como se imaginaba era alguien importante del país. Quería avanzar hacia delante para preguntarle qué hacía allí pero no podía moverse del sitio. Estaba hipnotizada por esa mirada de caramelo que le provocaba sensaciones abrasadoras. Hoy podía verle la cara por completo pues solamente llevaba el pañuelo en la cabeza y la túnica. Su rostro era perfecto. Tenía la piel dorada, nariz perfecta, ojos penetrantes y una boca muy apetecible. «¡Elizabeth céntrate!», se regañó a sí misma. Haciendo caso omiso a lo que le pedía el cuerpo, se acercó para hablar con él.

—¿Hay algún problema?—le preguntó intentando mantener las distancias. No contestaba. Se limitaba a mirarla de arriba abajo haciéndole la radiografía completa y en ese momento fue consciente de las pintas que llevaba. Las botas llenas de tierra, las bermudas tenían más arena que el mismo desierto, la camiseta de tirantes iba por el mismo camino y bajo el sol infernal estaba sudada a más no poder. Claro que ese hombre no estaría acostumbrado a ver a mujeres en semejante estado sino a *Sherezades* vestidas con siete velos, pintadas con *henna* y ataviadas con bisutería… Entendía su asombro.

—Ya le he preguntado yo que si ocurre algo y no contesta. Lo mismo es que no entiende nuestro idioma—le dijo George bajito. ¿Pero cómo no les iba a entender si hacía unas semanas le habló en inglés? Este hombre lo que estaba haciendo era marcar su terreno con esa planta soberbia, mirándoles de esa forma tan presuntuosa que lo que tendría que provocarle era respeto pero se le ocurrían otras muchas cosas y ninguna tenía que ver con respetarle.

—Sí que hay un problema—contestó escuetamente y con gesto contenido.

—Usted dirá—le animó a seguir hablando, pero se cruzó de brazos mirándola desafiante.

—Esta excavación es propiedad del reino de Bareik, por lo que todo lo que aquí se descubra se quedará en el museo de la ciudad.—El asombro se dibujó en su cara. ¿Desde cuándo aquello era propiedad del reino?

—Me temo que ha debido haber algún error, ya que todo lo que aquí encontremos se llevará a Estados Unidos que son los que nos han mandado

aquí, más concretamente al Museo de Antigüedades de Washington; tal y como estaba acordado—le contestó muy seria. Si ese hombre se pensaba que venían a trabajar para él, lo llevaba claro. Tuvo que ponerse seria, con su trabajo no se jugaba, por mucho que él le atrajese.

—Bien—le respondió con semblante seco—. Enséñenme los documentos que así lo acreditan y me marcharé sin decir una palabra.

—George, ¿dónde están los documentos?—le preguntó sin dejar de mirar fijamente al hombre del desierto. Su compañero seguía perplejo al ver de nuevo al misterioso hombre y no reaccionaba. Tuvo que darle en el brazo para que se pusiese en marcha. Mientras George rebuscaba en su maletín, el hombre de penetrantes ojos como el desierto no dejaba de mirarla sonriendo, por lo que no le quedó más remedio que mirar hacia otro lado, como si estuviera observando la cosa más interesante del mundo. Al poco rato George volvió con ellos.

—Aquí tienes, ya me imaginaba que sucedería algo como esto y por eso me traje los papeles cuándo nos vinimos—le susurró para que no los oyeran. George se los entregó y durante unos minutos los observó minuciosamente. Parecía que quisiera sacar alguna pega y no dejaba de leerlos mientras Elizabeth le observaba. Estaba concentrado en la tarea y su ceño se fruncía de vez en cuando.

—¿Está todo en orden?—le preguntó con cautela pero demostrando tener seguridad máxima, pues sabía de sobra que todo lo que se descubriera en aquel lugar pertenecía a los Estados Unidos de América que ya había firmado un acuerdo con el gobierno de Bareik.

—Así parece—contestó mientras Elizabeth le devolvía los documentos a George que salió de la tienda pues el traductor había entrado a buscarles. Entendía que tenía que irse con él porque algún trabajador les buscaba, pero podría haberse quedado con ella, que esperasen los trabajadores. No quería estar a solas con él. Si lo deseaba podía dejar marchar a sus guardaespaldas y entonces no tendría escapatoria. Encerrada en esa minúscula tienda que cada vez se le hacía más pequeña. Entonces vio que se giraba y exhaló un suspiro de alivio. Sin embargo repentinamente se giró y mirándola le preguntó.

—¿Y los permisos para excavar? ¿También los tienen?—en ese momento entró George. Le miró y estaba igual de desconcertado que ella.

—Los permisos se gestionaron directamente desde el Gobierno de nuestro país. Nosotros no tenemos nada de eso—le contestó George antes de que ella pudiera abrir la boca. El hombre del desierto negaba con la cabeza, Elizabeth echó a temblar cuando se dirigió hacia donde ella estaba. Se situó justo enfrente, musitó algo en su idioma a los dos hombres que lo acompañaban e inmediatamente abandonaron la tienda llevándose amablemente a George. Apenas les separaban un par de centímetros. El

pecho le subía y bajaba debido a la tensión de tenerlo tan cerca, el corazón se le disparó y se le secó la boca. «¡Dios qué me hace este hombre!», pensaba Elizabeth. Entonces hizo lo peor que podría hacer, con su dedo índice comenzó a acariciarle el cuello bajando hasta el escote. Fijó su vista en el dedo que bajaba lentamente pero cuando llegó al escote se detuvo y la miró a los ojos. Volvió a suspirar y sonrió.

—¿Deseas hablar de negocios?—le preguntó mientras su dedo índice jugueteaba en su cuello. Era incapaz de responderle, tan solo era un cúmulo de suspiros. Le faltaba el aire—. Porque precisamente hablar, no es lo que yo deseo...—entonces cometió el error de abrir mucho los ojos y asentir, lo que le dio pie a actuar—. Eso es *Bahiyaa*...

No sabía cómo pero ese hombre conseguía que comenzase a descontrolarla su pecho subía y bajaba movida por la excitación de sentir su dedo recorriendo su cuello y escote. Jugueteaba mientras la observaba. Pegó su cuerpo al de ella y la estrechó entre sus brazos. La agarró de ambas manos y se las inmovilizó tras su espalda, no podía moverse, la tenía completamente a su merced. Le llevó despacio hacia el extremo opuesto de la tienda donde había una mesa que quedó justo detrás de ella. Una vez allí soltó sus brazos y se lanzó a atacar su boca de manera cruda y salvaje. Elizabeth le agarró por los hombros y lo apretó contra ella para tener el máximo roce posible. Desde el primer momento su asalto fue rudo y frenético, sus lenguas se encontraron en una danza en la que peleaban como locos por saborear más el uno del otro. Ella no pudo evitar emitir algún que otro gemido, lo que hizo que él se animase más y la estrechase contra su excitado cuerpo. Si la empujase más contra la mesa acabarían haciendo un agujero en el suelo. Un gran deseo abrumador se apoderó de ella. El latido de su corazón retumbaba en sus oídos mientras los labios del hombre seguían explorando los suyos.

—*Imra*…—le susurraba entre besos.

En ese momento de locura, un atisbo de sensatez acudió a su mente y reaccionó e intentó apartarlo de ella. Por mucho que lo estuviera disfrutando, no conocía a ese hombre de nada. Lo mismo podía ser el Sultán de Bareik como un empresario del petróleo ligón buscando conquistar mujeres extranjeras por diversión. No conseguía zafarse de sus brazos y por una parte sentía alivio, pero la sensatez estaba ganando la batalla, cuando de pronto explotó.

—¡No! —le gritó dándole un empujón que le hizo tropezar hacia atrás. La miró extrañado mientras ella intentaba recuperar el sosiego. Aquello no podía ocurrir, de ninguna manera. Ese hombre quería quitarle las posesiones que allí encontrasen y haría lo que fuera por convencerla. No debería desear estar entre sus brazos y olvidarse de todo, pero lo hacía. Lo mejor sería salir de esa tienda, unos cuantos pasos y estaría libre de su

hechizo. Dio el primer paso cuando vio que algo había variado en la mirada del hombre del desierto. ¿Seguridad? ¿Prepotencia? ¿Deseo? No le dio tiempo a averiguar de qué se trataba, cuando quiso darse cuenta, volvía a estar atrapada entre sus brazos. Volvió a besarla como si pudiera borrar cualquier objeción que le asaltase y entonces se abandonó a la pasión que crecía dentro de ella.

Nunca antes se había entregado a un hombre desconocido del que apenas sabía nada. Jamás se había sentido tan deseada en los brazos de alguien ni había necesitado tanto a nadie.

—No… no deberíamos hacer esto…— acertó a decirle mientras seguía asaltando su boca sin tregua. Comenzó a descender sus manos por el cuerpo de Elizabeth agarrándola por la cintura. Ella deseaba más, que siguiera tocándola por todas partes aunque no dejaba de removerse inquieta. «No debes hacer esto», se decía Elizabeth a sí misma. Pero entonces hubo un cambio en su actitud y se separó de ella a la vez que intentaba conseguir respirar de forma tranquila de nuevo. De repente se giró y se encaminó hacia la salida sin apenas dirigirle la palabra mientras Elizabeth intentaba entender qué demonios había ocurrido. Seguía confusa cuando el hombre del desierto se dio la vuelta y finalmente habló.

—Ten por seguro que si sigues aquí es porque así lo deseo y así será hasta que yo lo decida— le dijo desde la distancia dejándola asombrada. ¿Quién se creía que era para mandar en lo que ella hiciera? La rabia se apoderó de ella y en ese momento lo que deseaba era sacarlo a patadas de allí, pero estaban en su terreno y eso, seguramente, acarrearía consecuencias terribles. No le dio tiempo a contestarle cuando vio que de nuevo se acercó a ella. Un brillo malicioso asomaba a sus ojos y de pronto la rabia desapareció volviendo a desear estar entre sus brazos. No le importaba nada más. ¿Qué le estaba pasando?

—No intentes luchar contra mí *Bahiyaa*, porque en un momento u otro serás completamente mía y lo sabes. Por eso tu corazón palpita desbocado cuando estoy cerca y por eso la fiebre del deseo se apodera de ti cuando te rozo…—le dijo mientras acariciaba su pecho con su dedo provocando las llamas en su interior—. Tus ojos verdes se iluminan cada vez que te toco, como dos preciosas esmeraldas refulgiendo a la luz del sol. Pero necesito que te entregues voluntariamente y que lo desees por completo, porque si no, no es tan divertido—. ¿Divertido? ¿Acaso estaba jugando con ella? Elizabeth abrió los ojos perpleja tras su último comentario, lo que provocó una sonrisa malévola en sus labios. Quería expresarle toda la furia que le recorría en esos momentos, pero cuando posó su dedo sobre sus labios, fue incapaz de contestarle—.Tendrás noticias mías, pronto. Antes de marcharse de la tienda, se volvió a dar media vuelta dejándola confundida y ansiosa de más…—Una cosa más Elizabeth, mi nombre es Khalid. Así ya puedes

nombrarme en tus sueños…

Sus sueños. Esos en los que un hombre al que no conseguía verle el rostro la llamaba *Imra*. ¿Sería Khalid ese hombre? Y de ser así, ¿por qué había comenzado a soñar eso antes de conocerlo? Elizabeth estaba confundida, entre el estado en el que la había dejado y la frase que le había dicho antes de salir de la tienda, no entendía nada. Solo sentía un gran fuego que le consumía. Ella no era así. Todo será culpa de las temperaturas sofocantes del desierto y las novelas de romance donde un jeque enamora a una mujer y la hace suya acabando con un final de cuento. Pero Elizabeth no creía en los cuentos, su vida era un fiel reflejo de que las cosas que suceden en ellos se quedan ahí. Huérfana con apenas un año, se había dedicado a luchar con uñas y dientes en la vida. Había viajado mucho recorriendo diferentes ciudades e incuso varios países, pero no en todos fue todo bonito.

Elizabeth recordó su estancia en uno de ellos, donde la comida escaseaba, no ponían la calefacción para ahorrar dinero y veía a compañeras suyas enfermar un día sí y otro también. George volvió a entrar en la tienda sacándola de sus dolorosos recuerdos. Le preguntó si todo estaba en orden y Elizabeth le ahorró los detalles jugosos de su encuentro. Era mejor ocultarlo, pues si se lo contase se llevaría las manos a la cabeza poniendo el grito en el cielo y la avisaría de que estaba jugando con fuego, y ya se sabe que aquel que juega con fuego, termina quemándose.

*****

Khalid, por fin sabía su nombre.

Ya habían pasado varios días desde su encuentro en la excavación y no había dejado de pensar en él. Cada vez que recordaba sus manos acariciando su cuerpo ardía en deseos de dejarse llevar y entregarse a él sin descanso. Por suerte tenía momentos de lucidez donde recordaba que había venido a ese país con una fecha de caducidad; tres meses y con un objetivo claro, descubrir la tumba de *Seneb kay*. Una vez pasado ese tiempo volvería a casa, a Estados Unidos, el trabajo estaría hecho y no volvería a saber nada más de aquel lugar. Por una parte era un tremendo alivio porque las temperaturas de ese lugar terminarían por acabar con ella, pero pensaba en que dejaría de ver esos ojos marrones que la atrapaban y un pellizco de desesperanza se apoderó de ella. Los sueños seguían sucediéndose pero no conseguía verle la cara al hombre. Aunque Elizabeth cada día estaba más convencida de que era Khalid.

Salió de la ducha y ya estaba prácticamente asfixiada a pesar de que en el hotel en el que se alojaban no se estaba nada mal pero el calor se colaba por cualquier rendija. Se preparó para salir cuando sonó el teléfono de la habitación.

—¿Diga?

—Señorita, tiene una llamada desde Estados Unidos—. Se extrañó. Ayer mismo había hablado con su jefe y le había dicho que dejaba todo en sus manos. Tras el susto que les había dado el hombre del desierto (aún se resistía a llamarle por su nombre) no quisieron arriesgarse y llamaron inmediatamente al museo para corroborar que todo estuviese correcto. Así se lo hicieron saber por lo que por esa parte, podían respirar tranquilos. Aunque a Elizabeth no le pasó desapercibido el tono de preocupación que intentó disimular el Señor Gordon. Será que ya veía conspiraciones donde no las había—. ¿Se la paso?

—Claro. Gracias.

—¿Elizabeth?—reconocería esa voz en cualquier parte.

—¡Louisa! ¡Amiga mía! Qué alegría escucharte ¿pero cómo has sabido que estoy en Bareik? Desde la pasada navidad no hablamos—oyó carcajadas al otro lado de la línea. Su amiga Louisa, la que se crió con ella en uno de los orfanatos, su hermana a pesar de que hubiese poca comunicación estaba al otro lado de la línea convirtiendo su día en pura felicidad por su llamada.

—Tengo mis contactos querida—le respondió en tono misterioso—. No, en serio Elizabeth. Tedd leyó la noticia en el periódico sobre el reciente descubrimiento de la tumba de un faraón desconocido y cuando leyó tu nombre me lo dijo. Qué orgullosa estoy de ti—. Un nudo se instaló en su garganta que pugnaba por salir, pero se mordió la lengua para aguantar.

—Gracias Louisa. Y bueno, cuéntame, ¿qué tal te encuentras? ¿Mi sobrino ya quiere salir?—le preguntó pues no habían vuelto a hablar desde que las pasadas fiestas navideñas le dijo que estaba embarazada.

—Que va. Aún le falta cocerse un par de meses más, pero ¿adivina qué? Nada de chico, ¡es una chica!—le anunció con la voz llena de júbilo desde el otro lado de la línea telefónica.

—¡Oh Louisa! Es maravilloso. Ya tenéis la parejita, el pequeño Aarón y ahora la niña. No te imaginas cuánto me alegro.

—Estoy segura que la pequeña Elizabeth será igual de fuerte y aventurera que su madrina—le dijo Louisa, de repente las lágrimas asomaron por sus ojos y no porque fuera a ser su madrina, que eso ya lo sabía, sino porque se llamaría como ella. Era un auténtico honor. Louisa y Tedd eran el ejemplo perfecto de la felicidad. Ambos se conocieron en el primer trabajo que tuvo Louisa, en una cafetería del pueblo. Cada día Tedd paraba en ese mismo bar a tomarse el primer café de la mañana y allí estaba ella trabajando de camarera. A los pocos meses estaban viviendo juntos y con un niño en camino. A todo el mundo podría parecerle una locura, pero para ellos era lo más normal del mundo. Se amaban, eran felices e iban a ser bendecidos con la llegada de un hijo. ¿Podrían pedir más?

—Louisa, no sé cómo agradecerte que vayáis a llamarla como yo. Es un

honor. Yo…— y no pudo seguir porque rompió a llorar emocionada. Después de todo, Louisa era la única familia que tenía en la vida.

—No me llores que yo tengo las hormonas revolucionadas y no puedo escuchar llantos o me pongo a llorar yo también como una boba. ¿Cómo se te ocurre dudar que mi hija no lleve el nombre de mi hermana? Lo que tienes que hacer es venir a pasar más tiempo con nosotros y así vas practicando para cuando decidas hacerme tía—. De repente el llanto se convirtió en risa. Adoraba a Louisa, tan pronto la emocionaba, como que le hacía reír a mandíbula batiente.

Un pensamiento le acechó entonces, «¿Cómo serían los hijos de Khalid?». Porque ese hombre con ese cuerpo hecho para pecar debería tener hijos asombrosos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al imaginar cómo debería ser hacerlos con él… "Uf, esto debe ser producto del terrible calor", quiso pensar, pero en el fondo sabía que no se trataba de eso.

—Prometo que te llamaré en cuanto pueda. Ahora estoy muy liada con la excavación y no paro un minuto. Y dime ¿cómo está mi gordito? Os traerá locos ahora que ya anda.

—Uf, Tedd no me deja andar detrás de Aarón ahora que ya el embarazo está bastante avanzado así que, el pobre lo tiene agotado. Tampoco me deja hacer mucho por casa. Esto es un aburrimiento Eli.

—Ja, ja, ja. Anda y no te quejes, que tu marido es un sol. Eres muy afortunada de tenerlo y él de tenerte a ti—le dijo mientras estaba convencida de que Louisa estaba a punto de llorar.

—Tienes razón—le respondió con la voz temblándole de la emoción—. Pero no hablemos más de nosotros. Cuéntame de ti, ¿has conocido a algún jeque árabe interesante? ¿Y ese George qué tal está?

—Louisa, no empieces. George es un encanto pero para nada me atrae, además está felizmente casado. Ya sabes que cuando trabajo me concentro en mi tarea y lo demás pasa desapercibido a mi alrededor—sentía tener que mentirle, pero si le contaba lo de Khalid no dejaría de hacerle preguntas. Charlaron un par de minutos más pero se le estaba haciendo tarde—. Louisa, tengo que dejarte. Prometo que te llamaré en cuanto pueda.

—No prometas tanto que al final no lo cumples. Recuerda que en un par de meses tienes que conocer a tu ahijada. Espero verte entonces. Elizabeth cuídate mucho. Te quiero hermana.

—Yo sí que te quiero Louisa. Cuídate mucho y deja que te mimen. Dale muchos abrazos a mi pequeño y besos a Tedd.

Colgó y un gran vacío se instaló en su pecho. Louisa era su verdadera familia. Tras la muerte de sus padres su vida se sucedió de orfanato en orfanato hasta que la conoció en uno de ellos, en un pueblecito de Maryland. Cada vez que estaban juntas, todo volvía a ser familiar, se sentía

en casa. Pero Louisa ya tenía su propia familia y Elizabeth necesitaba encontrar su lugar en el mundo. Sacudió la cabeza intentando deshacerse de esos sentimientos tan descorazonadores y se marchó camino a la excavación. Una vez allí, vio que el trabajo estaba saliendo mejor de lo que esperaba, incluso cabía la posibilidad de que pudiesen marcharse antes de alcanzar los tres meses que tenían de plazo.

George la llamó para mostrarle lo que acababan de descubrir y se quedó maravillada. Se trataba de su momia. Desgraciadamente había ausencia total de restos de vasijas y otros objetos típicos de los enterramientos reales, lo que evidenciaba que su tumba había sido saqueada ya en la antigüedad. Con sumo cuidado varios trabajadores la colocaron en una mesa antes de proceder a su estudio. En ese momento escucharon un ruido fuerte de un *jeep* acercándose a gran velocidad.

Salieron de la tienda para ver de qué se trataba. Los dos hombres que acompañaban a Khalid el otro día se bajaron del cuatro por cuatro y se dirigieron hasta ellos. Un escalofrío de auténtico terror se apoderó de Elizabeth y es que su gesto no era nada amigable.

—Señorita Beckett— le dijo uno de los hombres que debía medir por lo menos dos metros—. Venimos a precintar esta excavación por no disponer de los permisos necesarios—. «¡¿QUÉÉÉÉ?! »—gritó en su interior totalmente indignada. No podía creerse que aquello estuviese sucediendo.

—Debe haber algún error—intentaba parecer calmada—. Los permisos se solicitaron directamente con su gobierno y están vigentes. Ayer mismo hablé con el jefe del museo en el que trabajo y así me lo hizo saber.—El "amable" hombre le enseñó un papel que parecía ser una orden de precinto porque los permisos no habían llegado aún. No entendía nada. Todo parecía correcto así que poco podían hacer. En cuanto llegase al hotel su jefe la iba a escuchar.

—Como puede ver esta excavación debe cerrarse hasta que todo esté aclarado—. Asintió con la cabeza rendida ante la obviedad pero con una rabia tremenda—. Recoja sus cosas. Tenemos orden de llevarla con nosotros—. Esto ya sí que la dejó totalmente perpleja.

—Perdone, ¿cómo dice?—contestó George enfadado, aún no salía de su asombro.

—Lo que ha escuchado. La señorita Beckett está retenida en el país desde este momento—. ¿Pero qué decía ese hombre? Ella no había hecho nada. ¡Qué demonios estaba ocurriendo!

—Disculpe pero soy ciudadana americana con visado para estar en su país por tres meses. ¡No pueden retenerme contra mi voluntad! No he hecho nada malo—les gritaba intentando hacerles entrar en razón, pero por lo visto era en vano.

—Muéstreme su pasaporte por favor—le pidió el otro hombre que hasta

ahora no había abierto la boca. Echó mano a su mochila pero no estaba. ¡Mierda! Se lo había dejado en el hotel.

—Está en mi hotel. Lo he dejado allí, pero pueden llevarme y se lo enseñaré encantada.

—Señorita no podemos perder más el tiempo. Tenemos órdenes estrictas de llevarla a palacio—. ¿Palacio? ¡Pero de qué estaban hablando esos hombres! Ella no pensaba ir a ningún palacio—. No nos lo ponga más difícil y venga con nosotros. Si no es por las buenas será por las malas, pero no creo que nuestro jefe esté muy contento de que sea por las malas—. ¿Su jefe? ¿Pero por qué iba a querer el Sultán llevarla a su palacio si ni siquiera sabía quién era? Entonces tuvo un presentimiento…

—Y díganme, antes de marcharme con ustedes, ¿quién es su jefe?

—El jeque Khalid El Meznoud—. De pronto sus palabras volaron a su mente: «Ten por seguro que si sigues aquí es porque así lo deseo y así será hasta que yo lo decida», y por lo visto ya lo había decidido.

—De eso nada. Elizabeth no va a ir a ninguna parte con ustedes. Me importa poco que ese hombre la quiera retener. Ella no ha hecho absolutamente nada—dijo George interponiéndose entre los hombres y ella. La tensión estaba latente en el ambiente y Elizabeth comenzaba a temer por George al ver las caras de aquellos hombres.

—No vamos a repetirlo más veces. Tenemos orden de llevarnos a la señorita Beckett y así será—gritó uno de ellos. De acuerdo, podía manejar la situación. Agarró a George del hombro e intentó hacerle entrar en razón. Lo que menos quería era crear un problema más y que le ocurriera algo.

—George, escúchame. Me voy a marchar con estos hombres pero tú tiene que contactar con el señor Anderson y explicarle lo que está sucediendo. Que averigüe qué demonios ocurre con los permisos. No comprendo porqué ayer nos dijo que está todo en orden, aunque algo raro noté en su voz—George la miraba sin dar crédito a lo que le estaba diciendo.

—Me marcho con ella. No pienso dejarla sola—dijo George mirando desafiante a los hombres que le miraban con sorna. No necesitaba que la situación se complicara más, así que volvió a girarle agarrándole de la cara y repitió las mismas palabras.

—George, me marcho con ellos pero necesito que descubras que está sucediendo. No te preocupes. No me va a ocurrir nada ¿de acuerdo?—finalmente asintió rendido aunque no estaba de acuerdo con su decisión.

—Está bien Elizabeth pero no dejaré que te quedes allí—le dio un abrazo para reconfortarle, pero realmente Elizabeth lo necesitaba para infundirse la seguridad necesaria. Se separo de él y se marchó con esos hombres sin saber qué le deparaba el destino.



Llegaron a un suntuoso palacio que estaba en pleno corazón de la ciudad. Siempre se había imaginado esos lugares en pleno desierto, sin nada a la vista. Los hombres bajaron del *jeep* rápidamente y la acompañaron escoltándola cada uno a un lado como si fuera una prisionera. El palacio por fuera era magnífico, dos columnas cuadradas blancas enormes configuraban la entrada. Metros y metros de terreno conformaban el palacio. Elizabeth no alcanzaba a ver dónde terminaba. Tejados en tonos violetas lo decoraban. Había un puesto de seguridad a la entrada con varios policías armados hasta las cejas. El hombre que le había enseñado el documento del precinto les saludó con la cabeza y uno de los policías hizo lo propio. Las puertas tenían forma de arcos ojivales, era idéntico a los palacios de "Las mil y una noches" y eso que aún no había visto el interior. Pronto se dio cuenta que por dentro era aún más espléndido. Pasillos con suelos de mármol, puertas doradas, zócalos de alabastro… todo lujo. Se sentía como si fuera Yasmine en la película infantil de "Aladdin", solo que aquello no pintaba tener el mismo final de cuento de hadas. Los hombres la acompañaron hasta una zona que era menos tradicional y parecía más actual. Se pararon delante de la puerta y le indicaron que entrase. Le abrieron la puerta y entró con timidez. Una vez dentro se giro al oír cerrarse la puerta y entonces escuchó su voz.

—Mi *Muna*—oyó la voz de Khalid provocándole miles de cosquillas en el estómago. Se dio la vuelta y lo vio sentado en una mesa enorme a pocos metros de ella. Apenas se había dado cuenta de lo que había en la habitación y ahora solo lo veía a él. Llevaba una camisa blanca y un traje gris oscuro. Seguía llevando el turbante, pero ese aspecto occidental la había trastornado aún más.

—¿Se puede saber qué se supone que hago yo aquí?—le dijo mirándole desafiante aguantando su mirada hipnótica. Se levantó y se acercó hasta ella. «¡Dios no, no! Si lo tengo demasiado cerca no voy a poder resistirme. Tengo que ser fuerte», pensaba Elizabeth. Lo tenía a apenas unos centímetros pero no la tocaba, como la última vez. Solo sonreía.

—¿No recuerdas nuestra última conversación?—le preguntó con aire prepotente. Claro que se acordaba: «*Ten por seguro que si sigues aquí es porque así lo deseo y así será hasta que yo lo decida*». Pero no quería que

pensara que le había dado importancia aunque solamente hubiese tenido cabeza para él en esos días—. Claro que dada la forma en que te deshacías en mis brazos, comprendo que no lo hagas. —Con la boca abierta, no le dio tiempo a responderle cuando se dirigió de nuevo a la mesa y le hizo un gesto con la mano invitándola a sentarse.

La sala en la que se encontraban era grande pero en ese momento sentía como si estuviera en un zulo. Le costaba respirar y ni siquiera la había tocado. Esa mirada salvaje provocaba más reacciones en ella que las manos en su cuerpo. Recomponiéndose como pudo se lanzó a exigirle explicaciones.

—¿Con qué derecho se atreve a retenerme?

—¿Ya no nos tuteamos? Creía que tras nuestro encuentro en la excavación habíamos dejado las formalidades, Elizabeth—. El modo en que pronunció su nómbrele ocasionó millones de descargas eléctricas por todo su cuerpo.

—De acuerdo Khalid. Explícame qué demonios hago yo aquí y hasta cuando estoy secuestrada contra mi voluntad, porque esto es un secuestro en toda regla ¿lo sabías?

—Efectivamente lo es. Hasta que no se resuelvan los problemas burocráticos de la excavación, me temo que estarás aquí conmigo. No lo veo tan mal plan—dijo con sobrada prepotencia.

—¿Y quién ha decidido que tenga que estar aquí? ¿Tú?—le contestó retándole con la mirada.

—Por supuesto que sí. Ahora mismo soy el gobernante de un reino del desierto y mi palabra es Ley.

—Me parece perfecto, pero yo no pertenezco a este reino de arena, solo tengo permiso para estar aquí tres meses. Después las autoridades me echarán del país si no me marcho por propia voluntad.

—Todo a su tiempo, A*adab*—. No entendía por qué su cuerpo se estremecía cada vez que él le decía esas palabras en árabe.

Se levantó y caminó hacia ella. Elizabeth comenzó a caminar hacia atrás buscando la puerta, pero cuando se giró a abrirla, descubrió que estaba cerrada con llave. Entonces sintió su respiración acelerada tras de sí. No podía moverse, mucho menos darse la vuelta—. *Bahiyaa*, no me desafíes—. Puso sus manos en las caderas y la giró. Estaban frente a frente, a escasos centímetros. El pulso se le aceleró mientras el miedo y el deseo luchaban por ganar la batalla. Antes de que pudiese darse cuenta, Khalid la estrechaba entre sus brazos. Abrió la boca para decir algo pero sus ojos ardientes de deseo la atraparon. El hombre del desierto inclinó su cabeza hacia ella y entonces fue demasiado tarde, estaba perdida en el beso más asombroso de su vida.

Khalid la aprisionaba contra la puerta, mientras su lengua buscaba la

suya desesperadamente. Ambas danzaban en sus bocas a la vez que Khalid bajaba las manos por sus caderas. La agarró fuertemente como si fueran a fundirse en uno solo. Sentía la piel incendiarse y el cuerpo empezaba a arder en llamas. De pronto la alzó en sus brazos y Elizabeth le rodeó la cintura con las piernas. Los llevó al escritorio donde se encontraban hacía apenas unos instantes. Khalid sentó a Elizabeth sobre la fría mesa o es que ella estaba tan encendida que le parecía que estaba helada.

—Khalid…

—Ese es mi nombre.

—¿Qué estamos haciendo?—acertó a decir entre gemidos.

—Si no te ha quedado claro hasta ahora, debería esforzarme—le dijo con la voz plagada de deseo mientras la tumbaba sobre el escritorio.

Khalid no dejaba de tocarla a la vez que posaba su mirada por todo su cuerpo provocándole un estremecimiento brutal. Vio que se dirigía a levantarle la camiseta, cuando unos fuertes golpes les sacaron de ese estado febril. Khalid gruñó ignorando la llamada, hasta que alguien le dijo algo en su idioma, desde el otro lado de la puerta y bajó a Elizabeth de la mesa. La acomodó en la silla y se dirigió a abrir la puerta. Un hombre mayor ataviado con túnica y turbante entró hecho una furia dando un empujón a Khalid. Otro hombre con traje negro le seguía. En un momento estaban en mitad de la sala y Elizabeth se levantó de un salto. El anciano se giró hacia Khalid que comenzó a hablar con él bastante enfadado. Ella pasaba la vista de uno a otro sin comprender nada. No entendía una palabra. De vez en cuando la miraban y el hombre mayor la señalaba y de malas formas por cierto, así que era fácil detectar de qué estaban hablando. De repente el anciano la miró con recelo y se marchó acompañado del hombre trajeado. Khalid suspiró intentando recobrar la calma cuando se acercó a ella.

—Lo siento *Amira*. Lo mejor será que vayas a instalarte en tu habitación. Yo pasaré por ti más tarde y hablaremos.—Le dijo acariciándole la mejilla con suavidad. Era el primer gesto tierno que Khalid tenía hacia ella y eso la emocionó más que mil besos salvajes que pudieran darse. Elizabeth entendía que no era el momento de quejarse, así que aceptó marcharse, por ahora. Una mujer vestida con el típico traje de las películas de princesas árabes entró en la sala—. Esta es Safae, ella te llevará a tus aposentos. Más tarde nos vemos, mi *Muna*. —Con un tierno beso en los labios se marchó como si le persiguiera el diablo.

La mujer le hizo un gesto con el brazo para que la acompañase y así lo hizo. La llevó por pasillos de ensueño hasta que llegaron a una habitación bastante moderna, nada de decoraciones arabescas de antaño. Había una cama con dosel, un armario muy grande, dos mesitas a cada lado de la cama y un gran escritorio con una silla justo delante de un gran ventanal, por donde entraba mucha luz. Sin embargo la habitación estaba fresquita.

Elizabeth se dio cuenta entonces de que un aparato de aire acondicionado custodiaba la entrada. Safae comenzó a sacar vestidos del armario. Todos eran muy bellos, de colores vivos, algunos con pedrería y fue en ese instante cuando fue consciente de que eran vestidos árabes como el que llevaba Safae, pero de lujo. Elizabeth se acercó a tocarlos y la extrema suavidad del tejido la impresionó. Debían de estar hechos de seda o terciopelo como mínimo. No solo vestidos aparecieron ante ella, toda clase de complementos acomodados en los armarios de la habitación como zapatos y joyas que la dejaban a un sin respiración. De repente una chica con una radiante sonrisa entró a la habitación distrayéndola. Estaba vestida con ropa occidental y le hizo un gesto a Safae que tras hacer una reverencia, salió del cuarto.

—¡Hola! Yo soy Kadilla. Creo que mi hermano te ha traído a palacio contra tu voluntad ¿no es así?—le preguntó sin dejar de sonreír. La hermana de Khalid, francamente no se parecían en nada, la noche y el día; pues esta chica se mostraba muy abierta mientras que Khalid se comportaba de forma misteriosa.

—Eso parece, pero aún no sé muy bien qué hago aquí…—le contestó muy nerviosa pues no sabía qué ocurría. Tras la conversación entre Khalid y el anciano estaba aún más confundida. Esa mañana simplemente era una arqueóloga queriendo descubrir una tumba de un desconocido faraón y ahora de repente era la prisionera de un jeque, atrapada en un suntuoso palacio, en un país que desconocía.

—No te preocupes, estoy convencida que te adaptarás muy bien a la vida en palacio—le dijo mientras tocaba los vestidos que yacían en la cama —. Seguro que te llevas bien con el viejo.

—¿El viejo? —le preguntó sin saber de qué demonios estaba hablando.

—Claro, el Sultán. ¿Aún no lo conoces? —le dijo mirándola muy extrañada.

—No, pero si te refieres a un hombre mayor que viste túnica y turbante, lo he visto hace poco y no creo que le haga mucha gracia mi presencia aquí —le contestó intentando sonsacarle información. Parecía simpática.

—Bueno es normal. Eso de saltarse las normas de la forma en que lo ha hecho Khalid es lo que desquicia al viejo. Créeme es un gran hombre, pero muy aferrado a las tradiciones y por eso presiona constantemente a Khalid para continuar con nuestras costumbres. Pero yo considero que son arcaicas, si te soy sincera—le respondió la chica mientras tecleaba algo en el móvil que se había sacado del bolsillo trasero del pantalón. ¿Costumbres arcaicas? Elizabeth se estaba temiendo lo peor. Kadilla, al ver la cara de estupefacción de Elizabeth, dejó de mirar el teléfono y le dijo muy seria.

—No me lo puedo creer. ¿Mi hermano no te ha dicho que eres la nueva adquisición para su harén?

¿Cómo que un harén? ¿Pero dónde se había metido? Su cara debía ser tan blanca como el mármol de la habitación porque la chica la miraba fijamente arrepintiéndose de haber soltado la bomba. Elizabeth vio a Kadilla ponerse nerviosa. La chica comenzó a tartamudear y le cambió de tema rápidamente. Seguramente su querido hermanito no quería que se enterara de esa forma, así que para no ponerla en un compromiso, Elizabeth le dijo que necesitaba tumbarse un rato. Ella muy agradecida por salir corriendo de allí, se marchó diciéndole que más tarde se verían.

¿Un harén? ¿Pero eso no se hacía en los tiempos de las antiguas civilizaciones? Por lo que Elizabeth sabía, el harén designaba al conjunto de mujeres que rodeaban a un hombre importante.

En este caso, Khalid.

Podría ser algo común en tiempos anteriores, pero en el siglo XXI no se imaginaba que aún existiera alguno. Recorrió la habitación buscando alguna salida pero entonces recordó a los policías de la entrada. No la dejarían avanzar ni un paso en cuanto la vieran, pero de alguna forma tenía que salir de ese palacio. ¿Ella en un harén? ¿Esa era la forma de castigarla por no tener los permisos vigentes? Furiosa como nunca siguió maquinando algún tipo de escape cuando Safae regresó a la habitación y muy solícita le preguntó si necesitaba algo chapurreando algo de inglés. «¡Escapar!» tenía ganas de gritarle a Safae que necesitaba huir de allí, pero sabía que la pobre no tenía culpa de nada.



La amable Safae no dejaba de enseñarle preciosos vestidos, zapatos, joyas… Elizabeth no comprendía nada. Lo que deseaba era averiguar cómo salir de allí, pero por la forma en que Safae se comportaba parecía ser una mujer de las que obedecen sin rechistar, así que decidió no meterse en ningún follón y esperaría pacientemente a que Khalid se dignase a visitarla. El resto del día Safae la llevó por el palacio enseñándole las estancias y explicándole cómo trabajaban. Elizabeth seguía sin comprender por qué lo hacía, pues ella no iba a quedarse a vivir allí ni loca. Poco antes de la cena, unos hombres con monos de trabajo y el logo de una agencia de transportes en un lado del uniforme, entraron en el palacio con las maletas de Elizabeth. ¿Cómo habían accedido a sus cosas? No salía de su asombro. Le llevaron todo a su habitación y Safae comenzó a deshacer su equipaje hasta que Elizabeth se negó en rotundo y le pidió que se marchara, aunque no de muy buenas maneras. Al poco llegó Khalid.

—Me han dicho que no estás muy contenta—le dijo Khalid al entrar en su habitación—. ¿Contenta? Estaba rabiosa. Necesitaba respuestas y sobre todo su libertad.

—Contenta es lo último que estoy. Mira Khalid, yo no soy propiedad tuya, ni nada tuyo, así que si el problema de los permisos es tan importante, déjame hacer una llamada telefónica y trataré de resolverlo cuanto antes; pero yo necesito volver a la excavación. El trabajo no se ha terminado todavía, los trabajadores no tienen la culpa, se les contrató durante tres meses. Necesitan ese trabajo para sacar adelante a sus familias—Elizabeth pensó que quizá de aquella forma le diera pena y decidiera dejarla marchar.

—Mi *Amira*, no tienes nada de qué preocuparte. Los trabajadores ya están en sus casas con todo el sueldo de estos tres meses en su bolsillo—le dijo acercándose a ella haciendo que el corazón comenzara a latirle con fuerza—. Tú ya no tienes que ocuparte de nada. Hasta que los permisos no se regularicen no podrás volver allí—finalmente estaba enfrente de ella. Sus respiraciones eran aceleradas. Elizabeth no podía respirar, como cada vez que él se acercaba a ella. Si continuaba tan cerca ya sabía lo que iba a suceder, así que dio un par de pasos hacia atrás.

—De acuerdo. No podré trabajar más allí pero entonces ¿qué hago yo aquí? Yo soy ciudadana americana y tengo visado por tres meses en este

país. No soy ninguna delincuente para estar recluida.

—¿Recluida? Mi *Muna*, tú eres mi *Hadiya.* Mi regalo—habló Khalid acercándose nuevamente hasta ella—. Estás aquí porque yo lo he decidido, ya te lo dije. Además no creo que estés muy a disgusto en mi presencia—terminó por decirle a la vez que le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano. Elizabeth no podía pensar con claridad. Solo sentía un calor tremendo en su cuerpo y necesitaba apagarlo, así que sin pensar absolutamente en nada se lanzó a besarlo. Agarró a Khalid por los hombros y devoró su boca de forma salvaje, incluso le mordió el labio inferior provocando un gemido en Khalid. Entonces él respondió con gran ímpetu abrazándola y estrechándola contra su cuerpo. Así estuvieron durante varios minutos, lucha de besos salvajes y apasionados hasta que Khalid se separó de ella buscando el aire que le faltaba—. *Imra*, tenemos que hablar de todo esto. Acompáñame a cenar y hablaremos.

Elizabeth asintió con la cabeza. Khalid la cogió de la mano y atravesaron el palacio hasta llegar a una enorme habitación. Cuatro grandes ventanales rodeaban la estancia, la cama se encontraba en el centro. Era grande, con un cabecero de hierro forjado y diferentes formas ascendentes en forma de planta del desierto. El edredón y los cojines parecían ser de seda. Dos mesitas estaban a cada lado de la cama, un escritorio pequeño con una televisión plana encima de ella y una silla de caoba debajo. Al otro lado de la habitación había dos sillones más tradicionales rodeando una pequeña mesita de caoba. Elizabeth acarició la colcha descubriendo la suavidad que sospechaba. Echó un vistazo a la estancia. El techo artesonado en madera le impresionó sobremanera pues nunca antes había visto semejante decoración.

—*Bahiyaa*, ven aquí—le dijo Khalid señalando el sillón contrario al que él había ocupado. Elizabeth se acercó con miedo, pues cada vez que estaban cerca saltaban chispas y necesitaba tener la mente despejada para tener la conversación que había deseado tener desde el momento en que pisó el palacio—. ¿Qué te apetece cenar?

—Me da igual. Sinceramente no tengo apetito—le contestó Elizabeth mirando a todas partes menos a él.

—Elizabeth, mírame—le pidió Khalid agarrándola por la barbilla—. Primero comeremos y después hablaremos.

Media hora más tarde, saciados por la comida deliciosa que Safae les había llevado, se disponían a hablar finalmente.

—Vamos Khalid, cuéntame qué demonios hago aquí. Llevo todo el día en este palacio y no tengo ni idea de por qué. Esta mañana, ese hombre mayor del turbante te gritaba como loco y no hacía más que mirarme, bastante malhumorado por cierto. Después tu criada, que es muy servicial, no ha dejado de enseñarme vestidos, joyas, zapatos… ¿Para qué? Pero lo

peor ha sido la noticia que me ha dado tu herma Kadilla. ¡¿Qué es eso de que soy la nueva incorporación de tu harén?!–Elizabeth ya no se aguantaba más y explotó. Llevaba todo el día conteniéndose y Khalid no hacía más que retrasar el momento de dar explicaciones. Su gesto se había contraído al oír lo del harén. Quizá no quería que se enterase. Alargó su mano tocando la suya rozando con suavidad el dorso de la mano de Elizabeth. La acariciaba de arriba abajo provocando en ella un sentimiento de tranquilidad.

—Elizabeth, no quería que lo descubrieras de esa forma. Es cierto lo que Kadilla te dijo esta mañana. Mi padre, el anciano que viste esta mañana entrar hecho una furia en mi despacho, desea seguir con las tradiciones del país y una de ellas es el harén. Yo no quiero mantenerla, pero hasta que no consiga convencerle, tengo que aguantarme.

—Pero tú dijiste que eras el gobernante de este país y que tú palabra es Ley. ¿Entonces por qué tienes que acatar sus órdenes?—le preguntó Elizabeth hecha un lío.

—Es cierto que soy el gobernante actual, pero mi padre sigue teniendo la última palabra. Por eso me obligó a casarme y comenzar el harén, como hizo él—. ¿Casarse? ¿Estaba casado? Rápidamente sus ojos viajaron a las manos de Khalid pero no vio ninguna alianza. Él, que se dio cuenta, la sacó de dudas sin perder tiempo.—Sí, mi *Muna*. Estoy casado. Me desposé hace apenas quince días con la mujer que mi padre eligió para mí. Yo ni siquiera la había visto antes de la boda. Aliyah es la *Bas Haseki*. Ese es el nombre que recibe la primera esposa y madre del heredero al título—. ¿Madre? ¿Iba a ser padre? Elizabeth sintió un vértigo horrible y la bilis ascendió por su esófago. De un salto se puso de pie tapándose la boca con la mano. Khalid se levantó rápidamente y se acercó a ella tocándole el hombro, pero ella se zafó de él andando por la habitación sin pararse en ningún sitio—. Elizabeth por favor, siéntate. Déjame que te lo explique todo.

Ella solo quería huir de allí. Volver a su hotel y marcharse a Estados Unidos de nuevo. Khalid se acercó más a ella. Elizabeth había caído sobre la cama. Poco a poco las ganas de vomitar fueron cesando, pero seguía muy asustada. Las lágrimas pugnaban por salir, pero no quería mostrar debilidad delante de él. Finalmente se sentó junto a ella y empezó a acariciarle la espalda suavemente.

—Elizabeth, respira. Entiendo tu asombro pero querías que hablásemos y esta es la realidad—. De pronto volvió en sí y se giró mirándole a la cara.

—Comprendo tu situación pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Elizabeth desesperada.

—Todo y nada. Todo porque lo único que deseo es estar contigo y nada porque no son leyes atadas a tu cultura y no tienes por qué preocuparte de ellas—¿Cómo no se iba a preocupar? Ella era una más en su harén.

Deseaba a Khalid más que a nada y tras los tiernos gestos que estaba teniendo con ella, su corazón se estaba empezando a derretir ¿pero podría ella vivir de aquella manera? —. *Imra*, por favor, danos una oportunidad.

—¿Cómo me pides eso?—se levantó de golpe—. Yo no sé… cómo… no entiendo... —no era capaz de expresarse. Khalid que veía la angustia en sus ojos, se acercó sigilosamente a ella y la abrazó tiernamente. Elizabeth se dejó vencer. No soportaba más esa presión y se dejó abrazar. Estuvieron unidos de aquella forma durante un rato largo hasta que el deseo se despertó en el cuerpo de Elizabeth. Ella llevaba un rato acariciándole el pecho y le había pasado factura. Notó cómo Khalid gemía al pasar su mano por el torso en un par de ocasiones, ella levantó la cabeza y se encontró con los profundos ojos marrones que había conocido en plena tormenta y que la habían atrapado desde entonces.

—Quiero adorarte—le dijo Khalid a Elizabeth en un suspiro acabando con las pocas defensas que le quedaban. El contacto de los labios y el sonido de sus respiraciones resultaron demasiado para Khalid, que la tumbó en la cama sin preámbulos. Continuaron besándose durante mucho tiempo sin hacer nada más. Elizabeth sintió entonces una sacudida por todo su cuerpo cuando Khalid comenzó a acariciarle sobre la ropa.

Sentía que sus corazones latían al unísono mientras sus bocas se fusionaban apremiantes de una gran necesidad de más. Khalid agarró a Elizabeth de ambas manos, las cuales estaban extendidas en la cama, pero aún no era insuficiente. La necesidad que tenía el uno del otro era salvaje. Khalid le quitó la camiseta con premura y le rozó un pecho con los dedos por encima del sujetador provocando un jadeo en ella. El dedo pulgar comenzó a juguetear sobre el pezón de Elizabeth provocando una descarga eléctrica en ella. Necesitaba más.

—Por favor—le exigió Elizabeth a Khalid que sonreía cubriendo su cuerpo. Al instante apartó la mano de su pecho y le desabrochó la prenda hábilmente. Volvió entonces a cerrar su mano sobre el pecho desnudo, ya no había nada en medio. Seguía masajeándolo provocándole un placer inmenso. Hizo lo mismo con el otro pecho. Elizabeth quería sentir el goce íntimo de su encuentro. El corazón le latía tan deprisa que pensaba que en cualquier momento se le iba a salir del pecho.

Khalid se deshizo de su túnica dejando su cuerpo solamente tapado por la prenda que cubría su zona más íntima, así como del turbante que cubría su cabeza. Elizabeth se quitó las braguitas dejando al descubierto su cuerpo, completamente desnuda iba a entregarse al hombre que llevaba deseando desde hacía varias semanas. Él se irguió de forma magnífica ante ella. Era lo más hermoso que ella nunca había visto. Su piel dorada le daba una forma muy sexy a cada músculo. Khalid volvió a cubrir su cuerpo con el suyo.

—Mi *Aadab*—musitó Khalid recorriendo su cuerpo con la lengua. Había calor, poder, intimidad y pasión. Elizabeth no lo soportaba más. Necesitaba que él terminara con aquello de una vez por todas.

—Khalid… ya…—rogaba Elizabeth deshaciéndose en jadeos. Entonces entró en ella con decisión y de un solo golpe. Elizabeth tomó aire un momento para reponerse de la impresión mientras Khalid esperaba quieto a que ella le diera la aprobación. Elizabeth se adaptó rápidamente y lo atrajo hacia ella dándole un beso sensual. Se retiró de su cuerpo, luego volvió y así continuaron en un ritmo fluido provocando chispas, incendiando sus cuerpos aún más. Elizabeth lo abrazó de forma impaciente y Khalid le devolvió el beso a medida que la tensión crecía más entre ellos. De repente el fuego que les estaba quemando, les consumió por completo y ambos estallaron en un gemido agónico.

—¡Lisbeth! —dijo Khalid en el momento en el que alcanzaba la cima. Elizabeth se estremeció al oír la forma tan cariñosa en la que le habló justo cuando ella se deshacía de placer.



Elizabeth se despertó al día siguiente con una sensación de tranquilidad que inundaba su cuerpo y su mente. Le costó un momento ubicarse. No estaba en Estados Unidos, no estaba en el hotel de Bareik, estaba en el palacio de Khalid, con el que había vivido una noche de pasión abrasadora. Abrió los ojos y se vio abrazada por semejante hombre. La tenía rodeada con sus brazos y con una pierna sobre la suya. Estuvo admirándole durante un rato. Hasta ahora no se había fijado en el pelo de Khalid. Lejos de lo que ella pensaba, tenía el pelo corto con una diminuta trenza que le nacía de la nuca. No podía creerse aún en sus brazos. Por primera vez durante varias noches había conseguido dormir tranquila, sin removerse en sus sueños. Sus sueños. Aquellos en los que un hombre le susurraba *Imra*, al que no le veía el rostro hasta la noche pasada, cuando vio la cara de Khalid llamándola.

Elizabeth se sentía feliz en aquel instante a pesar de todo lo ocurrido y de lo que estaba por llegar. Pero en ese momento no quería pensar, solo sentir a Khalid junto a ella. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano de forma muy suave para no despertarlo y él ronroneó despertándose al momento. Abrió los ojos y se encontró con la sonrisa de Elizabeth provocándole otra.

—Buenos días mi *Dhuha*. ¿Has dormido bien? Lo siento si no te he dejado descansar pero tenía demasiado deseo acumulado por ti.— Dijo Khalid mirándola con aquellos ojos marrones profundos como las dunas del desierto.

—Buenos días. He dormido fabulosamente. Yo también te deseaba desde hacía mucho. Khalid, ¿qué significan todas esas palabras que me dices? Espero que sean algo bonito…

—Créeme *Imra*, lo son—le dijo Khalid rozándole el pecho con su dedo índice.

—La única de la que conozco el significado es esa. Tras haberme llamado así y oírlo en mis sueños, le pregunté al traductor de la excavación y me dijo que significa mujer.

—Así es. ¿De qué sueños hablas?—preguntó Khalid frunciendo el ceño.

—Ah no sé. Desde que llegué a Bareik he tenido esos extraños sueños donde un hombre al que no consigo ver me dice *Imra* constantemente, pero

anoche por fin le pude ver el rostro—le dijo Elizabeth mirándole con ternura.

—No me digas…—Khalid bajó su boca y la besó de forma delicada. Elizabeth estaba asombrada. Tan pronto se comportaban como dos salvajes deseosos de más como que eran capaces de las caricias más suaves. Nunca tenían suficiente. Tras haber compartido una noche eterna de pasión seguían deseando amarse. Sin embargo unos golpes en el dormitorio les sacaron del sueño. Khalid se levantó de la cama cubriéndose con el edredón una vez se había asegurado que Elizabeth estaba bien tapada con las sábanas. Oyó algunas palabras en un idioma que no conocía. Al poco se cerró la puerta y Khalid volvió a la cama con ella—. *Amira*, tengo que irme. Tú puedes quedarte todo el tiempo que desees aquí.

Pero Elizabeth no quería quedarse sola allí. Quería estar con él. Entonces recordó la conversación de la noche anterior. Ella formaba parte ahora del harén. ¿Qué tendría que hacer?

—Bueno supongo que antes de irte tendrás que ducharte—le dijo de forma seductora bajando la sábana que le cubría el pecho. Instintivamente Khalid llevó su vista allí y se lanzó a devorarla. Tras un maratón de sexo divertido y muy apasionado entre la cama y la ducha, Khalid se marchó dejándola sola.

Elizabeth no sabía qué tenía que hacer así que tras darse una ducha relajante vagó por el palacio sin saber muy bien a dónde iba. Salió a uno de los jardines repletos de flores de colores y fuentes hermosas. Allí vio a una mujer muy bella, de unos veinte años, ataviada con ropas como las Sultanas y un pañuelo cubriendo su cabeza. La mujer levantó su gesto y sus miradas se encontraron. Elizabeth sintió un escalofrío pero esta vez fue de auténtico miedo. Su mirada era fría. Elizabeth no se atrevía a acercarse así que siguió caminando hasta que alguien le tiró del brazo.

—*Bas Haseki*—dijo señalándose a sí misma—. *¡Bas Haseki, Bas Haseki!* Elizabeth la miraba estupefacta. Esa mujer era la esposa de Khalid y estaba furiosa. No hacía más que repetir *Bas Haseki*, primera esposa del Sultán y madre del heredero. Era Aliyah. Safae llegó de la nada y le dijo algo en su idioma a Aliyah que se marchó de allí no sin antes echarle la mirada más gélida que jamás había sentido Elizabeth.

—Siento si ella te ha molestado—le dijo Safae como pudo con su inglés mediocre. Elizabeth le dijo que no importaba y volvieron al palacio. Safae estuvo enseñándole toda su ropa colocada. Elizabeth dudaba si podía seguir vistiendo como occidental o quizá Khalid le exigiría ponerse la ropa que Aliyah llevaba. Después Safae la llevó a la biblioteca pues Elizabeth quería investigar más sobre el pueblo de Bareik y ella le había dicho que allí encontraría toda la información que deseara.

Horas más tardes Khalid apareció por allí. Hoy vestía solamente con

una túnica color mostaza y un turbante de cuadros rojos y blancos. Elizabeth se quedó embobada mirándole según avanzaba hacia ella. Ese porte que tenía tan soberbio era lo que le había llamado la atención desde el principio. Khalid tenía esa mirada que tan pronto la encendía como le hacía sentir una ternura jamás vivida antes. Llegó hasta la mesa donde se encontraba y tomándola de la mano la levantó de su asiento. Elizabeth se entregó al abrazo que Khalid le daba. Ese olor a canela que recordaba del primer día, la envolvía por completo. A Elizabeth se le escapó un ronroneo y Khalid la estrechó aún más.

—He venido a llevarte a comer—le dijo mientras seguían fundidos en el abrazo. Elizabeth asintió con la cabeza y se separó de él. Khalid aprovechó para robarle un beso. Fue un beso tierno, lento, suave, algo tímido, que la estremeció más que ninguno de los que se habían dado y ya eran muchos.

Khalid la llevó por el palacio hasta llegar a uno de los jardines, no se había separado de ella desde que había llegado a la biblioteca. Paseaban abrazados por la cintura. Safae los miró atónita cuando se cruzaron con ella y entonces Elizabeth se dio cuenta que quizás aquello no fuera muy común. ¿No podían demostrar sus sentimientos? Pero lo que más le carcomía era si Khalid se comportaba de igual forma con Aliyah. Recordándola, se lanzó a hablar sobre ella una vez que llegaron a una mesa repleta de comida en uno de los jardines.

—Khalid, hoy he visto a Aliyah—comenzó a decir Elizabeth. Él apenas se inmutó y siguió comiendo sin mirarla—. ¿Me has oído? Que he conocido a tu esposa.

—Te he escuchado perfectamente la primera vez, Lisbeth—. Otra vez esa forma cariñosa de llamarla. Ella quería estar fuerte para afrontar esa conversación pero si empezaba así no sabía si podría aguantar.

—¿Y no me dices nada?—insistía Elizabeth—. Vale te lo voy a contar de igual forma. Cuándo te has marchado esta mañana, me he vestido y he vagado por el palacio hasta que he decidido visitar los jardines. Allí estaba ella, me ha mirado de una forma muy extraña y cuando me he girado ha venido hasta mí y me ha agarrado de forma brusca dándome la vuelta—. En este momento Khalid levantó la vista de su plato con el ceño fruncido.

—¿Te ha hecho algún daño? —preguntó Khalid enfadado.

—No, pero me he asustado Khalid. Si hubieses visto cómo me miraba con esos ojos vacíos y fríos. Además no dejaba de repetirme *Bas Haseki* y como tú ayer me explicaste lo que era, la he entendido perfectamente. Mira Khalid, habla con tu padre para arreglar esto porque no está bien. No puedes estar con dos mujeres al mismo tiempo. Entiendo cómo debe sentirse ella porque yo cada vez que pienso que te acuestas con ella…—no pudo seguir. Un nudo se instaló en su pecho y quiso contener las lágrimas.

Después de la noche que habían compartido, Elizabeth empezaba a albergar sentimientos por él y eso le preocupaba. Khalid se levantó súbitamente de la mesa y la abandonó. ¿Qué había sucedido? No entendía nada. Al poco llegó Safae a recoger los platos. Elizabeth se disponía a seguir a Khalid cuando llegó Kadilla.

—¡Hola Eli!—le dijo con esa alegría que la caracterizaba.

—Hola Kadilla—contestó tímidamente.

—¿Cómo estás? Oye espero que no te enfadaras por lo que te dije el otro día.

—No te preocupes, tú no tienes culpa de nada—le respondió mirando por donde se había marchado Khalid.

—Bueno y ¿qué te apetece hacer? Mi hermano va a estar ocupado un rato así que hagamos algo mientras esperamos—dijo Kadilla mirando su móvil mientras tecleaba algo. Claro. Khalid había mandado a su hermana a entretenerla para que ella no pudiera seguirle.

—¿Te ha mandado tu hermano a ocuparme un rato?–preguntó Elizabeth muy indignada.

—La verdad es que sí, pero él no quería que te enterases. Yo creo que lo mejor es que empecemos con buen pie y si ya me pongo a engañarte no va bien la cosa—le dijo sin un atisbo de vergüenza.

—Kadilla, te agradezco que me digas la verdad pero si me disculpas tengo que ir a hablar con tu hermano—le dijo comenzando a andar hacia el interior del palacio.

—Yo que tú no lo haría Elizabeth. Mi hermano no va a poder atenderte ahora mismo. Déjale que solucione lo que sea que tenga que solucionar, porque ha entrado hecho una furia y estoy segura que ha ocurrido algo. Él volverá a por ti—. Elizabeth se rendía. Empezaba a conocer a Khalid. Cuando estaba en ese estado lo mejor era dejarle que arreglara las cosas por su cuenta y después iría ella a hablar con él.

*****

Kadilla y Elizabeth estuvieron hablando durante un par de horas. Ella le contó todo sobre su vida, su trabajo, sus viajes de orfanato en orfanato… y Kadilla escuchaba atentamente como si le estuviera contando la cosa más importante del mundo. Finalmente Kadilla se marchó y Elizabeth se quedó sin saber qué hacer. Khalid no había vuelto a por ella. Safae volvió a salir al jardín a hacerle compañía y aunque la mujer lo intentaba, su inglés era pésimo. Elizabeth se acordó de George. ¿Qué habría hecho? ¿Habría vuelto a Estados Unidos? Entonces se excusó con Safae alegando que se encontraba cansada y volvió a su dormitorio. Cogió su móvil y llamó a George.

—¡¿Elizabeth?!—gritó George con voz desesperada.

—Hola George, ¿cómo estás?—preguntó ella de forma sosegada.

—¡Cómo que cómo estoy! ¡Por Dios Elizabeth! ¡Estoy muy angustiado! ¡Dime que estás bien!—seguía George preguntando histérico. Elizabeth trató de calmarle diciéndole que no le habían hecho nada y que hasta que no se solucionasen los problemas burocráticos, ella no saldría de allí. Eso le había dicho Khalid. George insistía en acudir a la Embajada pero ella no quería follones, además que era feliz cuando estaba con Khalid. Intentó convencerle para que abandonara Bareik y se marchara a Washington con Patrice, pero no quería abandonarla.

—George, los trabajadores ya están en sus casas y cobrando el dinero que se les prometió. No te preocupes por mí. Sé cuidarme sola y aquí no va a haber nada que hacer. Esos papeles llevan meses en gestionarse y no creo que pueda arreglarse fácilmente. Yo estoy bien—. George no salía de su asombro. ¿Quería que la dejase abandonada? No iba a tolerarlo. Sin conseguir convencerlo, colgó. Elizabeth no quería que estuviese pendiente de ella pues ni ella misma sabía qué iba a ocurrir. Tumbada en la cama se quedó dormida sin remedio. Se despertó desorientada al igual que esa mañana, y de igual forma se encontró el calor de un cuerpo a su lado. Khalid. Ella abrió los ojos y lo descubrió mirándola. No se tocaban pero aún así Elizabeth sentía como si la estuviera acariciando con la mirada.

—¿Llevas mucho rato ahí?—le preguntó Elizabeth con voz adormecida alargando su mano para rozar su mejilla.

—Una media hora—le contestó cerrando los ojos brevemente al sentir su roce—. Y me quedaría aquí toda la vida—le dijo acercándose a ella. La agarró del brazo y tirando de ella la abrazó con todas sus fuerzas. Posó sus labios sobre los de ella obligándola a abrirlos y así poder saborearla por completo. Elizabeth se estaba dejando llevar cuando recordó que tenían una conversación pendiente y si continuaba por ese camino no hablarían. Se soltó de su abrazo y se levantó de un salto. Khalid se quedó confundido por un momento.

—No vas a distraerme. Estábamos comiendo cuando te has marchado sin decir nada. Por lo menos me debes una explicación—le dijo Elizabeth mirándole muy seria. Khalid frunció el ceño acomodándose mejor en la cama.

—¿Y te parece que es el momento adecuado?—le preguntó con voz sexy. «Resiste Elizabeth» pensaba.

—Claro que sí. Cuéntame qué ha ocurrido—seguía pidiendo Elizabeth retándole sin apartar la mirada de la suya. Khalid suspiró como vencido y se levantó. Se dirigió al ventanal por donde entraba la luz y habló.

—He ido a hablar con Aliyah como ya imaginarás—Elizabeth se quedó sin aire durante un instante—. Le he preguntado por el encuentro de esta mañana y me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado?—preguntó Elizabeth curiosa.

—Que te ha visto en el jardín, se ha acercado a ti y te ha dicho *Bas Haseki*—no se apartaba del ventanal como si no fuera capaz de enfrentarse a ella—. Le he dicho que no vuelva a acercarse a ti—le dijo girándose y mirándola de frente—, así que no te preocupes porque no volverá a molestarte—. Elizabeth no se sentía aliviada tras sus palabras.

—Esa no es la solución Khalid. Tú vas conociéndome y sabes que no soy mujer de esta tierra. No me contento con agachar la cabeza y obedecer como hacen las demás mujeres. Yo soy un espíritu libre, siempre lo he sido. Y no acepto que tengas otra mujer—, dijo con la voz quebrada—así que en cuanto pasen los tres meses de mi visado, me marcharé porque entonces ya no podrás retenerme aquí por más tiempo.



Khalid se quiso acercar a ella pero Elizabeth levantó su mano para pararlo. Así lo hizo. Bajó su cabeza y habló de nuevo.

—*Dhuha*, no digas eso—. Se acercó a ella pues Elizabeth ya no era capaz de retenerlo lejos de ella por más tiempo—. Eres mi *Nur*, mi luz. Sé que no te merezco y que esta no es la situación más idónea, pero *habibti*, yo ya no puedo renunciar a ti y aunque sea egoísta no pienso dejarte marchar. Nunca—. Khalid se lanzó a besarla como si con aquel beso quisiera convencerla. Si sus palabras no lo hacían, sus acciones sí lo harían.

Khalid cruzó el espacio que les separaba y se abrazó a ella fundiéndose en un beso lento y delicado. Quiso infundirle todo la seguridad posible en ese abrazo, demostrarle que era la mujer importante de su vida, no una segunda ni la otra. Elizabeth gemía deshaciéndose en ese beso que se había tornado duro y salvaje. Ella lo deseaba más que respirar y necesitaba su contacto, sentir sus manos, acariciar todo su cuerpo. Solamente él podía calmar todo el fuego que ardía dentro de ella. Unos golpes en la puerta les sacaron de esa nube de deseo. Khalid se separó de ella tratando de respirar. Apoyó su frente en la de ella mientras buscaba el resuello. La dejó allí de pie y fue hacia la puerta. Era Safae. Le dijo algo en su idioma y se volvió a marchar. Khalid se acercó a Elizabeth que seguía de pie, no se había movido ni un ápice.

—Elizabeth tengo que marcharme a una reunión—le dijo tocándole el hombro aunque ella instintivamente se removió—. Mi *Nur*, no te pongas así. Intentaré volver cuanto antes pero no creo que pueda regresar pronto.

—¿Te vas con ella?–le preguntó Elizabeth sin girarse ni moverse.

—No. Mi padre desea hablar conmigo—. Elizabeth recordó al hombre anciano hecho una furia discutiendo con Khalid y aún no entendía por qué. Finalmente se movió. Se dirigió al escritorio donde tenía su teléfono móvil y le echó un ojo a ver si George o el señor Anderson se habían puesto en contacto con ella pero nada—. Cena sin mí. Yo procuraré venir lo antes posible.

Tras estas palabras abandonó el dormitorio dejándola completamente sola de nuevo. Elizabeth se sentía perdida. No sabía quién era. Siempre había tenido claro lo que esperaba de la vida pero desde que esos ojos marrones la habían cautivado, ya no sabía qué hacer. Volvió a la biblioteca

y se sumergió en los libros. Horas más tardes Safae fue a por ella, le dijo que ya era tarde y que debía cenar algo. A regañadientes accedió a volver a su habitación donde comió un sándwich pues no quería cenar en ningún salón de palacio. Agotada, se metió en la cama y el sueño se apoderó de ella en unos segundos.

****

Elizabeth no sabía qué hora era. Solamente notaba unos trémulos rayos de sol colarse por el ventanal de la habitación. Había vuelto a tener el sueño con Khalid. ¿Qué significaría aquello? ¿Y por qué había empezado a soñar una vez llegó a Bareik? «Demasiadas preguntas» pensó Elizabeth. No quería buscar las respuestas así que se giró en la cama cuando se encontró con Khalid tumbado a su lado. Estaba profundamente dormido a juzgar por su respiración tranquila y su pecho que subía y bajaba lentamente. Tenía el torso desnudo pero llevaba un pantalón de pijama según había comprobado al mirar bajo la sábana. Ella se apoyó sobre su codo y no dejó de observarle. El aroma a canela le llegaba de forma muy perceptible. Recordó la forma en que habían hecho el amor y se estremeció al sentir las tiernas caricias alternadas con el sexo salvaje. A Elizabeth le encantó sentir el contacto de su piel desnuda con la suya, el aroma a canela mezclándose con el sudor y el aroma de las sábanas donde habían hecho el amor. Pero entonces volvió a la realidad y recordó que Khalid era un hombre casado que tenía obligaciones con Aliyah, y entre ellas, compartir el lecho. A Elizabeth le entró una angustia terrible al imaginarse a Khalid en brazos de ella. Se levantó de la cama y se vistió rápidamente. Necesitaba salir de palacio aunque no sabía si la dejarían. Aún así, lo intentó.

Safae la interceptó y le dijo que no podía abandonar el palacio. Tras una discusión acalorada se rindió y volvió a su dormitorio hecha un basilisco. Khalid seguía dormido. Se sentó en la cama y volvió a quedarse embobada mirándole hasta que él se despertó. Elizabeth no lo dudó y se lanzó a sus brazos. Elizabeth susurraba su nombre temblando mientras Khalid se ocupaba de su ropa. El deseo que había en los ojos de él, la animó y empezó a quitarle el pantalón del pijama a toda velocidad, esperando que le respondiera con la misma ferocidad.

Khalid tomó un pezón entre sus labios tirando de él provocando gritos de placer en Elizabeth. Cuando creía que no iba a ser capaz de aguantarlo más, Khalid separó sus rodillas con la pierna y se enterró en ella de un solo golpe. Ella lo acogió gustosa en su interior. Ambos se consumían en un aterciopelado infierno. Khalid apoyó su frente en la de ella mientras Elizabeth se arqueaba buscando más placer, hasta que sintió que la tomaba por completo; cuerpo, alma y corazón. Elizabeth se dejó caer en el abismo de la pasión y momentos más tarde lo hacía Khalid volviendo a susurrar Lisbeth junto a su oído. Khalid derramó su esencia dentro de ella

olvidándose de todo. El tiempo no existía en aquel preciso momento. Elizabeth había sentido una conexión con Khalid que la había apabullado de tal forma que la hizo ser consciente de que acababa de entregarle su alma a aquel hombre que no le pertenecía y jamás lo haría.

Tras amarse durante un rato más, se fueron a la ducha donde continuaron con sus juegos y caricias prologando sus momentos juntos. Elizabeth llevaba encerrada allí un par de días y deseaba poder salir del palacio. Volvieron al dormitorio donde habían hecho el amor hace un momento pero ella necesitaba salir de allí. No sabía si era prisionera, así que decidió hablarlo con Khalid de una vez por todas.

—Khalid, ¿puedo ir a ver a George?

—¿Para qué quieres verle? —le preguntó con tono receloso.

—Bueno, desde que tus hombres me trajeron aquí no he vuelto a verle. Hablé por teléfono ayer con él y está muy intranquilo. Si ve que estoy bien puedo convencerle para que vuelva a Estados Unidos con su mujer.

—¿Tiene esposa? Porque por el modo en el que se comporta contigo no lo parece—le contestó Khalid como si estuviese celoso.

—No me digas que estás celoso porque esto es lo último ya—le respondió Elizabeth situándose delante de él mientras se secaba el pelo con una toalla. Su frase le extrañó y la miró dejando de secarse—. George es mi compañero de trabajo, felizmente casado que va a ser padre. Y tú, eres un jeque con un harén en el que yo estoy incluida por cierto—le dijo mientras le clavaba el dedo índice en su torso desnudo. «Por Dios, es que no podía vestirse de una maldita vez» pensaba Elizabeth distrayéndose con tanto músculo.

—Lisbeth—, era la primera vez que la llamaba así fuera de la cama. Este apelativo cariñoso la hizo enternecerse más aún si cabe—. No estás contra tu voluntad aquí conmigo. Yo ya te he expresado mis sentimientos. No soy capaz de estar lejos de ti y por eso necesito que estés aquí, a mi lado—le dijo acariciándole la mejilla con la mano. Elizabeth cerró los ojos dejándose llevar por esa caricia pero no quería echarse atrás. Abrió los ojos y le apartó la mano de la cara.

—Vale. Ya sé que no estoy aquí forzada, pero necesito salir de aquí. Por favor Khalid, me aburro entre estas cuatro paredes. Tú trabajas y yo solo leo o paseo. Si voy a estar aquí mínimo los tres próximos meses, quiero hacer cosas contigo—le suplicó con la mirada.

—Ya hacemos cosas, mi *Aadab*—dijo Khalid quitándose la toalla que llevaba a la cintura y Elizabeth como un resorte se activó rápidamente. Le sonrió de manera maliciosa y cayeron enredados en la cama donde hicieron el amor una vez más.

Nuevamente saciados y satisfechos volvieron a ducharse juntos. Elizabeth seguía en sus trece pues quería salir a respirar aire aunque fuese

contaminado de la ciudad de Bareik. Cuando Khalid salió de la ducha volvió a la carga.

—Khalid, ¿podrías tomarte un par de días libres de tu trabajo de rey? —le preguntó mientras le acariciaba la espalda fundida en un abrazo con él.

—¿Días libres? Jamás lo he hecho y mi padre se escandalizaría si lo hiciese. Es demasiado estricto—le contestó sin separarse de ella.

—Solo te estoy pidiendo que me dediques un par de días en exclusiva —respondió ella distanciándose de él con un tono algo elevado producto del enfado que estaba creciendo en su interior. Tampoco le pedía tanto.

—*Imra*, no te enfades. Es cierto que ya están resueltos todos los problemas de la sucesión de la corona y tengo a gente que puede encargarse de las cosas por unos días, así que… de acuerdo. Seré exclusivamente tuyo durante cuarenta y ocho horas—. Elizabeth no cabía en sí de gozo. ¡Iban a estar dos días solos y juntos! Nuevamente lo abrazó y le pidió que se fueran solos a algún lugar. Khalid le aseguró que así sería pero ese día debía trabajar así que después de desayunar juntos en el jardín, se marchó a su oficina. Elizabeth no se sintió tan triste ese día pues al día siguiente se iría con él y disfrutarían como una pareja normal y sencilla aunque de eso tenían poco.

Esa noche Khalid no fue a su dormitorio y Elizabeth no pudo conciliar el sueño pensando en que estaría con Aliyah, que por otra parte era lo normal pues era su esposa. Aún así un desasosiego se apoderó de ella y apenas durmió un par de horas. Al día siguiente Safae fue en su busca. La despertó y le llevó el desayuno a la habitación. Quiso prepararle la maleta pero no se lo permitió en cuanto vio que solamente le metía ropa árabe y no la suya. Discutieron porque Safae insistía en que se vistiera como Aliyah, pero ella no pertenecía a aquel mundo y no se pondría aquellas ropas. Vestida con unos pantalones cortos, una camiseta de tirantes y sus botas de la excavación esperó a Khalid en su dormitorio. Al cabo de unos minutos Khalid llegó a la vez que una Safae más que escandalizada salía de la estancia. Él se cruzó de brazos al verla vestida de aquella manera.

—¿Qué? — le dijo Elizabeth bastante indignada—.¿No esperarás que me vista como tu esposa? Si quieres estar con una mujer así, vete con ella.

Elizabeth le sostenía la mirada pero parecía que a Khalid aquello le hacía gracia. Sonriendo se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—No te lo voy a tener en cuenta porque llevas aquí ya unos días encerrada y necesitas salir pero no vuelvas a decirme eso nunca más—le dijo muy serio. Elizabeth asintió con la cabeza y lo abrazó. Lo abrazó porque necesitaba escuchar esas palabras que le acababa de decir. Tras permanecer un rato abrazados, Khalid le dio la mano y la llevó fuera donde un *jeep* los esperaba. Uno de los hombres trajeados le dio las llaves y otro llevaba sus maletas. Khalid le cerró la puerta como todo un caballero tras

subirse a su asiento y después hizo lo propio en el asiento de piloto. Salieron de palacio cuando Elizabeth soltó un suspiro.

Libre.

De nuevo estaba fuera de aquellas paredes donde crecían los problemas. Se giró y al verlo con las gafas de sol y su ropa oriental se sonrió al ver esa mezcla de culturas. Khalid percibió que lo miraba y alargó su mano derecha hasta enredar sus dedos con los de ella. Continuaron así durante todo el viaje hasta que se adentraron en las arenas del desierto. Khalid puso ambas manos en el volante para controlar mejor el vehículo en las espesas dunas.

Tras unos minutos de traqueteo, llegaron a un conjunto de tiendas. Estaban apiladas en círculo y habría unas cinco o seis en total. Bajaron del jeep y Khalid la llevó a la más grande. En su interior había de todo: lámparas doradas colgaban del techo, telas en tonos verdes y escarlatas adornaban los laterales a modo de cortina. En una de las paredes había un hermoso y gran tapiz en tonos celestes y blancos. En el suelo había grandes alfombras rojizas y sobre ellas había varios divanes, cojines y un par de mesas de metal. Elizabeth tenía la sensación de haber entrado a través de una puerta astral en un pasaje de *Las mil y unas noches.*

—Esto es precioso—dijo Elizabeth totalmente maravillada. Khalid no admiraba la decoración sino que estaba embobado viendo el gesto de sorpresa de Elizabeth.

—Bienvenida a una auténtica tienda tuareg—dijo Khalid. Elizabeth se giró sonriendo queriendo saber más—. Es nuestra durante todo el día. Estas tiendas son del pueblo tuareg y nos la han cedido amablemente por hoy. Es lo que tiene ser jeque, mi *Muna*.

Elizabeth se sentía feliz. Por fin estaba a solas con Khalid en su propio espacio donde disfrutarían al máximo de ese tiempo que le robaban a la realidad pero donde también deseaba hablar muchas cosas con él.

—¿Qué te apetece hacer *Imra*? —le preguntó dejando las maletas en un lado.

—No sé. ¿Qué podemos hacer aquí? — le pregunto sin dejar de mirar la tienda.

—Pues… se me ocurren un par de cosas…—se insinuó Khalid pero Elizabeth quería posponer ese momento a la noche. Hacer el amor en esa tienda tuareg debía ser toda una experiencia.

—Khalid ¿hay algo cerca que podamos visitar? ¿Un oasis quizá? — le preguntó Elizabeth ignorando qué tipo de actividades se hacían por esos lares.

—Cerca de aquí hay un palacio. Pertenece a mi familia pero actualmente no vive nadie. Está destinado a mi hermana, para cuando se case. Si quieres te llevo a verlo—le dijo Khalid. Elizabeth aceptó sin

dudarlo y volvieron a salir al *jeep*. Elizabeth se cubrió con varios pañuelos para sofocar el terrible calor.

—Safae quería evitarte esto y por eso quería que llevaras puesta la ropa que he comprado para ti. Además tan solo con el *hijab* puesto, estás preciosa Lisbeth—le dijo sonriéndole tiernamente mientras conducía por las arenas farragosas. Elizabeth no quería darle la razón aunque la tenía. Si no hubiera sido tan cabezota se habría ahorrado aquellos pañuelos cubriéndola y llevaría la ropa adecuada.

Finalmente llegaron al palacio. Era enorme, casi como el lugar donde vivía Khalid. Lo recorrieron agarrados de la mano. Apenas había un par de personas de servicio que les dejaron total intimidad. Khalid le explicó que había pasado por su familia de generación en generación y que como él ya vivía en el palacio central, ese era para Kadilla aunque a su hermana le quedaba aún mucho tiempo antes de desposarse. Lo importante era que el heredero, es decir Khalid, se casase y por eso su padre lo desposó con una princesa de un país vecino. Elizabeth sintió una gran tristeza al mencionar a Aliyah y él, que se dio cuenta, la abrazó y cambió de tema. Pasaron la tarde en otras tiendas tuareg conviviendo con las personas que habitaban ese poblado. Elizabeth aprendió muchas cosas de aquella gente pero sobre todo había aprendido a disfrutar del tiempo junto a Khalid. De noche dieron un paseo por el desierto en camello. Bien abrigados pues las temperaturas comenzaban a descender, Elizabeth paseó abrazada a la cintura de Khalid mientras les coronaba un cielo estrellado. Cuando empezó a refrescar más, volvieron a la tienda donde hablaron durante horas. Ella quería saber más sobre su matrimonio y su padre y así lo habló con él.

—Mi padre está enfermo, mi *Dhuha*. Hace unos meses tomó la decisión de pasarme el testigo y así ha sido. Hace un mes soy el Sultán de Bareik aunque a veces me gustaría ser simplemente un jeque—le dijo Khalid sonriéndole en la penumbra de la tienda.

—¿Y Aliyah? —preguntó Elizabeth deseosa de averiguar por qué se había casado con ella. Aunque fuera duro, tenía que escucharlo.

—Como te he dicho antes, Aliyah es princesa de un reino vecino. Cuando mi padre me cedió la corona me dijo claramente que debía desposarme, pero yo no había encontrado mujer. Si es cierto que he tenido mis relaciones pero ninguna cuajó tanto como para casarme con ellas. Entonces mi padre habló con Murat, el padre de Aliyah y decidieron el matrimonio. A los quince días ya estábamos casados.

—Entonces ¿no la amas? —preguntó Elizabeth con voz temblorosa.

—Claro que no. Es un matrimonio concertado—explicó Khalid acariciando el pecho de Elizabeth cubierto por la fina tela blanca del vestido que llevaba.

—¿Y por qué se puso tu padre así cuando entró en el despacho el día

que me llevaste a palacio?

—Porque no le parece bien mi elección para el harén. Yo detesto la idea de tener uno y él no soporta que la primera *Haseki Sultan*, es decir tú, sea extranjera y que lleves el pelo corto es un escándalo en este país, además de no cubrirte con ningún *hijab*—continuó explicándole Khalid mientras no dejaba de rozar sus dedos por su pecho bajando hacia las caderas.

¿Primera? «Pues claro boba, no va a parar contigo» se regañaba Elizabeth a sí misma. El corazón de Elizabeth estaba rompiéndose. Ella no sería la única mujer en su vida y eso ella no podría aguantarlo. Una lágrima traicionera se le escapó pero no se preocupó porque Khalid lo notara al estar a oscuras. Sin embargo detectó un cambio en ella y le sujetó la barbilla mirándola a los ojos.

—Mi *Nur*. No oscurezcas ese brillo que lucen tus ojos, los mismos que me cautivaron desde que te vi tumbada sobre las arenas intentando agarrar las mochilas en el vendaval. Quiero ser la razón por la que tus ojos se enciendan y que ilumines mi vida como has hecho desde que nos vimos por primera vez.

Elizabeth no pudo evitarlo y lágrimas asomaron a sus ojos sin ningún control. Khalid le borró las lágrimas con sus dedos y con besos. Comenzaron una danza de caricias delicadas que pronto les descontroló. Khalid le quitó el vestido y Elizabeth se quedó con las braguitas de encaje únicamente.

—Eres tan apetecible y te deseo tanto que no sé si voy a poder contenerme por mucho tiempo—le dijo Khalid mirándola desnuda a la vez que le quitaba la única prenda que le quedaba. Elizabeth boqueaba buscando el aire, entonces Khalid se desnudó y aquello acabó por dejarla sin respiración. Tan perfecta—le decía mientras con su mano acariciaba los senos bajando hacia su zona más sensible. A Elizabeth se le escapó un gemido cuando Khalid se encontró con sus rizos mojados por la excitación y el deseo.

—¡Basta! — gritó Elizabeth consumida por la pasión. Apartó la mano de Khalid de su triángulo húmedo y cambiaron de postura. Elizabeth lo tumbó sobre el diván y se posicionó encima de él besándolo con urgencia y necesidad. Khalid podía así acariciarle los pechos. Ella estaba completamente desbocada, se situó de tal manera que Khalid entró en ella de una sola embestida y ambos jadearon de la impresión. Comenzaron un baile de gemidos e incluso alaridos de auténtica pasión. En plena batalla Khalid le cantó una estrofa de una canción con voz ronca. “Fever”.

—Esto es lo que me provocas, mi *Muna*. Una fiebre tan alta que mi deseo por ti no se apaga nunca. Cada vez que me besas, me abrazas, dices mi nombre… me haces completamente tuyo y yo te hago mía.

Elizabeth animada por sus palabras empezó a moverse más rápido buscando más fricción para ambos. Se abrazó más a él, quería sentirlo solo suyo en ese momento. Solamente le pertenecía a ella. En apenas unos segundos caía por un abismo derrumbada sobre Khalid que seguía entrando y saliendo de ella sin control. Él se unió a ella inmediatamente liberando toda la tensión en un grito.

—¡Lisbeth!

Tras amarse un par de veces más de forma más tierna y cariñosa, ambos se sumieron en un profundo sueño.

Al día siguiente Elizabeth se despertó antes que Khalid y se entretuvo mirándole. Era tan bello, tan perfecto... pero no era suyo exclusivamente. Jamás lo sería, se levantó, se echó por encima una de las telas que cubrían sus cuerpos desnudos y se dirigió al exterior de la tienda. Aún era muy temprano y nadie estaría en pie. Contempló el amanecer en el desierto. El sol naciente iluminaba las dunas que aún no eran del todo visibles. La belleza del desierto la cautivaba y entonces pensó en Khalid. Ese jeque al que iba a entregar su corazón sin poder hacer nada para evitarlo.



Khalid apareció con un desayuno que habían preparado unas mujeres en su honor. Elizabeth veía a Khalid relajado y tranquilo, flotando de felicidad se atrevería a decir. Sonreía y no dejaba de hacerle carantoñas. Ella quería disimular y sonreía de forma forzada en ocasiones. Si seguía por aquel camino se daría cuenta, así que decidió hacerle algunas preguntas.

—Khalid, ¿por qué me cantaste anoche esa canción? —le preguntó provocando unas cosquillas en su estómago al recordar las últimas horas vividas.

—Recuerdo haber escuchado esa canción en el toca discos de mi madre. Era una romántica empedernida y solía escuchar canciones melodiosas como esa. Cuando mi padre la visitaba a veces solían bailarla.

—¿La visitaba? — preguntó Elizabeth extrañada.

—Claro. Mi madre era la *Bas Haseki*, la primera esposa y madre del heredero, pero vivía con el resto de mujeres del harén. Las mujeres vivían juntas en suntuosas habitaciones rodeadas de lujo y comodidades. Su misión en la vida era el placer hacia su amo, el Sultán. Mi madre convivía con la *Haseki Sultan*, la madre de Kadilla, además de compartir su día a día con las concubinas. Pero mi padre la visitaba siempre que podía. Ella estaba muy enamorada de mi padre y yo creo que ha sido la única mujer a la que ha amado.

—¿Y la madre de Kadilla? — quería saber Elizabeth.

—Mi madre le tenía mucho cariño, pero mi padre jamás la amó. Él siguió con las tradiciones de mi abuelo a pesar de no ser su deseo, pero mi padre siempre ha sido más de acatar órdenes que yo. Precisamente por eso se indigna cada vez que me enfrento a él. La última fue hace poco y seguramente haya consecuencias cuando regresemos, pero habrá merecido la pena.—Contestó acariciándole la mejilla dulcemente.

—¿Consecuencias? ¿Por haber salido de palacio?

—Sí. Después de que me pidieras lo de los días libres, me avisaron que mi padre deseaba hablar conmigo urgentemente—le dijo Khalid sin mirarla. Algo le estaba ocultando y Elizabeth no pararía hasta descubrirlo.

—¿Y qué te dijo?

—No creo que quieras saberlo—continuó comiendo sin inmutarse.

—Deja que eso lo decida yo—le desafió cruzándose de brazos. Khalid la miró y asintió resignado.

—Mi padre no deja de insistir en que consume mi matrimonio—dijo Khalid sin pestañear. Elizabeth se quedó pálida. ¿Aún no había consumado su matrimonio? ¡Pero con ella no había parado de consumar! Un júbilo tremendo se apoderó de ella pero no quería dejarse llevar por la alegría que le causaba esa revelación, pues su padre no paraba de insistir.

—Entonces tengo que asumir que no te has acostado con Aliyah—, le dijo indagando más a fondo.

—Precisamente eso es lo que te acabo de decir. Por eso volví a pelearme con él y le dije lo de los dos días libres. Se puso aún más furioso, pero no me importa. Acepté el harén pero eso no quiere decir que vaya a estar con todas las mujeres. Yo no amo a Aliyah, ya te lo dije. No soy un hombre mentiroso, Lisbeth. Cuando digo algo es porque es cierto—contestó muy serio.

Elizabeth no quería discutir así que dejó el tema. Terminaron de desayunar y se despidieron de las gentes tuareg, pero antes Elizabeth entró en una de las tiendas donde unas mujeres la vistieron con pantalón ancho y blusa con mangas transparentes en tonos negros. En el cabello le pusieron un *hijab* largo y un velo con pedrería que cubría su nariz y boca. Khalid se quedó boquiabierto al verla vestida a la manera tradicional. Sus ojos se iluminaron. Subieron de nuevo al *jeep* y se dirigieron a otro lugar donde pasarían aquel otro día completamente solos. Khalid no quiso decirle adónde iban para que así fuese una sorpresa.

Al cabo de cuarenta minutos una ciudad derruida se cernía sobre ellos. Estaban en las ruinas del oasis de Dajila, una ciudad otomana de hace cientos de años. Khalid le contó que era uno de los oasis más atractivos de la región donde había más de quinientos manantiales, así como encantadoras viviendas de adobe junto a las ruinas. Elizabeth se sorprendió de que aún viviese gente allí. Khalid le explicó que la ciudad fue construida en tiempos faraónicos y resistió hasta la época otomana en todo su esplendor. Para aquella gente vivir allí era todo un honor. Visitaron las ruinas y se mezclaron con las gentes disfrutando de la hospitalidad de sus sencillas casas. Tras comer, volvieron al vehículo pues las sorpresas aún no habían terminado. Elizabeth se quedó dormida en el trayecto y Khalid tuvo que despertarla al llegar a su último destino. Adormecida todavía pensaba que estaba en un sueño cuando abrió los ojos y un enorme hotel se dibujaba ante ellos. Grandes edificios en hilera con ventanas ojivales combinaban su arquitectura con ventanas cuadradas y palmeras a la entrada. Todo era colosal. Elizabeth creía seguía soñando. Entraron en el hall y de no ser porque Khalid la llevaba bien sujeta ya se habría caído rendida. Subieron a una suite excepcional pero Elizabeth vio únicamente la cama. Khalid la

dejó allí y enseguida se sumió en un sueño trascendente. Volvió a soñar con el hombre que le decía *Imra* y al que ya había conseguido ver el rostro hace tiempo. Era su jeque.

Al cabo de un rato se despertó pero esta vez estaba sola en la cama. Se movió por la suite explorando cada rincón a cual más magnífico. Khalid estaba en la salita tumbado en el sofá. Se había quitado el *kaffiyeh*, pañuelo que llevaba siempre sobre la cabeza y estaba completamente dormido. Elizabeth se acercó y apagó la televisión que seguía encendida. Se sentó junto a él y con sumo cuidado le dio un beso en los labios. Él se removió y abrió los ojos poco a poco.

—Mi *Yanaan*—le dijo con voz áspera aún muy somnoliento. Elizabeth le sonrió y comenzó a acariciarle la mejilla cariñosamente—. ¿Has dormido bien, *Imra*?

—Demasiado. No sé qué habrían puesto esas mujeres en la comida pero no he podido evitar caer rendida—le dijo mirándole a los ojos sonriendo como una tonta.

—Eso está bien. Así por la noche estarás descansada para mí—respondió Khalid encendiéndola sin remedio. Con tan solo unas palabras era capaz de conseguir mucho de ella. Elizabeth ya lo miraba con deseo pero Khalid tenía otros planes—. Pero ahora vamos a bajar al *spa* del hotel y vamos a estar un par de horas relajados, ¿te parece mi *Aadab*? —Ella no tuvo más remedio que dejar todo su deseo para más tarde.

Khalid y ella bajaron a las tiendas y compraron ropa de baño. Elizabeth vio un caftán que la enamoró y aprovechó que Khalid fue a cambiarse de ropa para comprarlo. Lo sorprendería con él esa misma noche.

Durante dos horas disfrutaron de las instalaciones: jacuzzi, sauna, cromoterapia, hidromasaje con camas de agua… Rieron, jugaron, se besaron… Disfrutaron como si solamente fueran dos personas enamoradas viviendo una historia de amor. Elizabeth no quería pensar en lo que les esperaba al volver, únicamente quería seguir gozando junto a Khalid, en todos los sentidos.

Subieron a la habitación para ducharse y prepararse para la cena. Ese fue el momento en el que Elizabeth se vistió con el caftán que había comprado unas horas antes. Era de color rojo intenso con bordados dorados que acompañó con un pañuelo del mismo color, que cubría su cabeza y caía por su hombro derecho, junto a unos aros dorados grandes en las orejas a modo de pendientes. Al salir del baño Khalid levanto la vista de su móvil y se quedó boquiabierto. La belleza que desprendía Elizabeth esa noche era espectacular. Khalid no sabía si lanzarse sobre ella y no dejarla salir durante horas o mostrarla ante el mundo orgulloso de tenerla junto a él. Finalmente se decidió por la segunda opción, para la primera tendrían toda la noche. Agarrados de la mano bajaron a uno de los grandes salones. Se

deleitaron con una cena exquisita en la que hablaron de muchas cosas, Elizabeth habló de sus padres, de Louisa, de algunos orfanatos… mientras Khalid la escuchaba tan concentrado, que pareciera que estuviera decidiendo el futuro del país. Él por su parte le habló de su madre, de su hermana, de la tormentosa relación que llevaba con su padre. Salieron agarrados de la mano el restaurante y se dirigieron a una de las terrazas donde una suave brisa les envolvió. Pasearon por uno de los jardines, rodeados por fuentes y flores de mil colores bajo un inmenso manto de estrellas. Después de pasar un rato disfrutando el uno del otro bajo el cielo estrellado, decidieron sentarse en un pequeño banco de granito que allí había.

Se besaron durante largo rato hasta que Khalid sacó una cajita pequeña del bolsillo. A Elizabeth el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. ¿Eso era para ella?

—Lisbeth, quiero hacerte entrega de algo muy especial para mí— comenzó a decirle Khalid abriendo la caja. Al ver su contenido se quedó maravillada. Se trataba de una fina pulsera de oro con varias turquesas y rubíes engarzados en ella—. Se llama “no me olvides”. Es la pulsera que le dio mi padre a mi madre el día que se casó con la madre de Kadilla. —Elizabeth no comprendía por qué su padre le había dado la pulsera precisamente ese día al igual que no entendía por qué se la daba a ella.—Sé que es un poco incomprensible, pero cuando mi madre me lo explicó lo entendí perfectamente— continuó con la voz temblándole de emoción—. Ese día mi madre sintió que él realmente no la amaba, pues había seguido con la tradición de su padre, por ese motivo antes de ir a consumar su matrimonio como ordenaba la Ley, fue a los aposentos de mi madre y le dijo que esa pulsera se llamaba “no me olvides” porque deseaba que nunca olvidara cuánto la amaba, a pesar de tener otras mujeres. —En ese momento Elizabeth sintió pena por el padre de Khalid., simplemente era un hombre atado a las reglas de un país demasiado tradicional. Era un hombre acostumbrado a obedecer, había crecido con esas ideas y era esclavo de ellas. —Y hoy quiero que tú la tengas para que entiendas que aunque Aliyah esté en mi vida, no es a ella a quien yo amo—el corazón de Elizabeth se detuvo. ¿La amaba? ¿Sería cierto aquello? Ella ya estaba más que segura que estaba enamorada de él y que lo amaba. Lo había descubierto en la tienda tuareg cuando se habían amado como locos. Pero Khalid ya estaba casado con otra mujer y ella solo era una de las muchas que conformarían su harén.—Sí, Lisbeth. Es a ti a quien amo. Me conquistaste desde el principio luchando con esa ferocidad en plena tormenta. Respondes a mi contacto de manera tan natural desde la primera vez que te toqué, que te has marcado a fuego en mi alma. Mi *Muhya*—le dijo recogiendo una lágrima que se le había escapado a una más que

emocionada Elizabeth—. Con todo lo que ocupa mi mente no debería tener espacio para nada más, pero no es así. No puedo dejar de pensar en ti a cada momento del día. Eres una mujer muy distinta a las que viven en esta tierra y sé que te cuesta entender nuestro modo de vida, pero por favor no dudes de mi amor. Jamás terminaré de estar agradecido al destino por traerte hasta mí. Te has entregado en cuerpo y alma a mí sin pedir nada a cambio, pero yo te lo quiero dar todo, mi *Nur*—le dijo cogiéndole la cara con ambas manos—. Te amo Elizabeth y solamente deseo saber si tú sientes lo mismo por mí y quieres pasar el resto de tu vida a mi lado.

Elizabeth no daba crédito a las palabras de amor de Khalid. Ella pensaba que él simplemente la deseaba. Bien era cierto que entre ambos existía un deseo fuerte que los consumía y estallaban en chispas cuando se entregaban el uno al otro, ¿pero amor? Seguía estupefacta pero al ver el amor en los ojos de Khalid no dudó ni un instante.

—Como puedes dudar que te amo, si te lo he demostrado en cada beso, cada caricia, cada mirada. ¡Te amo Khalid! Pensaba que tú no sentías lo mismo que yo y que únicamente te movía el deseo. Siempre he vagado de orfanato en orfanato buscando un hogar y nunca antes lo había encontrado, hasta hoy. Tú eres mi hogar. Te amaré hasta que consiga contar toda la arena del desierto de tu reino.



Khalid la miraba emocionado, Elizabeth lo amaba tanto como él a ella. En cuanto ella dejó de hablar se lanzó a besarla abrazándola, queriendo demostrar todo su amor en ese abrazo. Llegaron a la suite enredados. No podían dejar de tocarse, no corría el aire entre ellos. A trompicones se zafaron de sus ropas y se lanzaron a amarse en las sábanas durante horas en las que los "te amo" fue la melodía que les acompañó.

A la mañana siguiente, el sueño había finalizado y debían volver a la cruda realidad de palacio. Ella volvería a vivir encerrada, sin salir, esperando que él fuera a verla. Igual que le sucedía a la madre de Khalid con su padre. ¿Eso era lo que le esperaba a partir de ahora? Elizabeth se había dado cuenta que había caído en las redes de Khalid y se había enamorado irremediablemente, pero seguía preguntándose si ese amor sería lo bastante fuerte como para soportar todo el sufrimiento y la desdicha que le acompañarían.

Elizabeth no quiso mencionar nada de lo que le preocupaba a Khalid y siguieron actuando como la pareja enamorada más feliz sobre la faz de la tierra. Tras varias horas de viaje en el jeep finalmente llegaron al palacio. Safae salió a su encuentro y se llevó las maletas junto a uno de los hombres que protegían el palacio. Por las miradas reprobatorias de Safae, ya se hizo una idea de lo que le esperaba el resto del día. Khalid acompañó Elizabeth hasta su habitación y allí tras una cadena de besos y abrazos tuvo que marcharse. El deber le llamaba.

—Tengo que irme, *Imra*. No sé si podré venir a comer. Haré lo que pueda—le dijo Khalid dándole los últimos besos.

Elizabeth se quedó sola en su cuarto sin saber qué hacer. Deshizo la maleta a pesar de que Safae había insistido en hacerlo. Tras eso, llamó a George que seguía peleando con las autoridades de Bareik para que la liberaran. Ella no quería compartir aún su secreto con él, pues no entendería que se hubiera enamorado de su captor porque a pesar de estar enamorada, Khalid la había secuestrado con todas las de la ley. Patrice había sufrido una amenaza de aborto y George le explicó que debía coger el próximo vuelo en apenas unas horas por lo que la dejaba allí, muy a su pesar pero ahora mismo su mujer lo necesitaba más que ella.

Siguió vagando por las estancias del palacio admirando la belleza de

aquel lugar que se había convertido en el suyo, hasta no sabía cuándo. Quizá para siempre. Aburrida como estaba entró en una sala pequeña donde había muchos instrumentos. No había nadie así que aprovechó la ocasión y fisgoneó un poco. En una mesa al fondo de la sala había partituras. Estuvo leyéndolas aunque no entendía nada. La música nunca le había llamado la atención como para dedicarse a aprender. Al otro lado de la estancia había otra mesa con un ordenador. Probó a encenderlo y descubrió que tenía conexión a Internet. Entró en su correo electrónico y se puso en contacto con Louisa. Le contó las maravillas del país pero no mencionó nada sobre Khalid. Aún no sabía qué iba a hacer con su vida allí, así que prefería no ponerla nerviosa pues era capaz de presentarse.

Valoró la opción de mandarle un correo al señor Anderson pero enseguida desechó la idea. Navegó por algunas páginas de Arqueología y visitó alguna que otra que había sobre Bareik. Cuando su estómago comenzó a rugir se dio cuenta de la hora. Era el momento de almorzar y salió del cuarto buscando a Safae. La encontró en el jardín, con Aliyah. No quiso interrumpirlas así que se dio media vuelta en cuanto las mujeres la vieron. Corrió a su dormitorio a esconderse y allí se quedaría hasta que Khalid fuera a rescatarla, en el caso que pudiera ir pues ya le había puesto sobre aviso de que posiblemente no podría hacerlo. Al poco llegó Safae y le preguntó si deseaba comer. En pocos minutos le llevó algo de comida y se quedó en su cuarto encerrada. Elizabeth estaba agobiándose de nuevo en aquel palacio, sola, sin nada que hacer, sin Khalid… Pasó el resto de la tarde durmiendo. Los dos días que había compartido con él, habían sido una fantasía pero muy intensos a la vez, estaba muy cansada. Se despertó varias horas después. Ni siquiera se molestó en salir de allí. No quería encontrarse con Aliyah de nuevo. La mirada que le había echado cuando salió al jardín por la mañana le había helado la sangre, así que decidió esconderse de nuevo.

Safae volvió para ver si necesitaba alguna cosa. Elizabeth no tenía apetito así que le dijo que se retirase y la dejara descansar aunque estaba harta ya de estar tumbada en esa cama. Khalid no volvió esa noche a buscarla. Al día siguiente la rutina fue similar: ir a la biblioteca, la sala de música, pasear por el jardín con miedo a encontrarse con Aliyah, comida solitaria, baños en la piscina, consultar sus correos electrónicos, cena de nuevo solitaria y vuelta a la cama tras otro día aburrido. Elizabeth llevaba casi dos días sin ver a Khalid y comenzaba a preocuparse. Quizá estaría haciendo con Aliyah lo mismo que había hecho con ella. Recordó las palabras de amor que Khalid le había dedicado la noche anterior a su vuelta y la reconfortó un poco, pero seguía sin llegar. Así pasaron dos días más. Elizabeth estaba ya desesperada, sin salir de allí, sin nada que hacer y sin saber nada de Khalid. Le preguntaba a Safae pero la mujer negaba con la

cabeza y le decía que no sabía aunque ella sospechaba que algo ocurría. Al quinto día Khalid apareció en la biblioteca antes del mediodía.

—Mi *Muhya*, según parece pasas aquí más tiempo que en cualquier otro lugar, con todas las maravillas que hay en palacio—dijo Khalid al llegar a la mesa donde se encontraba Elizabeth. Ella seguía leyendo del libro sin mirarle. Khalid volvió a la carga—. ¿Y qué lees que te tiene tan concentrada? —Elizabeth no comprendía qué quería. Llevaba cuatro días sin dar señales de vida. ¿Qué esperaba? ¿Qué lo recibiera con los brazos abiertos? Pues no era el caso. Estaba furiosa y así se lo haría saber.

—Oh vaya, Khalid. No te he reconocido, seguramente se deba a que hace cuatro días que no sé nada de ti—le contestó con todo la rabia que llevaba acumulada durante días. En cuanto se lo dijo volvió los ojos a su libro pero antes vio que Khalid sonreía, lo cual la enervó aún más.

—Entiendo tu enfado, pero si no he aparecido ha sido por nuestro bien —se atrevió a decirle.

—¿Lo mejor para quién? Será para ti, porque yo aquí encerrada en este maldito palacio todo el santo día no es que me haga mucho bien. ¡Voy a volverme loca! Mientras tanto tú sales y entras cuando se te viene en gana, ¡y a saber qué haces! — terminó por echarle en cara pues los celos la estaban matando.

—¿Qué qué hago? ¿En serio me preguntas eso cuando hace cuatro días que te he dicho que te amo? — Khalid se había puesto en pie y la miraba desde arriba sintiéndose pequeñita pero no podía amilanarse y debía enfrentarse a él.

—¡¿Y eso quiere decir algo?! Las palabras se las lleva el viento, son las acciones las que demuestran cómo son las personas y tú has desaparecido durante cuatro malditos días. Sin saber si te has enfrentado a tu padre o no, si has compartido tu tiempo o algo más con Aliyah. ¿Es que no entiendes que solamente estoy aquí por ti? — Elizabeth había comenzado a descontrolarse y estaba gritando hecha una furia. Khalid seguía con gesto impasible lo cual la ponía más furiosa.

—Venía con la intención de pasar tiempo junto a ti, pero volveré cuando estés más calmada—le contestó sin alterarse. Acto seguido se dio la vuelta y se marchó. Elizabeth no daba crédito a lo que acababa de suceder. La había dejado plantada en plena discusión. Tras no verse durante cuatro días había llegado como si nada hubiera pasado y no le había dado ninguna explicación. Por si eso fuera poco, no se había molestado en escucharla y se había largado. Elizabeth estaba tan rabiosa que sin importarle las consecuencias cogió una mochila donde metió lo indispensable y decidió escaparse.

Salió por la puerta como si nada y anduvo como quien no quiere la cosa. Estaba convencida que la detendrían antes de llegar a la puerta. Más

que querer escapar, quería que Khalid se enterara y fuera a verla. Efectivamente un par de hombres armados la detuvieron y la acompañaron de vuelta al interior del palacio. Elizabeth decidió entonces que ya no volvería a esconderse en su dormitorio. Se quedó en uno de los salones de decoración arabesca tradicional, donde Safae estaba limpiando unos muebles. Quiso marcharse, pero Elizabeth entabló conversación con ella. Al poco tiempo Khalid llegó y por su cara estaba que echaba chispas.

—¡¿Adónde creías que ibas?! — le gritó a pleno pulmón sin importarle que Safae se encontrara allí. La mujer, muy asustada, se marchó rápidamente del lugar.

—¡Vaya! Así que ahora sí quieres hablar—contestó ella muy tranquila ojeando una revista que había en una mesita pequeña.

—Elizabeth, no me hables así—siguió Khalid echando humo por las orejas.

—¿Ahora me vas a decir también cómo debo hablarte? ¿Pero tú quién demonios te has creído que eres? Me importa un bledo que seas el Sultán de Bareik, que tengas poder sobre toda esta gente e incluso sobre tu esposa a la que ni siquiera miras, pero a mí no me hablas así y mucho menos me gritas.

—Elizabeth…—le dijo arrastrando las palabras.

—Ni Elizabeth ni nada. Si querías una mujer sin personalidad tenías que haber elegido a otra extranjera. Y si no vete con tu mujer, la obediente y resignada. Ella sí que sabe comportarse, viste cómo mandan las costumbres, no rechista y aguanta todo. ¡Hasta que tengas a otra! — le gritó en la cara. Khalid se estaba poniendo rojo de la ira a medida que ella hablaba. Sus respiraciones eran aceleradas y se estaban retando como David y Goliat luchando por ganar.

—¡Deja de decir sandeces de una vez por todas y que te quede claro que no se te permite salir de este palacio! — le contestó Khalid señalándola con el dedo. ¿Qué no se le permitía? ¡Pero de qué demonios estaba hablando! No estaban en los tiempos bíblicos ni en la Prehistoria. La mujer no era un cuerpo sin voz ni voto. Tenían ideas y pensamientos. Khalid estaba my equivocado con ella y se lo iba a explicar.

—¿Ahora soy tu prisionera? — preguntó Elizabeth indignada.

—Elizabeth déjalo ya…—comenzó Khalid a decirle mostrándose más sosegado, pero ella tenía ganas de guerra.

—Esto es una locura. Apenas te conozco y yo… me he dejado llevar por el deseo y la lujuria porque esto es eso ¿no? Esos dos días que pasamos solos fueron un espejismo. Nada de aquello es real. Tú estás casado y yo, yo no me merezco esta vida. Encerrada, sola, abandonada… ¡No lo soporto! —explotó Elizabeth. Había empezado y ya no podía parar—. No quiero esperarte durante horas y ver que no llegas, no aguanto pensar que

puedes estar con ella, no quiero pensar que soy la culpable de tus enfrentamientos con tu padre. Yo no soy esa Elizabeth. ¡Tú me has hecho así! — Le acusó finalmente.

—Lisbeth, mi *habibti*, no digas esas cosas—le pidió casi rogando.

—¡No, no y no! Puedes mantenerme encerrada aquí el tiempo que quieras, pero no me quedaré más del tiempo de mi visado. Yo soy una distracción pasajera y ella permanecerá aquí para siempre en tu vida. En el fondo la compadezco, porque tendrá que soportar una mujer tras otra y ella no significará nada en tu vida. Jamás—dijo Elizabeth aunque era más una reflexión.

—¡Basta! Tú no sabes nada, no conoces a Aliyah.

—¿Ahora la defiendes? Cuando la primera vez que la vi me increpó y cada vez que me ve me fulmina con la mirada. Aunque claro, es tu esposa, ¿cómo no vas a defenderla? No me extrañaría nada que te hubieses acostado con ella y no me hubieses dicho nada—dijo Elizabeth para hacerle daño, pero al retirarle la mirada, dudó. No la miraba—. ¿Khalid? Mírame —, le dijo agarrándole por un hombro pero seguía sin querer mirarla. Se temía lo peor. Lo zarandeó un par de veces para poder mirarlo a los ojos y lo que vio le rompió el corazón. No hacía falta que se lo confirmara. Vergüenza, eso es lo que notó en su mirada. Elizabeth negaba con la cabeza a la vez que andaba hacia atrás. Khalid tenía la mirada llena de arrepentimiento. Elizabeth sentía que se mareaba. De repente se desplomó sobre el sofá que allí había, lo último que vio fue a un Khalid asustado, sollozando y arrodillado a sus pies.



—Lo siento… no sé cómo pedirte perdón. Mi *Aadab,* mi *Muhya*… solo tú eres mi *Nur*. Te amo Lisbeth, por favor perdóname—Elizabeth no podía creerse que se había acostado con Aliyah si ni siquiera la deseaba. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos a punto de caer sin remedio. Khalid se aferraba a sus piernas sin parar de llorar. No lo soportaba, tenía que irse de allí ya. Se deshizo de los brazos de Khalid como pudo y se movió por la habitación sin rumbo. Khalid la miraba nervioso. Entonces Elizabeth quiso saber qué había ocurrido.

—Explícame cómo fue—le dijo volviéndose a mirarle. Tenía el gesto duro, sin expresión. Tenía que ser fuerte y enfrentarlo. Si la amaba a ella ¿cómo había ocurrido aquello? No entendía nada. Hacía apenas unos días le había dicho que se había casado obligado y que ni siquiera la conocía. Era de locos.

—*Muyha*, por favor…—le rogaba Khalid apesadumbrado, sentado junto al sofá donde lo había dejado Elizabeth al levantarse para alejarse de él.

—No me digas palabras bonitas Khalid y dime qué ha pasado—seguía queriendo saber ella sin un ápice de compasión.

—Está bien, te lo explicaré aunque no creo que eso mejore en nada la situación—comenzó por decirle. Se levantó y le pidió con la mano que se sentara a su lado pero ella no soportaba estar cerca de él en aquel momento, así que se sentó en otro sofá próximo a él. Khalid lo comprendió y se situó lejos de ella.

—Cuando volvimos del viaje, mi padre quería hablar conmigo. Yo ya me lo esperaba y estaba preparado para una gran discusión, pero no fue así. En los dos días que estuvimos alejados, mi padre empeoró de salud—un nudo en la garganta le hizo parar durante un segundo—. Mis asesores tenían prohibido contarme nada al igual que Kadilla. En lugar de discutir, mi padre me rogó que diera un heredero al reino. Le queda poco tiempo de vida y quiere irse con la seguridad de que su reino continuará. A pesar de encontrarse en tal estado yo le hice saber que te amo y que no puedo tener más mujeres, ni siquiera tocar a Aliyah era una opción. Se puso hecho una furia y me exigió que consumara mi matrimonio con ella. Era una orden, aún así, no acepté. Le expliqué que también se pueden tener hijos con la

Haseki Sultan, pero me dijo que antes tenía que tener al heredero de la *Bas Haseki*. Mantuvimos una conversación bastante acalorada que terminó cuando salí de sus aposentos dando un portazo. Horas más tarde, entró en coma.

Elizabeth se quedó petrificada. Sabía de los enfrentamientos con su padre, en parte por haber hecho sufrir a su madre a la que Khalid adoraba. No había más que escucharle hablar de ella. Esa mujer había sufrido mucho siendo parte del harén, pero como señora de aquella tierra lo había respetado y soportado porque amaba al Sultán. Él no quería esa vida pero debía aceptar las tradiciones, en especial con su padre en aquel estado. Imaginó que Khalid debía sentirse culpable del lamentable estado de su padre pero ¿eso era excusa para haberse acostado con Aliyah? Su corazón se estaba haciendo añicos poco a poco.

—¿Cómo sigue tu padre? —Le preguntó olvidando por un momento su encuentro con Aliyah.

—Está estable dentro del coma pero muy delicado. No saben cuánto tiempo aguantará. Estos días he estado tomando decisiones, revisando las Leyes con mis asesores, pensando…

—Y acostándote con tu esposa—dijo Elizabeth en un tono muy calmado pero lleno de dolor. Khalid agachó la cabeza pues sabía que la había defraudado. Entendía que ella dudara, pero él la amaba tanto que tenía miedo a perderla por eso.

—Pensando en cómo cambiar las tradiciones pero eso no se logra de un día para otro, Lisbeth—siguió explicándose.

— Aún no me has contado cómo tomaste la decisión de acostarte con ella. Lo último que yo sabía era que te habías casado en un matrimonio de conveniencia, que apenas la conoces y que ni siquiera has intercambiado dos palabras con ella. ¿Cómo acaba ella en tu cama? — deseaba saber Elizabeth aunque aquello fuera el último golpe para acabar con su corazón destrozado.

—Mi padre seguía en coma y mis asesores, que son muy tradicionales ya que son los mismos de mi padre, me agobiaban con el tema del heredero. Kadilla se peleó conmigo echándome en cara que mi padre estuviera en ese estado por mi culpa y aquello fue la gota que colmó el vaso. Bebí más de la cuenta porque solo quería olvidarme de todo, pero lo único en lo que podía pensar era en ti. Mi deber es aportar un heredero al país, así que solamente pensé en aquello y en que quizá, si mi padre consigue vivir y Aliyah se quedase embarazada, por fin me dejaría en paz. Y así sucedió aunque créeme, mi *Yanaan*, no sabes lo arrepentido que estoy.

—Claro—dijo Elizabeth con un hilo de voz.

—Elizabeth, no tenía más remedio, si tú te quedases embarazada no

sería el heredero porque no eres la *Bas Haseki*. ¿Crees que no se lo dije a mi padre? Pero no le importa. Aunque tú y yo tengamos hijos el heredero debe provenir de la primera esposa. Es la tradición—dijo Khalid tratando de explicarle la complejidad de la situación. Elizabeth se quedó bloqueada durante un instante, pues ninguna de las veces que habían hecho el amor habían usado protección y ella no tomaba la píldora. ¿Y si estaba embarazada? Entonces no la dejaría marchar nunca de allí. Elizabeth deseaba con todas sus fuerzas que aquello no hubiera sucedido.

—O sea que, Aliyah es simplemente un recipiente donde viertes tu semilla, crece dentro de ella y heredero al canto. Cuánto me alegro de no ser ella—le contestó con toda la saña que podía. Quería hacerle daño, y mucho.

—No es así. Su trabajo es aportar un heredero al reino pero no es igual a nuestros hijos.

—Entonces te acostarás con ella hasta que te dé el ansiado heredero, si no me equivoco. Después pasarás de ella y de tu propio hijo y te pondrás a tenerlos conmigo. ¿Es eso lo que me estás diciendo? — Preguntaba una Elizabeth cada vez más estupefacta.

—Claro que no. Es mi hijo y como tal lo amaré, lo cuidaré y lo protegeré por encima de todo. Pero jamás podré amar a su madre—. Khalid se levantó y se acercó hasta ella con sumo cuidado. Aún no sabía si Elizabeth podría perdonarle, pero necesitaba tenerla en sus brazos aunque solamente fuera un momento.

—No. Ni te acerques—le dijo parándolo en seco. No soportaba la idea de estrecharlo después de haber estado con Aliyah. Esto era el fin.

—*Amira*, por favor, tienes que comprenderme. Yo no la amo pero es mi maldito deber. El día que pueda hacer las cosas por mí mismo este país cambiará, pero hasta entonces estoy atado de pies y manos.

—Cuéntame cómo fue. Quiero saberlo. ¿Fue receptiva? ¿Se comportó como una niñita asustada o al contrario fue salvaje y tan voraz como nuestros encuentros? — Elizabeth seguía hurgando en la herida. Khalid puso cara de asco y se echó hacia atrás. ¿De veras quería oír aquello?

—Elizabeth por favor no te hagas esto. Ya es suficiente—le decía Khalid intentando parar todo aquello.

—¿Suficiente? Acabo de empezar. Cuéntamelo. Necesito saberlo—lo miraba fijamente con los brazos cruzados interponiendo una barrera entre los dos.

—¿De verdad quieres saberlo? — Le interrogó él—. Muy bien pues te lo diré si tanto te interesa. No sentí nada. Ni siquiera me servía imaginar que eras tú porque sabía que no lo eras. Fue rápido, duro, inexpresivo. Me fue totalmente indiferente. Simplemente tenía que hacerlo—contestó Khalid con toda la frialdad del mundo.

—¿Entonces no disfrutaste ni te aseguraste que ella lo disfrutara? —preguntó Elizabeth sintiendo arcadas tras su explicación tan vacía de sentimientos.

—Por supuesto que no. Era mi deber y lo hice. Ahora solo deseo que se haya quedado en cinta y así no tener que volver a pasar por su lecho—. Hizo un segundo intento de acercarse a ella pero ella levantó su mano derecha para pararle. Ni siquiera le miraba. No conocía al hombre que tenía delante de ella. Ese no era su hombre del desierto. Solo salía «no» de sus labios. Con aquel monosílabo escapó de aquella sala que la asfixiaba y corrió hacia su habitación donde se encerró con llave y lloró durante horas.



A la mañana siguiente se levantó con un terrible dolor de cabeza, los ojos hinchados de tanto llorar y la nariz roja como un tomate, todo ello resultado de pasarse la noche a lágrima viva. Se levantó con la clara intención de no ver a Khalid en todo el día. Se dirigió al cuarto de baño que estaba dentro de su habitación, quizá una ducha borraría todo el dolor que su corazón había sufrido en el día de ayer. Cogió ropa limpia, toallas y entró. Iba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta que tenía a alguien detrás de ella. Dio un respingo cuando le rozaron el hombro. Era Khalid.

—¿Cómo has entrado? Cerré con llave—le dijo aún temblando del susto.

—¿Crees que no tengo acceso a todas las dependencias del palacio? —le preguntó mientras la agarraba por la cintura. Elizabeth quería no desearlo pero lo hacía. Su corazón palpitaba sin descanso y podía sentir la sangre correrle por las venas como un torrente de agua pujando por desembocar en el océano. Sus ojos se clavaban en ella, lujuriosos y ansiosos por devorarla. Elizabeth podía sentirlo y a pesar de seguir profundamente dolida por lo acaecido entre Aliyah y él, no podía negar su deseo e iba a sucumbir.

Khalid se pegó más a ella hasta que sus cuerpos quedaron totalmente unidos. Las respiraciones de ambos eran aceleradas y se miraban a los ojos y a la boca sin actuar. Elizabeth podía sentir el deseo de Khalid pero no hacía nada. Era como si estuviera esperando que ella le diera permiso para atacar su boca con ferocidad.

—Te deseo—le dijo ella traicionándose a sí misma, pues la noche anterior en la penumbra de su dormitorio se había jurado no volver a rendirse ante él, pero era superior a sus fuerzas. No tenía fuerza de voluntad. Fue lo que Khalid necesitaba oír. Con un gemido lastimero la besó como si fuera su último beso impregnándolo de muchas emociones: amor, pasión, ternura, perdón… Ella le respondió de igual forma y ambos estuvieron besándose en mitad del cuarto de baño sin moverse un centímetro durante largos minutos.

—¿Ibas a ducharte? —Le preguntó Khalid una vez pudo separarse de ella. Elizabeth asintió con la cabeza y en pocos minutos ambos estaban desnudos en el interior de la cabina de ducha. Khalid estaba muy excitado y

mostraba su deseo sin dejar de tocarla. Ella por su parte, le lamió el lóbulo de la oreja en un gesto tierno y salvaje que amenazaba con provocar un cataclismo—. Mi M*una*, deja que nos lleve al paraíso.

Nunca tenían bastante uno del otro. Era algo primario que no comprendían pero que a la vez era algo más que sexo. Había ternura, amor y conexión. Khalid la acarició con una mano entre sus piernas y con la otra torturaba sus maravillosos pechos. Elizabeth estaba fuera de sí, estaba experimentando tanto placer que pensaba que iba a morir. A punto de desmadejarse apoyada sobre la fría pared de mármol, Khalid la levantó y colocó sus piernas alrededor de su cintura. Ella estaba cayendo por un precipicio cuando él entró en ella de un solo envite. Se retiraba de su interior y volvía a entrar más profundamente como si quisiera marcarse a fuego en su alma, aún más de lo que ya estaba. En ese momento el acto que compartieron fue más allá de la realidad, más hondo, conectaron mucho más que otras ocasiones. Khalid estaba dentro de su corazón, su alma, en su piel, en su sangre y Elizabeth se sentía impotente al no ser capaz de resistirse a él. Ya era demasiado tarde. No había nada que pudiera hacer. Su lugar estaba ahora allí, haría todo lo que él le pidiese aunque eso la matara por el camino.

«Más» pensaba Elizabeth pues era incapaz de articular palabra. Seguían envueltos en un torbellino de emociones y pasión abrasadora. Ella le animaba a que entrara más profundamente y él no dejaba de besarla, en los ojos, las mejillas, el cuello y los labios. Sintiendo que llegarían al paraíso en breve, Elizabeth tuvo que separarse de su boca un instante para tomar aire.

—Khalid… te amo tanto—susurró un segundo antes de que su cuerpo se tensara sacudiéndose por la liberación definitiva. Él continuó en su interior empujando, buscando su propia redención hasta que ella dejó de temblar.

—¡Lisbeth! Mi N*ur*, te amaré siempre— gritó su nombre y se quedó inmóvil dentro de ella.

Volvieron a amarse varias veces más en la cama. Perdieron la noción del tiempo. Abrazados, entre caricias y besos, permanecieron allí toda la mañana. Khalid no acudió a sus citas de trabajo y Elizabeth no se molestó en recordárselo.

—Creo que deberíamos volver a dar señales de vida—dijo ella sin ganas.

—Deben estar buscándome como locos. Tenía varias citas de Estado esta mañana. Estarán furiosos—le contestó Khalid sin separarse de ella.

—Yo ni siquiera he desayunado—comentó ella entre risas. Siguieron así un rato más hasta que decidieron que era hora de enfrentarse al mundo.

—Prometo venir esta misma noche—comentó Khalid mientras

terminaba de vestirse.

—No hagas promesas que no podrás cumplir— dijo Elizabeth mirando por el ventanal hacia el jardín donde se encontraba Aliyah cuidando unas flores. Entonces volvió a darse cuenta de que ella era la otra y poco más podría hacer, más que estar allí hasta que él se cansara de ella y eso sin duda llegaría. Cuando encontrara a una mujer que no le complicara la vida ni se enfrentara a él como Aliyah pero por la que sintiera un profundo deseo, la relegaría.

—Lisbeth, por favor—Khalid se acercó a ella y agarrándola de la mano se la acercó a sus labios y le dio un beso tierno. Elizabeth seguía sin mirarlo porque sabía que si se adentraba en esos ojos marrones, estaba perdida. Él giró su mentón para que le mirara—. Ya te dije una vez que no soy un hombre mentiroso. Iré a tranquilizar los ánimos de mis asesores y a informarme sobre el estado de mi padre. En cuanto pueda volveré a por ti, mi *Nur*—. Con un beso delicado la abrazó por última vez y se fue.

****

Finalmente, Elizabeth decidió desayunar, después se dirigió a la sala de música donde se encontraba el ordenador. Envió un mensaje a George y al señor Anderson. Debía encontrar una salida a aquello cuanto antes. Ella sola no podía abandonar aquel palacio, quizá ellos pudieran ayudarla. De vuelta a su dormitorio llamó a Louisa. Hacía tiempo que no sabía de ella.

—¿Diga?–respondió Louisa.

—Hola Louisa, soy yo—dijo Elizabeth intentando evitar que se le notara la voz quebrada.

—¡Eli! No me puedo creer que me estés llamando con todo el trabajo que debes tener—gritaba su amiga con una voz llena de felicidad.

—No te preocupes, para ti siempre tengo tiempo—contestó ella sin querer darle muchos detalles—. Cuéntame cómo te encuentras.

—Cada vez más pesada. ¡Dios Eli estoy deseando que esta niña nazca! Me he puesto como una vaca y la doctora me ha regañado, pero es que no tengo fondo. Como de todo. Tedd también me ha sermoneado pero es que no lo puedo evitar…—y de pronto se puso a llorar. ¿Pero qué le ocurría? Elizabeth comenzó a preocuparse.

—¿Louisa? ¿Qué sucede? — preguntaba alarmada Elizabeth pero solo oía su llanto al otro lado de la línea.

—¿Hola? —oyó una voz masculina esta vez. Era Tedd.

—¿Tedd? ¿Qué demonios le ocurre a Louisa? —quería saber Elizabeth pues estaba empezando a pensar que algo grave le sucedía.

—Nada. Está muy sensible y llora por todo. Ahora, sí—oía que decía Tedd—. ¿Cómo estás Eli?

—Bien, Tedd. Cuídala mucho por favor. ¿Y mi peque cómo está?

—Cada día más grande… que sí, ya voy—volvió a decir Tedd—. Te

paso a la vaca lechera que me quita el teléfono. ¡Un beso! — consiguió decirle pero ya tenía Louisa el teléfono en su poder. Elizabeth estaba riéndose al imaginarse la situación.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? En fin que estoy gorda y aún queda para que la nena nazca. Yo no sé cómo lo voy a hacer pero dime cosas sobre ti—.¿Sobre ella? ¿Y por dónde empezaba?

—Pues me ha pasado de todo pero lo más importante es que descubrimos la tumba del Faraón. Recuperamos tesoros y hasta su momia.

—Eso es fantástico Eli—decía una Louisa muy ilusionada por su tono de voz.

—Pero tuvimos problemas con los permisos y cerraron la excavación—le confesó Elizabeth aunque no le daría muchos detalles.

—Oh vaya, ¿y qué habéis hecho?

—Pues llamamos al Museo para aclararlo todo y se suponía que se pondrían en contacto con el gobierno de aquí pero aún no sabemos nada. George se ha vuelto porque su mujer Patrice está embarazada y aquí no hacía nada esperando—le dijo sin contarle los detalles del problema del embarazo de Patrice. No quería que se asustara porque era muy hipocondríaca.

—¿Y qué haces tú allí? Vuélvete ya. Esas cosas suelen tardar meses en arreglarse.

—Bueno, espero que se solucione antes…—contestó rápidamente.

—Pero Eli, tú sola en un país como ese… no me parece bien. Te vienes y cuando se arregle, vuelves allí—intentaba convencerla.

—Verás—carraspeó Elizabeth—es que he conocido a alguien—. Quería contárselo pero omitiendo ciertos detalles importantes o le provocaría el parto.

—¿De veras? ¡Y no me lo cuentas desde el principio! Vamos desembucha bribona—la animó a hablar.

—Es una persona importante en el país. Me ha llevado a una tienda tuareg en el desierto y hemos paseado por camello. Pero poco más…—esto era lo máximo que podía saber por ahora.

—¡No me digas que es un jeque como los de los libros que nos gustan! Bueno suena muy romántico. Espero que pronto me puedas contar más cosas. Me alegro que hayas encontrado a alguien, Eli. Te lo mereces. Tengo que dejarte que viene la familia de Tedd a cenar y debo terminar de prepararlo todo. Mantenme informada. ¡Un beso!

Elizabeth se despidió de ella y no pudo evitar que unas lágrimas se le escaparan. Odiaba no poder ser del todo sincera con Louisa, que era su familia pero ni mucho menos iba a contarle todo o se desmayaría al instante. Era de locos, pero aún así estaba atrapada en ese momento y no veía escapatoria. No encontraba la fuerza para salir de allí, así que ese día

tomó la decisión de quedarse junto a Khalid hasta que la herida fuera tan profunda y sangrara tanto que no tuviera más remedio que salir corriendo a curarse.



Pasaron varias semanas y el padre de Khalid seguía en el mismo estado. Los médicos estaban preocupados porque no respondía a ningún estímulo y en el caso de despertar podría sufrir de amnesia postraumática. Khalid no había dejado de estar junto a Elizabeth siempre que podía, incluso a veces dejaba de atender sus asuntos para estar con ella, para el fastidio de sus asesores. Ella se sentía más amada y protegida que nunca. Salían de paseo, iban de compras, a pasear, al cine, celebraban fiestas en palacio … Eran una pareja normal y corriente excepto porque él estaba casado con otra. Aliyah apenas aparecía por el jardín. Según le había dicho Khalid no salía de la zona del harén. Su padre creó un ala enteramente destinada para ello. Elizabeth había estado en varias salas sin darse cuenta, como en la biblioteca y la sala de música. Durante ese tiempo no quiso pensar en nada más y simplemente disfrutaba de la vida junto a él.

Una noche, Khalid le dijo que se vistiera muy elegante que iban a ir a un sitio muy importante a cenar. Elizabeth quiso agradarlo así que se vistió con ropa tradicional, la misma que él le había regalado cuando llegó a palacio y parecida a la que llevó puesta la noche en que le regaló la pulsera; la cual no se quitaba nunca, pues simbolizaba todo el amor que Khalid sentía por ella.

Elizabeth eligió un caftán de seda en color azul cielo, era un modelo que le encantaba porque de las mangas salían unos trozos de tela que simulaban ser las alas de una mariposa.

Salió del dormitorio y llegó al salón más próximo que estaba decorado de forma bastante moderna a comparación con otras estancias del palacio. Khalid ya estaba allí, esperándola. Iba muy elegante con un pantalón en tono azul claro, una camisa gris y una chaqueta azul marino. Hoy no llevaba el *thawb*, la típica túnica larga hasta los tobillos. El *kafiyyeh* que llevaba era amarillo pálido con unos dibujos en tonos negros. Elizabeth pensaba que iba a desmayarse de la impresión, pero lo mismo le ocurría a Khalid que se la comía con los ojos.

—Tan perfecta…—susurró Khalid al verla. Ella le sonrió y elevó los brazos como si fuera a volar enseñándole el elemento mágico del vestido. Él se rió y se acercó a ella.—¿Te gusta?–le pregunto Elizabeth estrechada entre sus brazos.

—Podría describirte de varias maneras lo que llevas puesto pero que sea de mi tierra, que yo lo hubiera comprado especialmente para ti y que hayas decidido ponértelo, me dice muchas cosas pero sobre todo me hace muy feliz—. Elizabeth henchida de dicha le besó apasionadamente y él la correspondió apretándola más contra sí. Ayudó a Elizabeth a cubrir su pelo con el *hiyab* y salieron del palacio escoltados por dos guardaespaldas, pues Khalid no podía ir a ningún sitio sin la debida protección y por consiguiente, ella debía ir bien protegida también. El coche de lujo blindado les esperaba en la puerta junto a otros dos coches detrás preparados para seguirlos de cerca.

Llegaron al cabo de un rato muy largo. Elizabeth no dejaba de preguntarle adónde la llevaba, pero él se negaba a responderle pues quería que fuese una gran sorpresa. De repente llegaron cerca del mar. Elizabeth no había visto el mar en Bareik hasta entonces y la sobrecogió sobremanera. Anduvieron por el muelle iluminado hasta llegar al restaurante que se encontraba al final del embarcadero. Entraron dentro junto a los guardaespaldas que se quedaron en la puerta. Elizabeth ya se había acostumbrado a su presencia así que apenas los notaba. Estaba fascinada. El restaurante estaba rodeado por un acuario donde miles de peces flotaban a su alrededor. Esperaron un momento en el bar mientras preparaban la mesa donde empezaron con un par de Martini. Una vez acomodados, degustaron un menú de ensueño, sopa de marisco, risotto con filete de atún y de postre unas delicias de chocolate con cerezas. Fue una cena increíble y todo acompañado de miradas tiernas, besos cálidos y roces insinuantes. Estuvieron horas en el restaurante hasta que se quedaron solos. A pesar de ser el Sultán de Bareik se comportaba con una persona normal y no exigía grandes gestos.

—Lisbeth, hace tiempo que deseo hablarte sobre algo pero hasta ahora no había encontrado el momento adecuado—empezó a decirle Khalid mientras comenzó a sonar en el restaurante la canción de Christina Perri "A thousand years". De repente los camareros que estaban por la sala se detuvieron donde estaban. Elizabeth los miraba confundida. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estaban jugando al escondite inglés? Khalid no los miraba, como si aquello fuera normal.

—Mi *Muhya*, ya te he dicho millones de veces que te amo. Desde que nos conocimos el tiempo se ha detenido, como ahora—continuó diciéndole mientras le acariciaba la mejilla dulcemente—. Quiero ser el hombre que te haga feliz, quiero ser esa persona a la que le confíes tus más íntimos secretos y tus preocupaciones, así como con el que compartas tus alegrías. Quiero que seas la madre de mis hijos, quiero que reines a mi lado y que continúes llenando mi vida de tanto amor y pasión. Solo tú eres mi *Nur*, la luz que me guía como un faro orienta a los barcos en plena noche—.

Khalid postró una rodilla en el suelo frente a ella. Elizabeth no podía creer lo que estaba sucediendo, se sintió abrumada por la emoción. Se sacó una cajita de terciopelo negro de la chaqueta y la abrió ante ella. En su interior había un anillo de oro blanco con un diamante en su centro del color de los ojos de Khalid.

—¿Khalid?–preguntó ella con un hilo de voz.

—Elizabeth Beckett, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa? —Elizabeth estaba atónita. La emoción la embargaba y las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas sin poder evitarlo, pero no respondía—. ¿Lisbeth? —preguntaba Khalid intentando adivinar su respuesta.

Sonriendo pero llorando todavía le dio una respuesta.

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! No hay nada que desee más que estar a tu lado, Khalid—él bastante emocionado tomó su mano y le puso el anillo en el dedo anular. En cuanto lo hizo, ambos se besaron profundamente estallando el restaurante en aplausos. Los camareros que habían cooperado en la pedida de mano, por fin se movían y no dejaban de aplaudir y decir cosas en su idioma que Elizabeth imaginaba que era la forma de decir enhorabuena.

Salieron del restaurante abrazados y conmocionados por lo que acababa de suceder. Elizabeth porque no se esperaba semejante gesto por parte de Khalid y él porque no estaba del todo seguro de su respuesta afirmativa. Cuando llegaron a palacio dieron un paseo por los jardines bajo el cielo estrellado de Bareik, donde volvieron a prometerse amor eterno. Khalid le explicó que el anillo de compromiso era de su madre. De estar viva, estaba convencido que ella hubiera deseado que Elizabeth lo tuviera. Se sintió terriblemente especial por aquello, pero no dejaba de pensar en Aliyah y eso la entristecía. Siempre estaría entre ellos. Khalid notó su gesto contraído e intento calmarla.

—Ojalá te hubiera conocido antes—le susurró mientras permanecían abrazados en un banco del hermoso jardín. Elizabeth comprendió que a él también le dolía aquella situación, pero lo hecho, hecho estaba. No podría ganar esa guerra jamás, así que aprendería a convivir con aquella realidad.

Subieron a la habitación de Elizabeth donde se amaron sin descanso entre palabras de amor eterno, verdadero, real, sincero… Su vida había dado un nuevo giro y a pesar de que poca gente la comprendería ya no sería capaz de volver a su anterior vida pues ya no sería esa Elizabeth nunca más.

****

A la mañana siguiente Elizabeth sintió una arcada terrible y salió disparada al cuarto de baño, donde vomitó hasta la primera papilla. Empapada en sudor cogió una toalla que mojó en agua y se la pasó por la

nuca. Apoyada en la pared, sintió como le venía una náusea tras otra. Ella intentaba reprimirlas porque le daba un asco tremendo vomitar, pero era superior a ella. Volvió a vomitar un par de veces. Se levantó para refrescarse la cara cuando le atacó un leve mareo. Se agarró al lavabo y se miró en el espejo. Estaba pálida como un fantasma. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba. Estaba embarazada. No se había percatado de que no le bajaba la regla pues se había dedicado exclusivamente a vivir su relación al máximo con Khalid, dado que no habían utilizado ninguna protección y que su "amiga" no la visitaba desde hacía varias semanas, lo confirmó. No necesitaba pruebas de embarazo ni análisis. Lo sabía. Últimamente había notado que algunas comidas que le encantaban no las soportaba, el olor a canela de Khalid que le fascinaba la ponía enferma revolviéndole el estómago y se notaba los pechos algo más hinchados.

Entonces todo su nuevo mundo se derrumbó. No podía seguir con aquella vida allí. Ya no dependía solamente de ella. Su hijo o hija no se merecía llevar esa vida, además que no sería el principal heredero pues eso dependía de Aliyah. Elizabeth sintió un miedo atroz. ¿Y si le quitaban a su hijo? Khalid nunca le había dado muestras de querer hacer eso, le había pedido que se casara con él y que fuera la madre de sus hijos pero si Aliyah no estaba embarazada y ella tenía al suyo en su vientre, jamás podría salir del país. Otra de las absurdas tradiciones de ese reino era que ningún heredero podía abandonar Bareik.

La decisión estaba tomada. Elizabeth debía huir cuanto antes mejor.

Capítulo 13

Desde que Elizabeth descubrió que estaba embarazada se le hacía difícil seguir viviendo en el palacio. Necesitaba un plan. Intentaba ocultar las señales típicas del embarazo porque para su desgracia las sufría todas; vomitaba por las mañanas, tenía aversión a ciertos alimentos y olores, se mareaba, los pechos los tenía muy sensibles y estaba tan agotada que muchas de las veces en las que Khalid llegaba al dormitorio, ella ya estaba profundamente dormida.

Su meta era pensar en cómo huir de allí. Se pasaba muchas horas en la biblioteca investigando el palacio. Debía haber algún pasadizo secreto o algo así, ya que el palacio tenía siglos de historia. Elizabeth trataba de sacarle información a Safae o Kadilla pero no sabían cómo responderle. Los últimos días Khalid estaba más agotado, pues no paraba de trabajar y además su padre había empeorado. Ya no había apenas esperanzas. Si a esto se sumaban los cambios de humor de Elizabeth, la situación que se creaba a veces era insufrible.

Después de mucho negociar con Khalid, había conseguido poder salir de palacio sin él aunque llevaba siempre guardaespaldas. Bien era cierto que no le hacía mucha gracia pero por no discutir más, consintió.

—Lisbeth, nunca te he presionado para que cambies tu forma de vestir pero quizá deberías ir pensando en hacerlo—le dijo una mañana Khalid mientras desayunaban.

—¿Cómo que cambiar mi modo de vestir? ¿Qué le pasa al estilo americano? —preguntó ella adivinando su respuesta.

—*Imra*, no le pasa nada hasta que te conviertes en esposa del Sultán. Además será ropa de alta costura—le respondió guiñándole un ojo como si a ella le importara lo más mínimo que fuera ropa *pret a porter*.

—Que bien—dijo ella con ironía.

— Cuéntame, ¿qué hiciste ayer que hizo que cayeras rendida en la cama y antes de que yo llegara?—quiso saber Khalid.

—Estuve paseando por la ciudad. Ya la visité con George antes de comenzar los trabajos de excavación y después estuve en un *spa* para relajarme—mintió, pues se había desplazado a dos pueblos de distancia a visitar un médico para saber si todo marchaba bien con el bebé. Consiguió despistar al guardaespaldas en el *spa* donde se suponía que estaría durante

tres horas. Afortunadamente no la descubrió y Elizabeth volvió feliz de su cita con el doctor que le había confirmado que estaba embarazada de seis semanas.

—Me alegra que disfrutaras, pero ya sabes que no me emociona que estés por ahí sola—le dijo Khalid mientras revisaba la prensa del día.

—No estaba sola. Alí estuvo conmigo todo el día. Puedes preguntarle si quieres—empezó Elizabeth a batallar.

—*Muhya*, claro que me fío de ti pero no me hago a la idea de que salgas de aquí sin mí—respondió Khalid mirándola por encima del periódico.

—Ya empezamos…—susurró ella lo suficientemente alto como para que él la escuchara.

—¿Qué empezamos exactamente, *Bahiyaa*? — quiso saber Khalid dejando el periódico en la mesa con el ceño fruncido.

—Nada…—contestó ella dándole vuelta a sus cereales pues se levantaba sin apetito, lógico después de vomitar. El médico le había dicho que era normal, pero no por ello dejaba de ser un tanto desagradable.

—Elizabeth—le dijo mirándola fijamente— ¿se puede saber qué demonios te ocurre?

—¡A mí! ¡No soy yo la que pretende hacerte cambiar por completo anulándote! —le espetó Elizabeth levantándose tan rápido que tuvo que agarrarse a la mesa del mareo que le sobrevino.

—¿*Amira*? ¿Estás bien? — le preguntó Khalid acercándose a ella preocupado.

—Sí… me he levantado demasiado deprisa—disimuló ella rápidamente. Khalid la agarró por la espalda y la ayudó a sentarse. Estaba claramente preocupado. Se agachó junto a ella asegurándose de que no ocurría nada.

—¿Seguro?

—Sí y no me distraigas de lo que estábamos hablando—le dijo apartándole de ella. Khalid se levantó de nuevo y volvió a su silla—. Tú ya sabías cómo era antes de pedirme matrimonio. ¿Por qué tengo que usar esa vestimenta? —le rogó Elizabeth con la mirada.

—Lisbeth, mi *Yumaana*, sé perfectamente cómo eres y he accedido a que salgas de palacio sin mí, pero en Bareik hay ciertas tradiciones que cumplir y esa es una de ellas—habló Khalid en tono conciliador aunque por el gesto de Elizabeth sabía que se avecinaba una tormenta.

—¡Deja de decirme nombres bonitos! No lo pienso consentir. Seguiré vistiendo como soy porque es mi forma de ser y si no te gusta, haberlo pensado antes de pedirme que me casara contigo. Lo tienes muy fácil, libérame de este encierro y me marcharé a mi país de inmediato. No soy tu esclava ni tú eres mi amo—contestó ella gritándole dando golpes en la

mesa. Khalid se debatía entre la ira por hablarle así y la tristeza al sentir que ella no deseaba estar allí con él tanto como lo deseaba él.

—¿Te sientes encerrada? Creía que ya no pensabas eso después de todo lo que ha pasado entre nosotros—le dijo vencido tras las últimas palabras de ella.

—Khalid, basta. No tengo ganas de pelearme más. No hacemos otra cosa más que discutir. Últimamente apenas nos vemos. Trabajas muchísimo y yo estoy tan cansada al final del día que no soy capaz de estar despierta cuando llegas. Estoy incomoda con esta situación—le dijo ella con los ojos húmedos. Tenía las hormonas disparadas y tan pronto era una pantera como un gatito asustado. Khalid suspiró y se levantó yendo hacia donde estaba ella. Tiró de su mano y la abrazó dulcemente—¿Por qué quieres cambiarme?–le preguntó Elizabeth llorando.

—Mi *Nur*, no es ese mi deseo, pero estamos atados a ciertas costumbres que debemos seguir. A veces desearía no ser el Sultán de Bareik si no simplemente un hombre enamorado que no puede vivir sin la luz que desprende tu alma—le dijo mirándola a los ojos enjugándole las lágrimas con los dedos. Elizabeth lloró aún más fuerte tras sus bellas palabras, pues sabía que eso era utópico dado que jamás serían libres para amarse. No quería pensar en aquello así que lo besó. Tiró de él y se fundieron en un beso delicado que dio paso a otro más furioso e intenso.

Khalid podía sentir el calor que emanaba el cuerpo de Elizabeth. Se separó de ella un momento para ver en sus ojos verdes. Había lo mismo que en los suyos, deseo. Incluso en aquel momento en el que lo había desafiado, la deseaba como una droga. Elizabeth rodeó su cuello con los brazos incapaz de resistirse a este nuevo encuentro íntimo. Por suerte, estaban desayunando en su habitación, así tenían más intimidad. Khalid la apretó más contra él sintiendo sus pechos que cada día crecían más. Elizabeth se perdió en la sensación de tener sus labios posados contra los suyos. Sabía bien como besarla. Dedicaba toda su atención en ella cuando estaban juntos y eso la emocionaba sobremanera.

Las manos de su jeque le recorrían la espalda de arriba abajo con suavidad. Caminaron hacia la cama que se encontraba a unos pasos de ellos y se tumbaron sobre ella. Khalid la apresaba bajo su cuerpo fuerte y varonil. Elevó los brazos de Elizabeth por encima de su cabeza y atacó su cuello con besos y mordiscos que la encendieron aún más. Un fuego salvaje se estaba apoderando de ambos. Rápidamente la despojó de su camisón y ropa interior, él también se desvistió con una facilidad pasmosa. Se deseaban mucho. Completamente desnudos comenzaron un baile sensual y lento en la que besos, lametazos, caricias, mordiscos tiernos y los «te amo» susurrados fueron los protagonistas.

Tras el apasionado encuentro Elizabeth se quedó profundamente

relajada y dormida. Al despertar estaba sola en la cama, pero había una flor en la almohada junto a ella. Era una rosa del desierto, típica de aquella zona. Sus pétalos eran blancos pero en el filo de cada uno se dibujaban hermosas líneas rosas que le daban ese color rosado tan característico. Elizabeth la olió y sonrió al ver el detalle tan bonito que había tenido su jeque con ella. Por desgracia, volvió a recordar que en poco tiempo todo aquello pasaría a la historia, pues lo abandonaría sin remedio. Su corazón se quebró un poco más pero debía ser fuerte por su hijo y no dejarse vencer. Después de todo, su amor con Khalid no podría ser pero se llevaba el mejor regalo que nadie jamás le haría, su hijo.

Elizabeth pasó el resto del día en palacio. Kadilla, a la que hacía mucho tiempo que no veía, estuvo con ella. Estaba abatida por el estado de salud de su padre y no sabía qué iba a hacer al morir él. Ellizabeth le dijo que no tenía nada de qué preocuparse porque su hermano no la dejaría desamparada nunca. Ella lo sabía, pero estaba preocupada porque había comenzado a verse con un jeque de un país vecino que se dedicaba al negocio del petróleo. No era príncipe heredero como Khalid y no estaba segura de que su hermano consintiera en ese matrimonio.

—No te preocupes. Khalid te adora y desea verte feliz. Si llegado el momento esa es tu felicidad estoy segura que no le importará—le dijo Elizabeth intentando animarla.

—No lo conoces bien. Él es el Sultán de esta tierra desde que mi padre le cedió la corona y debe cumplir las leyes. La princesa de un reino no puede casarse con cualquiera. Mi padre siempre fue muy estricto con eso.

—Bueno pero puede que Khalid quiera cambiar las cosas, ¿no crees? —pregunto ella más para convencerse a sí misma que para darle ánimos a Kadilla.

Siguieron la conversación hasta la hora de la comida. Khalid, que se había quedado preocupado por el mareo y la pelea de por la mañana, acudió a comer con ellas. Se le veía cansado después de tener varias reuniones con jefes de Estado de los países vecinos. Elizabeth sacó el tema de Kadilla y su jeque pero en contra de lo que ella pensaba el tema no fue muy buena idea.

—¿Quién es Kadilla? — interrogó a su hermana pregunta tras pregunta.

—Es hermanastro del príncipe de Haminat. Es jeque también, pero no heredero. Lo conocí en una fiesta hace un par de meses y desde entonces nos hemos estado viendo—confesó Kadilla como si se hubiese quitado un peso de encima. Ahora entendía porque no la veía desde hacia tanto tiempo. Entonces se dio cuenta que llevaba en aquella tierra casi los tres meses de su visado. Cómo pasaba el tiempo.

—¿Y por qué no ha venido a hablar conmigo? No puede hablar con padre pero yo soy ahora el Sultán de Bareik. Antes de comenzar ningún

tipo de relación con mi hermana, debería haber venido a pedirme consentimiento— Elizabeth alucinaba. ¿En qué siglo pensaba Khalid que estaban?

—No me puedo creer lo que estoy escuchando —musitó ella con cara de asombro.

—*Imra*, no te metas, esto no te incumbe—le contestó de manera muy fría.

—O sea que ahora no me incumbe, pero espera porque creo que este anillo quiere decir algo—le dijo muy irónicamente enseñándole la mano a Khalid donde estaba alojado su anillo de compromiso desde la noche del restaurante.

—Lisbeth, por favor no empieces—contestó Khalid apretando los puños encima de la mesa—. Kadilla, dile a ese hombre que se persone inmediatamente en el palacio y hablaré con él—. Dicho esto se levantó y se marchó a grandes zancadas sin decir siquiera adiós.

****

Elizabeth consoló a una más que asustada y llorosa Kadilla. Esa pobre chica estaba enamorada de ese hombre y ella había intentado mediar, pero quizá lo había complicado todo de forma estrepitosa. Tras haber animado un poco a Kadilla se puso ropa deportiva y salió de palacio en dirección a uno de los gimnasios de la ciudad. Hacía meses que no se dedicaba a su deporte favorito, el yoga. Cuando estaba en Washington acudía a un gimnasio tres veces por semana, la relajaba muchísimo y llevaba tiempo necesitándolo. En su colchoneta individual se dedicó a vaciar su mente y practicar yoga como antes. Una hora más tarde salía del gimnasio muy relajada. Alí, la esperaba en la puerta del coche preparado para llevarla de vuelta al palacio. Al llegar no se esperaba con lo que se encontró. Khalid estaba fuera de sí.

—¡¿Se puede saber dónde estabas?!



Nada más entrar por la puerta de su habitación, se encontró con Khalid chillándole como un poseso. ¿Qué demonios había sucedido? Estaba agitado y con los puños cerrados conteniendo una gran ira. Elizabeth no comprendía nada.

—¿Cómo que dónde estaba? En el gimnasio. Fui con Alí—empezó a decirle ella de forma calmada.

—Ya sé que has ido con él, pero nadie me ha informado de tu salida hasta que lo he llamado y me lo ha dicho—seguía furioso con ella y todo porque no le había contado que se iba a hacer yoga. Elizabeth no salía de su asombro.

—Te podría haber contado adónde iba si no hubieses salido corriendo en la comida. Después no he vuelto a verte y además no creo que tengas que recibir un informe de qué hago, a qué hora y de qué forma ¿o sí? — le soltó ella cabreándose por momentos.

—Mira Elizabeth—le dijo intentando calmarse—no estoy para tonterías. Que sea la última vez que sales sin decírmelo—se dirigió a la puerta, pero ella le agarró del brazo para captar su atención.

—¿Perdona? ¿Esperas que te diga a cada momento lo que hago? Pensaba que había quedado claro que no eres mi señor y que soy una persona libre—le contestó con la mirada llena de ira.

—¡Ya está bien! Ahora no puedo tener esta conversación, otra vez , pero esta noche hablaremos. Estás muy extraña últimamente y ya no lo soporto más.

—O sea que te vas. ¿A ti nadie te ha explicado que cuando una pareja discute no se marcha uno haciendo mutis por el foro? Hay que enfrentarse a los problemas Khalid—gritó ella cada vez más enfadada.

—¡Por Alá! No te estoy diciendo que no vayamos a hablar, ten por seguro que lo vamos a hacer, pero ahora no puedo. Tengo que ir a ver a Aliyah—le dijo provocándole un dolor lacerante en el pecho.

—¡Acabáramos! Claro que tienes que dejar esta conversación por ella. Después de todo ella es tu legítima esposa y yo no soy nada. ¿Vas a acosarte con ella? — le preguntó queriendo infringirle tanto daño como los celos le provocaban a ella—. Deberías hacerlo para que te dé el ansiado heredero para Bareik—terminó rematando con rabia en sus ojos.

—Piensa lo que quieras—dijo Khalid harto de que ella siempre dudara de él—. Pero estás muy equivocada. Aliyah se encuentra enferma desde hace semanas y cada vez está peor. No deberías hablar tan a la ligera y tampoco tendría que darte explicaciones si no eres nada para mí ¿verdad? —Ahora era el turno de Khalid para hacerle daño.

—Yo… no sabía nada—sintió las últimas palabras que había pronunciado, aunque el monstruo de los celos la seguía matando.

—Claro que no, porque ella no está entre nosotros, aunque tú te empeñes en que sí y no te preocupes que en cuanto se recupere me pondré a la tarea de engendrar al heredero. Así estarás contenta y no tendrás que restregármelo por la cara nunca más— Khalid fulminó el corazón de Elizabeth con aquellas palabras. Las lágrimas querían salir pero ella se estaba mordiendo la lengua tan fuerte para evitarlo que no le extrañaría nada si se hacía sangre.

—Márchate—le dijo ella dándose la vuelta para que no la viera acabada. Khalid salió dando un portazo. Ya no podía más.

Había llegado el momento. Las averiguaciones que había hecho sobre unos pasadizos antiguos que conectaban la biblioteca con las alcantarillas de la ciudad, eran la salida perfecta para huir de allí. Cogió su móvil y compró un billete de avión que la sacaría de aquel mundo esa misma noche. Louisa le compró un billete de autobús para llegar a su pueblo. Se estaba muriendo por dentro y no lo iba a consentir. Tenía que proteger a su hijo por encima de todo, incluso de su padre y sus tradiciones.

Khalid no llegó a la hora de la cena. Kadilla y ella cenaron solas. Elizabeth lloró en los brazos de ella pensando que no la vería más, aunque la hermana de Khalid pensaba que era por su última pelea con él. Cuando terminó de cenar, metió lo indispensable en su mochila junto a su visado dejando el anillo de compromiso y la pulsera encima de la cama donde habían compartido tantos momentos de amor. Se dirigió al pasadizo de la biblioteca. Tras recorrer varios metros por las sucias cloacas del reino, salió por una alcantarilla. Levantó la tapa y con sumo cuidado salió al exterior. Estaba en una carretera. Cogió un taxi que la llevó directa al aeropuerto. El taxista llevaba una emisora de radio internacional y en ese momento el programa ponía canciones españolas. Elizabeth había vivido un tiempo en un orfanato en España por lo que sabía el idioma. Al escuchar "Que fui para ti" de La Quinta Estación se sumergió en un llanto descontrolado. El taxista se asustó pero ella le hizo saber que se encontraba bien. En apenas unas horas ya estaba lejos de todo, de su sueño en la excavación abandonada, de su vida en palacio y del jeque de Bareik, el gran amor de su vida.

****

Por fin estaba a salvo. Demasiadas horas de viaje, pero lo había

conseguido.

—Lo logramos pequeñín—, le dijo a su estomago acariciándolo con lentitud y con aire de tristeza–. No podía creer que llevase al hijo de Khalid en su vientre y que su bebé nunca sabría de la existencia de su padre. El hombre más poderoso de Bareik, pero el más esclavo de todos los habitantes del reino. Tenía que comenzar de nuevo y olvidarse de todo lo que había vivido. Porque aunque lo había abandonado, de lo que no tenía ninguna duda era que él era y siempre sería el amor de su vida. Una lágrima mezquina se escapó de sus ojos y ella rápidamente se la limpió—. «Nada de llorar, a partir de ahora no puedo hacerlo. Tengo que comenzar una nueva vida, mi hijo se lo merece» se dijo a sí misma.

Elizabeth bajó del autobús que la había llevado hasta el pequeño pueblecito donde iba a empezar de cero. Le había costado bastante llegar hasta allí, pues lo último que deseaba era que Khalid la pudiese encontrar. No más aviones, por suerte aún contaba con gente buena, allí se reencontraría con Louisa, su hermana, la que la había acogido en su casa de Frederick, en Maryland. Elizabeth estaba convencida que Louisa la protegería y la ayudaría en ese trance. « Al menos hasta que encuentre algo definitivo pequeñín» le hablaba a su vientre todavía plano pues aún no se le notaba nada.

Cuatro meses después...

Elizabeth se sentía cada vez más pesada y aún le quedaba un par de meses más antes de ver la carita a su angelito. Se apoyó en la barandilla de la escalera que había en la entrada de la que se había convertido en su nuevo hogar, mientras posaba su mano en el ya más que hinchado vientre, donde descansaba su pequeña Nur. Así había decidido llamar a la niña. De alguna manera quería que Khalid estuviese presente en su vida y llamándola por ese nombre, lo estaría. Ese era el nombre más especial para ella, pues como le decía Khalid, ella era la luz de su vida y sin duda su hija iba a serlo.

—Como el calor no deje de apretar no sé si vamos a llegar tú y yo a buen término mi amor — bromeaba mientras miraba su tripa sonriendo. Tan feliz estaba desde que había llegado, que tenía pocos momentos tristes. Únicamente cuando se acordaba de Khalid, de sus palabras de amor, de sus noches de pasión… Por suerte, apenas tenía tiempo para aquello, entre encontrar una casa donde instalarse, Louisa y su familia que la ocupaban todo el tiempo y encontrar un trabajo acorde a sus posibilidades, no dedicaba mucho tiempo a pensar en nada más.

Allí apoyada en la barandilla no se percató de una presencia que la

miraba fijamente. No fue hasta que el hombre comenzó a caminar hacia ella que levantó la vista y lo vio. Khalid. En persona, allí. ¿Cómo? ¿Sería demasiado tarde para darse la vuelta? Elizabeth empezó a sentirse nerviosa mientras lo veía avanzar hacia ella. Quería descifrar qué destilaba su mirada pero no era capaz. Era una mirada fría como el hielo, como si no la conociera. Cuando finalmente llegó ante ella, volvió a sentir todas aquellas sensaciones que se despertaban en su piel sin ni siquiera haberse tocado.

—Lisbeth…

—Kha… Khalid…¿Cómo… cómo has…?

—¿Cómo te he encontrado? No gracias a ti desde luego—contestó en tono seco.

Elizabeth no salía de su asombro, pues ante ella ya no estaba el hombre árabe que recordaba ataviado con su túnica y turbante, sino un hombre con un traje de chaqueta azul marino perfecto, corbata a juego y su pelo corto sin la trencita en la nuca. ¿Dónde estaba su jeque? Khalid se acercó un paso más a ella y le tocó el vientre mientras miraba embobado donde estaba su princesa.

—No sabes lo que me ha costado encontrarte. Desde que huiste te he estado buscando hasta que por fin he dado contigo— . Elizabeth empezaba a sentirse incómoda mientras ese hombre no dejaba de tocar su vientre y le hablaba sin mirarla— . Mis investigadores no me han dicho que estás embarazada. Quizá pensaban que ya lo sabía, pero ten por seguro que de haberlo sabido, jamás te habría dejado marchar—dijo esto último mirándole a los ojos —. Porque no creas que te marchaste sin que me diese cuenta, pero entendí que ya no podía retenerte más. Tú eres un pájaro que necesita libertad y no podré perdonarme nunca ser aquel que cortó tus alas. Pero Lisbeth… mi hijo…— a Khalid se le quebró la voz y Elizabeth quería sentir pena por él, pero unas palabras volvieron a su mente: «Quizá pensaban que ya lo sabía pero si lo hubiese sabido, jamás te habría dejado marchar». Reaccionó alejándose de él perdiendo el contacto. Khalid la miró alarmado.

—No me la quitarás.—le dijo protegiendo su vientre con ambas manos —Es mi hija y de nadie más y no me importa que poseas un gran reino ni que tengas poder. Jamás condenaré a mi hija a vivir esa vida.

—¡De veras crees que yo haría algo así! ¡Por Alá! Ni siquiera ha cruzado por mi mente semejante barbaridad, Lisbeth. Pero déjame decirte algo, *Imra*, deberías habérmelo dicho y nada de lo ocurrido habría pasado. Me imagino tu agonía hasta llegar al lugar más remoto del planeta para que no te encontrase. Estos meses sin ti…

—No, no, no. No quiero saberlo—le dijo ella echando a andar en dirección contraria.

—¿Adonde crees que vas Lisbeth? Aún no hemos terminado. Ni

siquiera hemos empezado. Dime dónde podemos hablar con tranquilidad pues tenemos mucho que tratar —Khalid la cogía por el brazo con firmeza pero sin causarle daño.

—Dentro—le dijo señalando la casa que estaba a su espalda.

Khalid la llevó adentro con él. Elizabeth le guió hasta el saloncito que le había quedado tan acogedor decorándolo con ayuda de Louisa. Él se sentó en un sillón que había frente el sofá en el que ella se había sentado. Estaba nerviosa y no podía dejar de mover sus manos frotándolas entre sí.

—Así que ahora vives aquí—preguntó Khalid sin dejar de observarla.

—Sí, esta es mi casa—contestó ella inquieta pues no sabía cómo actuar. Khalid suspiró. No podía dejar de mirarla y admirar lo bella que estaba. El tiempo transcurrido había provocado cambios evidentes en su cuerpo pero su rostro mostraba miedo. Estaba asustada. Él no deseaba que le temiera por lo que finalmente habló.

—¿Cómo pudiste ocultármelo? — le preguntó con tristeza en sus ojos.

—Yo no era la que debía aportar el principal heredero a tu tierra. Supongo que ya lo tendrás, así que no te preocupes, porque no voy a exigirte nada por tener a tu hija. Seguiré con mi vida tranquila, aquí, sin decir absolutamente nada—contestó Elizabeth queriendo aparentar tranquilidad, pero estaba aterrada, pues los hijos de un rey debían crecer en el país pero ella no volvería allí jamás, mucho menos su hija.

—Te equivocas, Aliyah falleció hace unos meses. Por ese motivo no he podido buscarte antes—le dijo con la voz temblando. Elizabeth se llevó la mano a la boca bastante sorprendida por lo que le acababa de revelar.

—Dios mío Khalid, lo siento. No sabía que estuviera tan enferma.—Claramente lo sentía, aunque ella hubiera sido su primera esposa por la que siempre sintió unos celos atroces pero, era humana y lamentaba la pérdida de una muchacha tan joven.

—Gracias *Imra*. Nadie se esperaba el desastroso final. Sufrió de malaria y fue muy violenta. Tanto, que el bebé murió días antes de que ella falleciera—Khalid se rompió en el momento en el que habló de un bebé. Aliyah se había quedado embarazada pero todo había terminado en tragedia. Con las manos cubriendo su rostro lloraba como el día que le confesó que se había acostado con ella para tener el heredero. Elizabeth sintió tanto dolor en ese momento que necesitaba abrazarlo y ser fuerte por los dos. Se levantó y caminó hasta estar delante de él. Tiró de su mano y lo sentó en el sofá junto a ella, donde lo consoló durante un rato. Lo dejó llorar todo lo que necesitara. Algo más calmado continuó contándole la triste historia de la sumisa Aliyah.

—Aliyah me rogaba que salvaran al bebé antes que a ella, pero todo fue inútil. En sus últimos momentos me pidió perdón por no haber sido la mujer que yo deseaba y me rogó que fuera feliz. Solamente así hallaría el

descanso eterno en el reino de la luz—. Elizabeth tenía un nudo tan grande en la garganta que estaba a punto de echarse a llorar, pero debía mantenerse firme y escuchar todo el relato—. ¡Dios Lisbeth! Todo por mi culpa. Yo acepté casarme con ella y la hice tan infeliz que no podré perdonármelo jamás—las lágrimas salían a borbotones de aquellos ojos marrones que la enamoraron a primera vista.

—De eso nada, Aliyah te amó con todo su corazón a pesar de que no pudieses corresponderla como ella deseaba. Aún así no se manda en los sentimientos y ella lo sabía—le decía Elizabeth acariciando su cabello lentamente mientras Khalid iba calmándose.

—Antes de fallecer Aliyah, desconectamos a mi padre pues llevaba demasiado tiempo en coma. Estaba en estado vegetal según los médicos, ya no había nada que pudiéramos hacer—Elizabeth no podía creer cómo de fuerte le había atacado la muerte en los últimos meses. Su jeque debía haber sufrido tanto y ella no había estado ahí para ayudarle a recomponerse —. Y para colmo te marchaste y me dejaste sin luz. ¡Dios Elizabeth cómo pudiste! Y con mi hija en tu vientre—le dijo tocándole la barriga redondeada. Saber que su hija crecía allí dentro le enternecía tanto que sentía que quería llorar durante días.

—Khalid, yo… solamente pensé en ella. Ya no aguantaba más discusiones ni más tensiones. Era vigilada y asediada continuamente por ti. Me ahogaba y tú no dabas tu brazo a torcer. No era lo que siempre había deseado y cuando descubrí que estaba embarazada te lo oculté para evitar que mi hija sufriera aquella vida. Perdóname, pero no pensé más que en ella—dijo Elizabeth con un hilo de voz a punto de romperse.

—*Bahiyaa*, no sabes por el infierno que he pasado desde que te marchaste. Ver la pulsera y el anillo en tu cama me destrozó el corazón, pero comprendí que debía darte espacio. Después ocurrió todo lo de mi padre y Aliyah, no podía moverme de Bareik hasta que por fin lo he arreglado todo. Pero puse a mis investigadores a buscarte pensando que volverías a Washington y cuando descubrí que no habías dado señales de vida por allí, temí lo peor. Creía que algo te había sucedido—le confesó afligido con los ojos aún húmedos.

—Oh Khalid, cuánto has sufrido—le dijo abrazándole con más fuerza —. Ya no tienes que ponerte en lo peor. Mírame, estoy perfectamente—le dijo intentando animarle con una sonrisa asomando a sus labios. Khalid se separó de ella y la miró con tanta ternura que el corazón de Elizabeth iba a estallar.

—Mi *Nur*, me has entregado tu corazón y tu alma desde el principio sin merecerlo y yo…—Khalid no podía seguir pero Elizabeth no iba a dejar que él pensara aquello.

—¡No! No te atrevas a decir que no te mereces mi amor cuando es tu

amor el que crece dentro de mí y el que alimenta mi corazón para seguir viviendo. Ha llegado nuestro momento Khalid, hay tantas cosas buenas por las que debemos dar las gracias y la principal está aquí dentro—le dijo poniendo la mano de Khalid sobre su tripa con la suya encima—. *Nur*—dijo ella revelándole el nombre de su futura hija.

—¿Nur? — preguntó él emocionado.

—Así es, tú siempre me decías que yo era tu luz, la que te guiaba en la oscuridad y ella será la luz que nos iluminará cada día de nuestra vida juntos—terminó de decirle Elizabeth antes de besarlo de la forma más apasionada en la que jamás lo habían besado. No solo había pasión, también había compasión, amor, perdón y esperanza. El deseo de construir una vida juntos, crear su propio hogar donde su hija fuera la niña más feliz del mundo, pues tendría a unos padres que se encargarían de iluminar la vida de su hija como los ojos de Elizabeth habían iluminado la vida del jeque El Meznoud.



Elizabeth estaba nerviosa y no era para menos pues era el día de su boda. Habían pasado seis meses desde que Khalid fuera a buscarla al pueblecito donde vivía. Tras hablar largo rato sobre cómo habían cambiado sus vidas desde que se cruzaron en el desierto, tomaron la mejor decisión posible: compartir su vida desde aquel preciso instante. Esa misma noche Khalid conoció a Louisa y toda la familia. Días más tarde se llevó a Elizabeth lejos de aquel lugar a comenzar una nueva vida. Se trasladaron a Washington. Elizabeth trabajaría de nuevo en el Smithsonian una vez que estuviera recuperada del parto y Khalid llevaría sus negocios del petróleo desde allí pues había dejado de ser Sultán.

Cuando Elizabeth lo abandonó y pasó toda la tragedia de su padre y Aliyah, reunió a sus asesores y cambió las leyes. Era algo que tenía pensado hacer desde que su padre le cedió la corona, pero hasta el momento de su muerte no se había atrevido a hacer ningún cambio. No quería que el pueblo lo viera como una traición a su padre. Inmediatamente habló con su hermana Kadilla y su amor, el jeque de Haminat. Su hermanastro era el Sultán de aquel reino por lo que no tenía opción a la corona. Khalid cedió su corona a su hermana y así ella se pudo desposar con el amor de su vida y reinar junto a él, en Bareik. Por su parte, Khalid continuó con los negocios familiares del petróleo, pero si de algo estaba seguro era de buscar a Elizabeth aunque tuviera que esperar hasta el último aliento de vida. Nada le detendría.

Meses más tarde vivía feliz con Elizabeth en Washington esperando la llegada de su hija. Una tarde de primavera estaban paseando por la explanada nacional cuando Elizabeth comenzó a notarse extraña.

—Khalid, me siento rara—le dijo un momento antes de dirigir su mirada hacia sus piernas, se notaba húmeda—. ¡Ay Dios que he roto aguas! — gritó Elizabeth entrando en pánico. Aún faltaban un par de semanas para que la niña naciera, pero parecía que tenía prisa por venir al mundo. Khalid se unió a su pánico y no sabía qué hacer cuando una contracción atravesó a Elizabeth sintiendo que la partían por la mitad. Se agarró fuertemente a su mano maldiciendo. En aquel momento Khalid reaccionó.

—Tranquila, *Yanaan*. Respira, todo va a salir bien—. Cuando el dolor de la contracción pasó se metieron en un taxi que los llevó al hospital.

Entre tanto Elizabeth no dejó de sufrir las contracciones con Khalid a su lado, sin separarse ni un momento de ella. No dejó de agarrar su mano aliviándola como podía con dulces palabras de amor. Al cabo de lo que fueron unas largas horas, Nur llegó al mundo. Aquella nueva vida desgarró el aire con un llanto inconfundible. Ambos sintieron como el corazón se les engrandecía y los ojos se llenaban de lágrimas al ver a su hija.

—*Imra*, gracias por este regalo—le decía Khalid llorando junto a su oído. Elizabeth no sabía cómo consolarlo porque ella se encontraba en el miso estado de emoción que él.

—Gracias a ti por rescatarme de aquella tormenta en el desierto—le dijo recordando el momento en que sus vidas se unieron para siempre. La doctora puso a la niña en el pecho de Elizabeth donde la niña buscó el calor de su madre. Ella suspiró queriendo retener aquel instante tan íntimo en su mente para siempre. Una nueva vida. Una nueva luz. La culminación de su amor.

Y por fin llegó el momento de casarse. Elizabeth llevaba de nuevo la pulsera "no me olvides" y su anillo de compromiso en su dedo anular. Louisa y Kadilla estaban con ella en una tienda tuareg ayudándola a vestirse con la cuna de Nur a su lado y la pequeña Elizabeth sin dejar de observarla. Decidieron casarse en el desierto, testigo de su amor, ese que les había marcado a fuego desde el principio. Khalid se encontraba en una tienda próxima junto a su cuñado, Tedd y Aarón. En unos momentos unirían sus vidas para siempre aunque aquello era un simple trámite pues para ellos sus vidas se habían unido muchos meses antes.

Khalid fue el primero en salir de su tienda junto a los hombres de la tribu, Tedd y el esposo de su hermana. Elizabeth salió poco después junto a Louisa que llevaba a su pequeña en brazos y Kadilla cargando a la pequeña Nur. Las mujeres de la tribu también se unieron portando velas, inciensos y cantando y danzando a su alrededor. La ceremonia no fue tuareg estrictamente si no que combinaron varios estilos. Elizabeth se unió a Khalid bajo una *jaima* preparada exclusivamente para el momento del sí quiero. Ellla llevaba un traje de seda blanco que dividía el vestido en dos partes. La falda caía suavemente sobre sus piernas sin marcar sus curvas. La parte de arriba tenía bordados en tonos dorados por el pecho y la cintura. En el busto tenía una abertura unida por cordones de seda blancos y lo mejor eran las mangas. Amplias mangas vaporosas que recordaban al caftán estilo mariposa que se puso en Bareik hacía meses. Khalid no se quedaba atrás. Al contrario de lo que ella pensaba no portaba el *kafiyyeh* en su cabeza pero la túnica blanca que llevaba puesta la dejó sin habla. Completamente inmaculada, tan solo tenía tres botones que iban desde el cuello hasta su pecho haciendo un bonito dibujo.

Los tuareg se retiraron en ese momento en el que se preparaban para

casarse. Solamente la familia más cercana compartiría ese momento con ellos. El *imán* los casó en una ceremonia llena de emoción donde el amor flotaba en el aire. Una vez que se dieron el sí quiero una lluvia de pétalos cayó sobre ellos. Elizabeth estaba tan perdida en el beso de recién casados que Khalid le estaba dando, que no se dio cuenta que unas personas llegaron a la *jaima* y comenzaron a tocar. No fue hasta que los primeros acordes empezaron a sonar hasta que ella reconoció la música y girándose observó emocionada que Ben Haenow estaba en su boda cantando *"Something I need"*.

—¿Pero cómo has conseguido que canten en nuestra boda? — le preguntaba ella maravillada.

—No ha sido fácil pero solamente por ver tus ojos iluminarse de emoción, ha merecido la pena *Dhuha*—le contestó Khalid mientras la tenía bien aferrada a él.

—¡Dios Khalid! Nunca pensé que pudiera ser tan feliz junto a ti. Ha sido siempre tan difícil que muchas veces dudé que lo consiguiéramos—afirmó Elizabeth embargada por la emoción del momento.

—Yo, por el contrario, siempre lo he sabido—contestó él.

—¿Ah sí? Pues ya podías habérmelo dicho y me habrías ahorrado mucho sufrimiento—le dijo ella mirándole con ternura a esos ojos donde se perdía como el día de la tormenta de arena.

—No podía porque tenías que ser tú la que lo descubriera por ti misma —. Elizabeth no entendía de qué estaba hablando. Ante su mirada interrogativa él le sonrió y volvió a hablar—. ¿Recuerdas tus sueños en los que un hombre te decía *Imra*?

—Claro—dijo ella dubitativa. ¿Qué tenía eso que ver ahora?

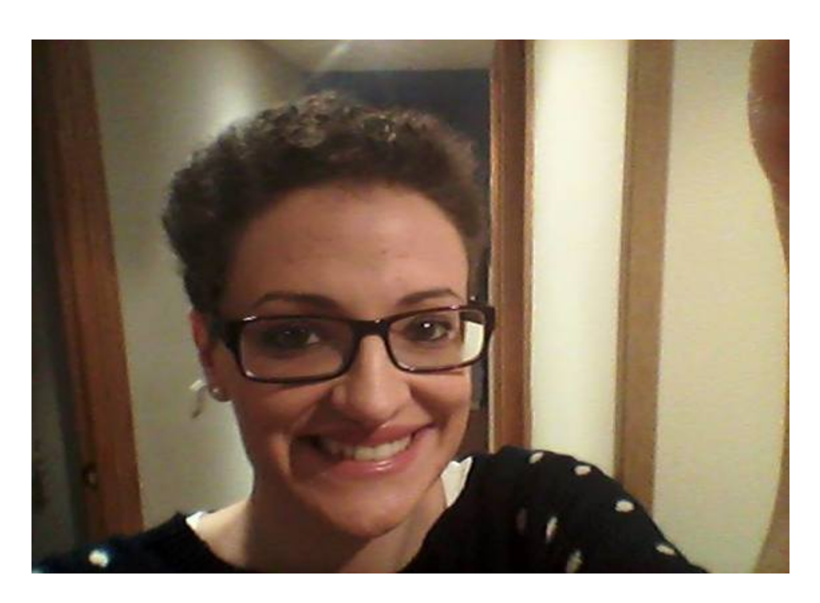
—Hay una leyenda en mi tierra que dice que cuando una mujer sueña con un hombre sin saber quién es, ese extraño es su verdadero amor siempre que la otra persona sueñe lo mismo, así que cuando me lo dijiste ya sabía que estaríamos juntos por siempre, mi *Yanaan*, porque yo soñé contigo de igual forma, aún sin conocerte—le reveló aquello que siempre le había ocultado. Elizabeth no pudo contenerse más y lágrimas rodaron por sus mejillas. Khalid se las limpió con besos mojando sus labios con su agua salada.

Una vez que Elizabeth se recompuso, puso una mano en el pecho de Khalid y la otra en su corazón y le recitó su poema favorito de Edward Estlin Cummings "Llevo tu corazón". Khalid se unió a las lágrimas de ella y ambos se enredaron en un beso eterno, húmedo y apasionado que solo era el principio de muchos más que llenarían sus vidas. Elizabeth por fin había encontrado su hogar, tenía todo lo que su corazón podía desear. Ya no importaban todas las amarguras por las que había pasado. Una mirada de Khalid y todo desaparecía. Nunca más estaría perdida, pues su jeque

siempre iluminaría su vida.



Biografía



SCARLETT BUTLER (Madrid, 1983) es profesora de inglés de primaria y una apasionada de la lectura desde pequeña. Recientemente ha descubierto esta gran pasión por la escritura y más en concreto, del género romántico. Hace unos meses autopublicó “Desde el día en que te vi” en Amazon con gran éxito de lectores. Ha colaborado además en un par de antologías. Trabaja como profesora en un centro bilingüe y en sus horas libres, se dedica a escribir como loca las historias que inundan su cabeza.

Si queréis contactar con la autora la encontraréis por estas redes sociales:

http://butlerscarlett.blogspot.com.es/

https://twitter.com/DaisyScarlett

Busca en Facebook Scarlett Butler